

SE BUSCA NOVIA POR NAVIDAD

AITOR FERRER

SE BUSCA NOVIA POR NAVIDAD



AITOR FERRER

Primera edición.

Se busca novia por Navidad

©Aitor Ferrer

©noviembre, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Capítulo 1

Rachel

Boston amanecía gris, de ese gris que no solía prometer nada bueno.

El aire cortaba las mejillas como una navaja helada y yo maldecía, una vez más, no haberme comprado esos guantes de lana que llevaba semanas mirando en el escaparate de la tienda de la esquina. Pero claro, a final de mes una tenía prioridades, y los guantes siempre acababan perdiendo la batalla frente al alquiler o al café del lunes.

Llevaba la bufanda subida hasta la nariz y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo mientras esquivaba charcos congelados y me abría paso entre la marea humana que se dirigía al distrito financiero. Era una mañana de finales de noviembre, justo esa época en la que Boston empezaba a vestirse de Navidad: escaparates con luces doradas, el olor a canela escapando de las cafeterías y ese fondo constante de villancicos que prometía felicidad y consumismo a partes iguales.

Yo, en cambio, iba a trabajar con la emoción de quien iba al dentista. No es que odiara mi trabajo… bueno, sí, un poco sí. Pero era lo que había.

Desde hacía tres años era asistente del jefe del departamento de ventas en *Pharmalife Solutions*, una empresa farmacéutica que sonaba mucho más glamourosa de lo que realmente era. Mi día a día consistía básicamente en hacer presentaciones para clientes que nunca veía, organizar reuniones que nadie agradecía y fingir entusiasmo en las videollamadas de los lunes. Aun

así, era mi trabajo. Mi sustento. Mi forma de pagar el alquiler de mi pequeño piso en *Beacon Hill* y mantener la absurda independencia que tanto me había costado conseguir.

Cuando rompí con Matt, mi ex, hacía poco más de un año, decidí que ya no volvería a depender de nadie. Ni de un hombre, ni de mis padres, ni de la suerte.

Así que me apañaba con mi sueldo, mis listas de la compra ajustadas y mi adicción al café barato de la cafetería de la esquina.

Aquella mañana, sin embargo, algo en el aire me parecía distinto. El silencio del teléfono, el cielo encapotado, esa sensación extraña en el estómago… No sé, quizá mi instinto ya sabía lo que iba a pasar.

Cuando giré la esquina de *Devonshire Street* y vi el edificio de *Pharmalife*, me encontré con una imagen que me dejó helada. Decenas de empleados estaban agolpados frente a la entrada, con los abrigos cerrados hasta el cuello y caras de confusión. Algunos hablaban por teléfono, otros simplemente miraban la puerta de cristal como si esperaran que se abriera por arte de magia.

—¿Qué demonios…? —murmuré.

Me acerqué al grupo, y una compañera del segundo piso, Marjorie, me reconoció enseguida.

—Rachel, ¿tú sabes algo? No nos dejan entrar. Las tarjetas no funcionan.

—¿Cómo que no funcionan? —pregunté, sacando la mía.

Deslicé mi acreditación por el lector. Nada. Ni un pitido. Ni un destello de luz verde. Solo el sonido del viento.

—Debe de ser un fallo del sistema —dije, más para convencerme a mí misma que a los demás. Pero Marjorie negó con la cabeza.

—He llamado a Recursos Humanos. Nadie contesta.

El estómago se me encogió. Cogí el móvil y marqué el número de Tom Sanders, mi jefe directo. Tardó en contestar, y cuando lo hizo, sonaba agitado.

—Rachel… justo iba a llamarte.

—¿Qué está pasando, Tom? No podemos entrar al edificio.

—Lo sé. Lo siento muchísimo. *Pharmalife* ha cerrado.

—¿Cómo que ha cerrado? —repetí, sin entenderlo—. ¿De qué estás hablando?

—La dirección tomó la decisión anoche. Estaban en números rojos desde hace meses. Yo… no lo he sabido hasta esta mañana. Van a enviaros los papeles del finiquito y la documentación para el paro.

Durante unos segundos me quedé en silencio, intentando procesar lo que acababa de oír.

—¿Estás diciéndome que me he quedado sin trabajo?

—Sí, Rachel. Lo siento de verdad.

Y colgó. Así, sin más.

Miré el teléfono como si fuera a darme una respuesta. No la dio, obviamente. Solo el reflejo de mi cara: pálida, con la bufanda torcida y los ojos abiertos de par en par.

El murmullo de la gente me envolvió, pero sonaba lejano, como si estuviera bajo el agua. No podía ser real. Tenía el alquiler que pagar la semana siguiente, las facturas, la cuota del gimnasio que nunca usaba, pero me daba paz saber que existía. Tenía mis ahorros, sí, pero no duraría mucho. Y lo peor de todo: no quería pedirles ayuda a mis padres.

Mi padre, Richard Collins, llevaba toda la vida diciéndome que “no pasa nada por volver a casa cuando las cosas se tuercen”. Y mi madre, Laura, era la definición de ternura práctica: te abrazaba mientras te hacía un plan de rescate

económico. Los quería con locura, pero necesitaba sentir que era capaz de sostenerme sola.

Así que allí estaba, una mujer adulta de veintiocho años, parada frente a un edificio cerrado, con una bufanda que olía a café y la vida desmoronándose a cámara lenta.

Suspiré. Solo había una persona a la que podía acudir sin sentirme un completo desastre.

Sophie. Mi mejor amiga desde que teníamos siete años y nos peleamos por un lápiz de purpurina en el colegio. Desde entonces éramos inseparables: ella, brillante, abogada, siempre impecable; yo, un caos organizado con tendencias al sarcasmo y la ropa arrugada.

Y, por suerte, su bufete estaba a apenas unas calles de allí.

El bufete *Miller & Miller*, dirigido por sus padres, Edward y Susan Miller, dos tiburones del derecho con la elegancia de una vieja familia bostoniana.

Decidí ir andando, porque necesitaba despejarme y porque el frío era lo único que me mantenía conectada a la realidad.

Mientras caminaba, me invadía una mezcla de rabia y desamparo. Había trabajado duro, incluso los fines de semana. ¿Y así terminaba todo? ¿Un cierre "de la noche a la mañana"? No podía ser tan simple. No podía ser tan… legal.

Tenía que averiguarlo. Y quién mejor que una abogada, con dos padres abogados, para decirme si podía hacer algo.

Metí las manos en los bolsillos y seguí caminando bajo un cielo que empezaba a soltar copos de nieve. Pequeños, tímidos, pero ahí estaban.

Boston, con su ironía habitual, había decidido vestirse de blanco justo el día en el que mi vida se quedaba sin color.

El despacho de los Miller olía a café recién hecho y madera pulida. Siempre me había parecido un lugar intimidante, con sus paredes cubiertas de

estanterías repletas de códigos civiles, diplomas enmarcados y una alfombra que absorbía hasta el sonido de los pasos. Tenía ese aire de "si aquí te juzgan, más te vale tener pruebas".

Nada más entrar, la recepcionista me sonrió con su habitual amabilidad profesional.

—Buenos días, señorita Collins. ¿Tiene cita?

—No, pero prometo no robar mucho tiempo. ¿Está Sophie?

—Sí, está en la sala dos, con sus padres.

Suspiré. Perfecto. El comité completo.

Subí en el ascensor mientras repasaba mentalmente cómo contar el desastre sin parecer una víctima. Conocía a Susan Miller, la madre de Sophie: era de las que podían oler la debilidad a metros de distancia y la combatían con determinación maternal y discursos sobre resiliencia.

Y Edward… bueno, Edward era un hombre encantador cuando no estaba citando jurisprudencia o analizando cada palabra que decías como si fuera una cláusula contractual.

Cuando las puertas se abrieron, me encontré a los tres reunidos alrededor de una mesa de cristal, con portátiles abiertos y tazas de café humeantes. Sophie fue la primera en levantar la vista.

—¿Rachel? —frunció el ceño—. ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas trabajando.

Su tono fue lo suficientemente raro como para que supiera que tenía mala cara. Me toqué el pelo, que debía parecer un campo de batalla.

—Digamos que el trabajo… ha decidido romper conmigo.

Sophie me miró fijamente, intentando procesar la frase.

—¿Cómo que ha decidido romper contigo?

—Pues eso. He llegado a la oficina y no nos dejaban entrar. He llamado a mi jefe y me ha dicho que la empresa ha cerrado. Así, de la noche a la mañana.

El silencio se hizo pesado. Susan dejó su taza de café en la mesa.

—¿*Pharmalife Solutions*? —preguntó, con una ceja arqueada.

—Sí.

—Tenía un par de clientes que trabajaban allí —comentó Edward, entrelazando las manos—. Nos avisaron hace unas horas. El cierre ha sido oficial desde anoche.

Yo me hundí en la silla frente a ellos.

—¿Pero eso puede hacerse así, sin previo aviso? —pregunté—. ¿No deberían habernos dicho algo? ¿Un correo, una reunión, algo?

Sophie apoyó una mano en mi brazo, intentando calmarme.

—Cariño, respira. Vamos a verlo con calma.

Susan asintió con la serenidad de quien había ganado demasiados juicios.

—El cierre ha sido legal, Rachel. Ya venían arrastrando pérdidas importantes. Al parecer, se acogieron a una cláusula de liquidación exprés para evitar deudas mayores.

—¿Liquidación exprés? —repetí, al borde de la indignación—. Eso suena a lavado de manos exprés.

Edward sonrió levemente, como si apreciara mi sarcasmo.

—Lo entiendo, pero tenían cubierto un seguro muy fuerte. Hemos hablado con los dueños. Han garantizado que todos los empleados recibirán sus indemnizaciones y los papeles necesarios para solicitar el paro.

Me pasé las manos por la cara.

—Genial. Un trozo de papel y un bonito finiquito. Brindemos.

Sophie me lanzó una mirada de advertencia.

—No te pongas cínica. Al menos tienes la seguridad de cobrar. Podría haber sido peor.

—Claro —bufé—, siempre puede ser peor. Podría haberme atropellado el tranvía de camino al trabajo.

—Rachel —intervino Susan, con esa voz que mezclaba autoridad y ternura —, entiendo que estés frustrada. Pero a veces la vida te empuja en direcciones que no ves venir. Puede que esto sea una oportunidad.

—¿Oportunidad de qué? —pregunté, medio riéndome—. ¿De dormir hasta tarde y ver cómo mi cuenta bancaria se derrite?

Sophie sonrió, cruzándose de brazos.

—O de reinventarte. O, como mínimo, de tomarte unas copas esta noche conmigo y dejar de pensar en jefes incompetentes.

—Sophie, no tengo cuerpo para salir.

—Precisamente por eso.

Me conocía demasiado bien. Sabía que, si me dejaba sola, me encerraría en mi piso a ver películas malas y comer helado directamente del bote.

—No sé, Sophie… —Empecé a decir, pero ella ya me estaba mirando con esa mezcla de desafío y cariño que siempre me desarmaba.

—Venga, Rachel. Una noche. Solo una. Mañana podrás volver a preocuparte por el paro y el fin del mundo. Hoy toca vino, risas y fingir que la vida no es una ruina.

Me reí, a pesar de todo lo que se me había venido encima en cuestión de un minuto.

—¿Y tus padres aprueban ese plan tan poco legalmente productivo?

Susan arqueó una ceja con una sonrisa.

—Por una noche, puedo mirar hacia otro lado. Además, le vendrá bien distraerse.

Edward asintió.

—Y, si mañana sigues preocupada, puedo revisar los documentos del cierre contigo. Pero esta noche, haz caso a mi hija.

No sabía si lo decían por compasión o porque realmente pensaban que el alcohol era una forma válida de terapia, pero en ese momento no me importó.

—Vale. Pero que conste, que me estáis obligando —dije, levantando una mano—. Y si mañana tengo resaca, pienso demandaros.

Sophie sonrió, triunfal.

—Aceptamos las condiciones. Te recojo a las ocho. Y ponte algo bonito.

—¿Bonito como "ir a cenar" o bonito como "quitarme el pijama"?

—Bonito como "vas a recordar que sigues siendo una diosa, aunque el universo esté en tu contra".

Volteé los ojos, pero no pude evitar sonreír. Así era Sophie: un huracán con tacones. Cuando la vida me dejaba en ruinas, ella llegaba con vino, un pintalabios rojo y una misión.

Pasé el resto de la mañana en el despacho, intentando no pensar demasiado. Susan me ofreció café, tres veces, Edward me explicó con detalle cómo funcionaban los seguros de compensación, y Sophie me hizo prometer que no volvería a mirar mi correo de trabajo ese día.

Cuando por fin salí a la calle, el sol se había escondido detrás de un cielo plomizo. Boston olía a nieve. El viento me despeinó el flequillo y pensé que,

tal vez, tenían razón: quizá esto era una oportunidad. Aunque en ese momento no sabía para qué.

Caminé despacio hasta mi piso, dejando que el aire frío me despejara. En las tiendas ya sonaban villancicos y los escaparates estaban llenos de adornos dorados y árboles artificiales. Normalmente me encantaba esa época del año. Pero aquel día, las luces navideñas me parecieron casi ofensivas, como si todo el mundo estuviera celebrando mientras mi vida se caía a pedazos.

Subí a mi piso, un pequeño estudio con vistas a la calle Charles, y me dejé caer en el sofá. El teléfono vibró con un mensaje de Sophie.

Sophie: *A las ocho en punto. Nada de excusas. Y no te atrevas a llevar el jersey del reno.*

Rachel: *El reno es elegante. Representa la tradición.*

Sophie: *El reno representa que necesitas ayuda urgente. Hasta luego, tragedia navideña.*

Solté una carcajada. Sí, definitivamente necesitaba a Sophie.

Miré por la ventana. Los primeros copos empezaban a caer sobre la ciudad, cubriendo los tejados con un velo blanco.

Quizá sí era el principio de algo nuevo. O quizá solo era otro lunes de mierda disfrazado de postal navideña.

Capítulo 2

Maximilian

El reloj digital del despacho marcaba las doce de la mañana; ya llevaba más de cuatro horas allí y la nieve había comenzado a caer discretamente. Parecía que tendríamos un invierno frío mucho antes de lo esperado.

Boston había amanecido con ese frío cortante que se colaba incluso entre los cristales dobles de los rascacielos, y desde mi ventana el cielo parecía una plancha de acero pulido. Las luces de los edificios vecinos seguían encendidas, como si la ciudad entera intentara convencerse de que el invierno no podía ganarle la batalla a la productividad.

Apoyé los codos sobre el escritorio de nogal, con una taza de café humeante junto al portátil y el inconfundible silencio de los lunes instalándose entre las paredes.

El despacho era amplio, minimalista, todo líneas rectas y tonos oscuros. Me gustaba el orden; necesitaba el control. En la pared frontal colgaba una reproducción del *Beso* de Klimt, un regalo de mi madre, y frente a ella, la vista panorámica de la bahía de Boston. Una ironía: el arte del amor observándome cada mañana mientras yo revisaba informes y balances sobre moléculas y ensayos clínicos.

Era CEO de *Adler Biotech*, una de las ramas más potentes del grupo farmacéutico, con sedes en Viena y Boston. Desde que asumí el control total

de la filial estadounidense hacía cinco años, mi vida se resumía en eso: trabajo, viajes, datos y silencio.

Abrí el portátil y empecé a revisar los correos acumulados del fin de semana: informes de laboratorio, actualizaciones del equipo de Viena, presupuestos, una docena de propuestas de inversores… El mismo caos ordenado de siempre.

Estaba concentrado en un correo de nuestro departamento legal cuando el teléfono del escritorio vibró. Miré el identificador y sonreí con resignación. Mi madre**.**

Respiré hondo antes de contestar.

—Buenos días, mamá.

—¡Maximilian! —su voz sonaba tan cálida que casi pude imaginarla enredándose en bufandas y perfumes—. ¿Cómo estás, cariño?

—Como siempre. Trabajando.

—Ay, hijo, no puedes empezar la semana hablando de trabajo. Es lunes, no un funeral.

Sonreí sin querer. Klara von Adler tenía ese don: podía sonar encantadora mientras te daba una lección de vida sin levantar la voz.

—¿Qué tal estáis tú y papá? —pregunté, mirando por la ventana.

—Bien, bien… aunque tu padre insiste en que el invierno de Viena no es tan frío como cuando era joven, y eso solo significa que ya ha empezado la temporada de quejas —rio—. Pero dime, ¿sigue en pie lo de venir en Navidad?

Ahí estaba. La pregunta que llevaba semanas flotando en el aire.

—Sí, claro —respondí con calma—. Lo prometí, ¿no?

—Sí, y sabes cuánto me alegra. La casa está preciosa. Ya he empezado con los preparativos. Este año pienso hacer una cena en condiciones, con invitados selectos. Y, por supuesto… —Bajó la voz con fingida inocencia—. Quiero conocer a esa novia de la que tanto hablas.

Me quedé en silencio unos segundos, intentando recordar la última vez que hablé de mi novia imaginaria.

—Mamá…

—No empieces —me interrumpió enseguida—. Llevas meses hablándome de ella, de lo especial que es, de cómo te hace reír. ¡Y no sabes las ganas que tengo de presentarla en mi círculo!

Cerré los ojos.

—¿Tu círculo?

—Claro. Mis amigas se mueren por conocerla. Sabes que Úrsula no deja de alardear de la boda de su hijo, ese chico tan soso que trabaja en finanzas. ¡Ya me tiene harta! Esta vez quiero ser yo quien presuma: "Mi hijo mayor está felizmente enamorado de nuevo".

Resoplé, masajeándome el puente de la nariz.

—Mamá, por favor.

—¿Qué? No me digas que no te gustaría verme orgullosa.

Feliz y enamorado de nuevo. Qué frase tan peligrosa. Sobre todo, cuando era una completa mentira.

—No sé si podré llevarla, mamá. —Busqué la salida más diplomática—. Sabes cómo es el trabajo, y no tengo claro si podrá coger vacaciones en diciembre.

—Oh, vamos, Maximilian —insistió con ese tono que usaba desde que era niño—. Dijiste que vendrías todo el mes de diciembre.

—Lo haré. Pero no puedo hablar por ella.

—Pues espero que pueda venir —respondió, algo decepcionada—. Me muero de ganas de conocerla.

—Lo sé, mamá —dije más suave.

—Y no trabajes tanto, ¿quieres? Prométemelo.

—Prometido.

La escuché suspirar al otro lado.

—Te quiero, hijo.

—Y yo a ti.

Colgamos, y el silencio volvió al despacho, pesado y familiar.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos, sin leer realmente nada. Después me levanté, caminé hasta la ventana y apoyé una mano en el cristal. La ciudad se extendía a mis pies, fría y perfecta.

Y yo, otra vez, atrapado en mi propia mentira.

Todo había empezado hace cuatro meses, durante una de esas interminables conversaciones con mi madre, cuando se empeñó en presentarme a las hijas y sobrinas solteras de sus amigas de la embajada. Una detrás de otra. Así que, harto, le solté que ya estaba viendo a alguien. Una invención improvisada. Una táctica de supervivencia.

—*Llevamos dos meses saliendo* —le había dicho entonces—. *Pero quiero mantener la relación en privado, por ahora.*

Error. Porque desde aquel día, Klara von Adler se convirtió en la fan número uno de mi novia fantasma.

Y ahora, cuatro meses después, me encontraba atrapado en una red de medias verdades. Para mi madre, llevaba seis meses “felizmente enamorado”.

Para mí, llevaba seis meses actuando como un cobarde.

Suspiré. Tal vez podría inventarme que mi novia tenía una urgencia familiar. O que se había roto una pierna. O que era alérgica al frío austríaco. Sí. Alérgica al frío. Una excusa estúpida, pero efectiva.

Me giré hacia el escritorio y me serví otro café. Necesitaría más de uno si quería sobrevivir a diciembre.

No habían pasado ni diez minutos desde que colgué con mi madre cuando la puerta del despacho se abrió sin previo aviso.

—¿Te has casado en secreto y no me lo has contado? —preguntó una voz demasiado animada para aquella hora.

Levanté la vista del informe que intentaba leer y encontré a Lukas Steiner, mi socio, mejor amigo y, en ocasiones, mi mayor dolor de cabeza. Vestía un traje gris claro que le quedaba demasiado bien y sonreía como si la vida fuera un juego diseñado solo para él.

—Buenos días a ti también —respondí con calma.

—No me cambies de tema —dijo entrando y cerrando la puerta tras de sí —. Te he oído hablar con tu madre. Otra vez lo de la novia, ¿verdad?

Me recliné en la silla.

—Tienes un oído preocupantemente fino.

—No es oído, es intuición. Cada vez que te llama, terminas con esa cara. La de “me he metido en un lío del que no sé salir”.

—No es un lío, Lukas. Es… una situación.

—Ajá. Una “situación” que ya dura medio año.

Solté un suspiro.

—No me lo recuerdes.

Lukas se dejó caer en la silla frente a mi escritorio, con esa manera despreocupada que siempre lograba irritarme y tranquilizarme a partes iguales.

—Venga, cuéntame. ¿Qué te ha dicho esta vez la imparable Klara von Adler?

—Lo de siempre. Que quiere conocer a mi supuesta novia.

—¿La novia inexistente?

—Esa misma.

—Ah, fantástico. —Sonrió—. ¿Y qué plan tienes? ¿Vas a confesarlo o seguirás alimentando la farsa?

Le lancé una mirada.

—Muy gracioso.

—No es broma, Max. Sabes que tu madre no va a rendirse hasta conocerla.

Me pasé una mano por la nuca.

—Lo sé. Pero no pienso montar un teatro. No voy a contratar a una actriz ni inventar excusas absurdas.

—Eso dices ahora —replicó Lukas—, pero te recuerdo que el año pasado casi finges tener un compromiso solo para evitar una cena con la tía Hannelore.

—Eso fue diferente.

—Claro. Muy diferente —dijo, levantando las cejas, y no pude evitar reírme.

—Eres un idiota.

—Y, aun así, tu mejor amigo. No lo olvides.

Lukas se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Mira, Klara solo quiere verte feliz. Y si para eso necesita conocer a la madre de sus futuros nietos, no parará hasta conseguirlo.

—No habrá futuros nietos —murmuré.

—No, con esa actitud, no. —Se levantó, dándome una palmada en el hombro—. Pero, por ahora, deja de torturarte con la maternidad ajena. Tenemos que irnos.

—¿A dónde?

—A comer. Con el nuevo proveedor de biotecnología. Los de *Novacell Labs*. Te lo dije el viernes.

Me froté las sienes.

—¿Era hoy?

—Sí, y no pienso dejarte cancelar otra comida por culpa de tu vida sentimental imaginaria.

Cogí mi chaqueta del perchero y mi carpeta de notas.

—Está bien. Pero esta vez, que sea breve.

—Por supuesto. —Sonrió—. Solo un almuerzo entre caballeros civilizados y un contrato millonario sobre la mesa.

El restaurante elegido era uno de esos lugares discretos que frecuentábamos para reuniones de alto perfil: mesas amplias, luz tenue y camareros que sabían estar presentes sin existir realmente.

Desde la ventana se veía parte del puerto, donde el viento agitaba las aguas grises de la bahía.

Nos esperaba Peter Huber, director de *Novacell Labs*, un hombre de unos cincuenta años, calvo, con una sonrisa profesional y una puntualidad suiza.

—Señores von Adler, Steiner —saludó, estrechando nuestras manos—. Un placer.

—El placer es nuestro —respondí.

Nos sentamos y, tras los saludos de rigor, el camarero nos sirvió vino blanco. Lukas, por supuesto, fue el primero en romper el hielo.

—Peter, me han hablado maravillas de vuestro nuevo sistema de encapsulación de moléculas.

—Ah, sí, el proyecto *Artemis*. Estamos muy orgullosos de los resultados.

Durante los siguientes cuarenta minutos hablamos de porcentajes de absorción, protocolos de ensayo, licencias de producción y calendarios de distribución. La conversación fluía con la precisión de un reloj suizo.

Me gustaba esa parte del trabajo: el orden lógico, las cifras, la sensación de control. No había lugar para la improvisación, ni para sentimientos, ni para promesas vacías. Solo acuerdos tangibles.

Cuando Peter mencionó el impacto potencial del medicamento en terapias oncológicas, sentí una punzada en el pecho.

Mi hermana Lena. Tenía dieciséis años cuando murió, y desde entonces, cada molécula, cada investigación, cada noche en vela frente al ordenador tenía un único propósito: que su muerte sirviera para algo.

Lukas notó mi silencio.

—Max, ¿quieres añadir algo sobre la línea de producción en Viena? —preguntó, dándome una salida elegante, y asentí.

—Sí. Podemos garantizar la entrega de las primeras muestras para enero. Si los ensayos confirman los resultados preliminares, podríamos ampliar la colaboración antes de marzo.

Peter sonrió satisfecho.

—Perfecto. Entonces consideradlo un trato hecho.

Chocamos las copas con discreción. Lukas hizo una broma ligera sobre lo mucho que necesitábamos un brindis que no incluyera informes, y Peter rio con cortesía.

Cuando la comida terminó, salimos al aire helado del exterior. El cielo de Boston se había oscurecido y las primeras luces se encendían en la avenida.

—Ha ido bien —dijo Lukas, ajustándose el abrigo.

—Sí. Era lo esperado.

—No me mires así —añadió, sonriendo—. Sé que no te entusiasman las comidas sociales, pero necesitas respirar de vez en cuando.

—Respiro —repuse, metiendo las manos en los bolsillos.

—No me refiero a oxígeno, Max. Me refiero a vida.

Volteé los ojos.

—No empieces con tus discursos filosóficos.

—No son filosóficos, son evidentes. Tienes treinta y seis años, diriges una empresa que podría curar el cáncer y, aun así, lo más emocionante de tu día es pelearte con tu madre por una novia inventada.

—Gracias por recordármelo.

—De nada. —Rio—. Y hablando de eso, quizá deberías considerar contratar a alguien que interprete ese papel.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Ni lo sueñes.

—Piensa en ello. Conozco gente que conoce gente.

—No necesito una actriz.

—No he dicho actriz. He dicho alguien… dispuesta.

—Lukas.

—Vale, vale. —Levantó las manos—. Era una sugerencia. Pero, si en algún momento cambias de idea, recuerda que los milagros de Navidad existen.

Reí con incredulidad.

—No me digas que tú crees en la Navidad.

—Yo creo en los regalos. Y en las oportunidades.

Nos detuvimos frente al aparcamiento y Lukas se giró hacia mí con una sonrisa de medio lado.

—Te lo digo en serio, Max. Si no quieres pasar las fiestas soportando las preguntas de tu madre, más te vale encontrar una solución.

—Ya la encontraré.

—Eso espero. —Me guiñó un ojo—. Y que sea guapa.

Negué con la cabeza mientras lo veía alejarse hacia su coche. Él subió, arrancó y desapareció entre el tráfico.

Me quedé un momento mirando la calle iluminada, con el aliento convirtiéndose en vaho. Sí, tenía razón. Necesitaba una solución.

Solo que aún no sabía que esa solución iba a llegar envuelta en sarcasmo, ojos verdes… y una propuesta imposible.

Capítulo 3

Rachel

El espejo no mentía. O, al menos, eso quería creer mientras me giraba de un lado a otro para comprobar que el vestido negro, ese que solo usaba en ocasiones que merecían ser recordadas o enterradas en el olvido, seguía sentándome igual de bien que hacía seis meses.

El tejido se ajustaba justo donde debía, sin rozar la frontera peligrosa entre "sofisticada y necesitada de atención", y las mangas transparentes daban ese toque elegante que Sophie siempre decía que necesitaba en mi vida: "un poco más de misterio y un poco menos de sarcasmo".

—Bueno —murmuré mientras me ponía los pendientes dorados—, misterio conseguido. Lo del sarcasmo va a tener que esperar a la próxima reencarnación.

Cogí el cepillo y lo pasé una última vez por mi cabello, ese tono pelirrojo cobrizo que, bajo la luz del tocador, parecía fuego domesticado. Mis ojos verdes me devolvieron la mirada, con ese brillo entre cansancio y determinación que llevaba días viéndose en ellos. Aun así, el resultado era digno: labios rojos, piel luminosa, vestido negro, botas altas. Una mezcla entre "recién despedida" y "mujer que no piensa rendirse".

Sobre la cama tenía el portátil abierto con varias pestañas: LinkedIn, InfoJobs y un documento de Word titulado "Empresas posibles – urgencia laboral sin llorar".

Entre las candidatas estaban una agencia de marketing digital en Cambridge, una editorial pequeña que buscaba asistentes y hasta una consultora que prometía "ambiente joven y dinámico", lo que, en lenguaje empresarial, significaba jornadas eternas y café recalentado. Pero algo era algo.

Esa misma tarde había recibido los papeles del finiquito y la indemnización, y aunque el dinero no estaba mal, sabía que no quería vivir de eso. Con la indemnización, el paro y mis ahorros, podría aguantar un año, tal vez algo más, pero no me hacía ilusión la idea de convertirme en esa versión de mí misma que vivía de los ahorros y de la pena ajena. No. No iba a llegar a eso.

Mi móvil vibró sobre la mesita y, al ver el nombre de mi madre en pantalla, sonreí sin poder evitarlo.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño —respondió su voz dulce y enérgica al otro lado—. ¿Cómo estás? Acabo de hablar con Susan, la madre de Sophie, y me ha contado lo que ha pasado con la empresa.

Suspiré. Sabía que Susan no tardaría en contárselo.

—Sí, ha sido todo un espectáculo. Cierres de puertas, tarjetas desactivadas, llamadas misteriosas… Muy "Misión Imposible".

—Rachel… —Su tono cambió, volviéndose más tierno—. No quiero que te preocupes por el alquiler, ¿de acuerdo? Tu padre y yo nos encargaremos este tiempo.

—No, mamá, de verdad que no hace falta. Tengo dinero ahorrado, puedo arreglármelas.

—Cariño, no se trata de poder o no. Se trata de que no estás sola. Para eso estamos los padres, para ayudar a los hijos cuando lo necesitan.

Cerré los ojos un segundo, notando un nudo en la garganta.

—No empieces, por favor. No quiero llorar justo antes de salir.

—Solo digo la verdad.

—Y yo te digo que no pienso dejar que me paguéis el alquiler ni un mes. Ni uno.

—Eres igual de cabezona que tu padre —dijo con un suspiro, y solté una carcajada.

—Y por suerte, igual de guapa que tú.

—Ah, eso sí. Menos mal que la genética compensó el resto.

Reímos juntas. Era curioso: bastaban tres frases suyas para desmontar toda mi muralla emocional.

Mi madre siempre había sido así, una mezcla perfecta entre dulzura y determinación. Tenía el cabello rubio dorado, ahora con algunas hebras plateadas, y unos ojos azules tan expresivos que nadie podía mentirle. Mi padre, en cambio, era más serio, más metódico, con el típico aire de empresario que podía planear un banquete para trescientas personas sin despeinarse.

Juntos dirigían *Collins Events*, una empresa de organización de eventos en Boston que se había vuelto famosa por sus bodas y galas de beneficencia. Llevaban trabajando codo con codo más de treinta años, y aunque a veces se gritaban en las reuniones familiares, lo suyo seguía siendo un matrimonio de película.

A veces me preguntaba si algún día encontraría algo así. Luego recordaba a mi ex, ese espécimen emocionalmente analfabeto con el que compartí piso durante dos años, y se me pasaban las ganas de pensar en el amor.

—Cariño —dijo mi madre suavemente—, solo quería que supieras que te queremos más que a nada. Y que todo va a salir bien, ¿vale?

—Lo sé, mamá. Yo también os quiero.

Nos despedimos y colgué, quedándome un momento en silencio, con el teléfono aún en la mano.

No quería preocuparlos más. Ellos habían trabajado toda su vida para darme una educación, un hogar, una estabilidad. Ahora me tocaba a mí mantenerme en pie sin pedir rescate. Ese era mi plan: seguir adelante, aunque el mundo se hubiera derrumbado un poco.

Me puse el abrigo, cogí el bolso y eché un último vistazo al espejo. Ahí estaba Rachel Collins: veintiocho años, recién despedida, con el corazón libre, aunque un poco escarmentado, y más decidida que nunca a no dejarse vencer.

—Vamos, chica. A comerse Boston —me dije en voz baja, sonriendo con ironía.

Y salí de casa rumbo a una noche que prometía risas, vino y la inevitable mala influencia de Sophie Miller.

El aire de Boston cortaba como cuchillas en cuanto puse un pie fuera del edificio. La temperatura había bajado tanto que el vaho salía de mi boca en pequeñas nubes que parecían querer avisarme de que era mejor volver a casa, taparme con una manta y fingir que el mundo exterior no existía. Pero no, esa noche tenía cita con Sophie Miller, y cuando Sophie decía “vamos a salir”, la frase no admitía réplica.

Le indiqué al taxista la dirección del restaurante mientras intentaba no pensar en el agujero que el trayecto haría en mi cuenta corriente.

El coche avanzó entre las luces navideñas que ya empezaban a invadir las calles: guirnaldas doradas, escaparates con abetos decorados, villancicos de fondo que se colaban incluso con las ventanillas subidas.

Boston, finales de noviembre. La ciudad se transformaba en un escaparate de felicidad programada. Y yo, desempleada, soltera y con un vestido que había costado más que mi depósito de gasolina, iba directa a fingir que mi vida era igual de brillante.

El taxi se detuvo frente al restaurante. Un local moderno, de esos con paredes de ladrillo visto y música suave, donde el vino fluía y los precios dolían. Sophie ya estaba allí, esperándome en la entrada. Y, por supuesto, iba espectacular.

Llevaba un mono color burdeos con la espalda al aire y unos tacones imposibles que parecían desafiar las leyes de la física. Su cabello oscuro caía sobre los hombros como una cascada y los labios rojos completaban el look. Cuando me vio, abrió los brazos con una sonrisa amplia.

—¡Por fin! —exclamó—. Pensé que te habías echado atrás.

—He estado a punto —admití mientras nos abrazábamos—. Mi sofá me estaba seduciendo.

—Tu sofá no te invita a vino caro ni te recuerda lo fabulosa que eres.

Sonreí. Eso era Sophie. Energía, elegancia y un ego a prueba de balas.

Entramos al restaurante y el camarero nos llevó a una mesa junto a la ventana. Sophie no tardó ni treinta segundos en pedir una botella de vino blanco “del bueno”.

—Esta noche tú no piensas en jefes, ni en cierres de empresas, ni en dramas. —Me señaló con el tenedor en la mano—. Esta noche eres libre, guapa y oficialmente en búsqueda de nuevas aventuras.

—Eso suena a eufemismo de “desempleada con buena actitud”.

—Llámalo como quieras. Yo lo llamo renacer profesional.

Solté una carcajada y levanté mi copa.

—Brindemos, entonces, por mi renacer.

—Y por los milagros de Navidad —añadió ella con picardía.

El primer sorbo de vino me supo a gloria. La conversación fluyó como siempre, entre bromas, confidencias y ese humor ácido que solo teníamos las

dos.

—He estado haciendo una lista de empresas donde podría trabajar —le conté mientras picábamos unos raviolis de calabaza deliciosos—.

—A ver.

—Una agencia de marketing, una editorial, una consultora y, si todo falla, el Starbucks de mi calle.

—Bueno, ahí al menos tienes café gratis.

—Y uniforme.

—Y un jefe probablemente menos inútil que el anterior —dijo, y reí a carcajadas sin poder evitarlo.

—Sophie, ¿tú crees que estoy siendo demasiado pesimista?

—No, realista. Aunque deberías incluir mi bufete en esa lista.

—Ya te dije que no pienso trabajar contigo.

—¿Por qué no? Soy una jefa maravillosa.

—Eres una dictadora en tacones.

—Eso también. Pero con sentido del humor.

El camarero llegó con otra botella de vino. Sophie levantó las cejas con una sonrisa maliciosa.

—Es lunes, Rachel. Hoy no hay límites.

—Ya, pero mi hígado no opina lo mismo.

—Tu hígado es un quejica.

Pasamos casi dos horas entre risas, confidencias y anécdotas absurdas del colegio. Recordamos la vez que fingimos una intoxicación alimentaria para no hacer gimnasia y cómo nuestros padres, tan amigos desde siempre, nos castigaron juntas todo un verano. Con Sophie, incluso las desgracias del pasado parecían anécdotas de comedia.

—Te lo juro —dije riendo mientras nos levantábamos—, si volviera a tener dieciséis años, me escaparía contigo otra vez.

—Y yo contigo —respondió ella—. Pero esta vez con una botella de vino en la mochila.

Salimos del restaurante y caminamos hasta un local cercano donde había música en directo y un ambiente relajado. Nada de discotecas ni luces estroboscópicas, solo un bar con madera oscura, luces cálidas y un pianista tocando clásicos reconvertidos en jazz.

Pedimos dos copas más y nos sentamos junto a la barra. Sophie empezó a mover la cabeza al ritmo de la música.

—Necesito bailar —dijo de repente.

—Aquí no hay pista.

—No hace falta.

Y, sin más, se levantó y empezó a moverse al lado de la barra, haciendo que varios hombres se giraran. La gente la miraba como si acabara de salir de un anuncio de perfume. Yo, entre tanto, trataba de fingir que no la conocía.

—¡Rachel! —gritó ella entre risas—. ¡Ven aquí o te arrastro!

Resoplé, pero me uní a ella. Pronto las dos bailábamos, riendo sin control, sin pensar en el trabajo, ni en el futuro, ni en nada. Solo existía ese momento, con música, vino y mi mejor amiga.

En algún punto, dos tipos guapos se acercaron con sonrisas confiadas. Uno era moreno, alto, con camisa blanca arremangada; el otro, rubio, con esa

sonrisa de “sé que te gusto” que normalmente me habría puesto de mal humor.

—¿Podemos unirnos? —preguntó el moreno, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Depende —respondí con tono divertido—. ¿Sabéis bailar o solo fingís bien?

—Depende de cuántas copas llevemos —replicó él, sonriendo.

Sophie ya estaba riéndose con el otro, lanzándole miradas de cómplice profesional. Durante unos minutos, bailamos los cuatro, riendo, moviéndonos al ritmo de una versión improvisada de algún gran éxito que en ese momento no supe identificar. Nada serio, nada profundo. Solo ese tipo de tonteo inocente que te hacía sentir viva.

Cuando la canción terminó, nos despedimos con sonrisas educadas y volvimos a nuestras copas. Sophie me miró con los ojos brillándole bajo las luces del bar.

—¿Ves? A veces no hace falta tener un plan.

—Tal vez no —admití, sonriendo—. Pero mañana empiezo a buscar trabajo.

—Por supuesto. Pero esta noche, solo ríe.

Y eso hice. Reí. Por primera vez desde el cierre de la empresa, desde el miedo y la incertidumbre, me sentí ligera.

Y sin saberlo, esa misma risa, esa pequeña rendija de esperanza, era el principio de algo mucho más grande que todavía no podía imaginar.

Capítulo 4

Maximilian

Había pasado una semana desde mi última conversación con mi madre sobre las Navidades en Viena. Desde entonces, no había vuelto a hablar con ella, o, mejor dicho, la había esquivado con habilidad, alegando que mi agenda estaba saturada, que tenía reuniones inaplazables y viajes que requerían mi atención.

Sabía que tarde o temprano tendría que afrontar la verdad: mi "novia" seguía siendo una invención, un artificio para satisfacer la curiosidad y el entusiasmo maternal de Klara von Adler. La idea de decírselo me resultaba incómoda, pero no tenía alternativa; más pronto que tarde tendría que enfrentarme a esa conversación.

Me encontraba en mi despacho, revisando y firmando unos documentos que requerían atención inmediata. El despacho estaba impecable. Muebles de madera oscura, estanterías repletas de libros de negocios y derecho internacional, una iluminación tenue que confería seriedad al ambiente. Y, al fondo, la ventana panorámica que ofrecía una vista completa de la ciudad de Boston, con sus rascacielos y el constante ir y venir de coches y transeúntes. Cada detalle del despacho reflejaba orden, control y eficiencia; características que, en aquel momento, contrastaban con mi estado interior ligeramente tenso.

El sonido de mi móvil interrumpió mi concentración. Mi primer pensamiento fue que se trataba de mi madre. Sin embargo, al ver que era mi

padre, suspiré y contesté.

—Maximilian, hola —dijo Edward, mi padre, con un tono relajado pero firme, propio de un hombre acostumbrado al trato con ejecutivos y negociaciones.

—Hola, papá. —Me recosté en el respaldo de mi silla, manteniendo la calma—. ¿Cómo va todo?

La conversación fluyó de manera fluida, tranquila y directa, centrada únicamente en negocios. Hablamos de contratos, acuerdos pendientes y oportunidades de inversión. Me informó que un par de empresarios estaban deseando conocerme y explorar posibles colaboraciones con la farmacéutica, y yo le respondí que estaría encantado de reunirme con ellos, pidiéndole que organizara las citas pertinentes.

—Perfecto —dijo, y antes de colgar añadió—. Tu madre está emocionada porque va a conocer a tu novia.

Mi gesto se contrajo levemente.

—Papá, no le he confirmado nada a mamá.

—Ya lo sé, Maximilian —replicó, con esa calma que siempre conseguía ponerme en guardia—. Pero ya la conoces. Hará todo lo posible para que traigas a tu novia misteriosa a casa por Navidad.

Asentí, resignado, sin añadir más comentarios, y nos despedimos.

El silencio que siguió a la llamada me obligó a mirar por la ventana durante un buen rato. La ciudad parecía ajena a mis problemas ficticios, indiferente a mis dilemas personales. Sabía que cualquier intento de inventar excusas adicionales solo prolongaría la agonía.

No había pasado ni un minuto cuando la puerta de mi despacho se abrió con rapidez y la figura de Lukas apareció, sonriente, con ese aire de desparpajo que siempre contrastaba con mi seriedad.

—No voy a preguntar —dijo nada más verme—. Sé con quién has hablado y sobre qué.

Lo miré con el ceño fruncido.

—No ha sido con mi madre, sino con mi padre —repliqué, manteniendo la voz firme—. Pero mi madre sigue pensando que llevaré a mi novia por Navidad. Estoy jodido. No existe tal mujer, y tampoco voy a llevar a alguna de esas chicas con las que solo tengo sexo.

Lukas esbozó una sonrisa lobuna. Instantáneamente, supe que algo tramaba.

—Cuando esa sonrisa aparece, significa peligro —murmuré con un suspiro.

—No tienes novia, ¿verdad?

—No. —Respondí seco—. Ya sabes que no existe.

Él sonrió, ladeando la cabeza.

—Entonces lo tenemos claro. Hay que inventarte algo, o… aceptar el recurso desesperado.

—¿El recurso desesperado? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Escucha —dijo, todavía con ese brillo de complicidad en los ojos—. Tengo la solución perfecta: una web donde puedes encontrar una novia por contrato, solo por un tiempo concreto. Allí hay mujeres profesionales, perfectamente capacitadas para hacer de novia temporal. Para un mes, para dos semanas… lo que necesites para mantener feliz a tu madre y tranquilizar a tu padre. Algunos empresarios que conozco lo han hecho y han quedado encantados. Estoy seguro de que allí encontrarás a la mujer perfecta para fingir ser tu novia durante un mes.

Me quedé en silencio, mirándolo. Lo veía disfrutar con mi malestar, y eso me provocaba una mezcla de irritación y curiosidad.

—¿De verdad crees que voy a hacer eso? —pregunté, incrédulo.

—Créeme —replicó con total naturalidad—, las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Y esta es perfecta. Además, es discreto, legal y profesional. Nadie tiene por qué enterarse.

Resoplé, cerrando los ojos un instante. Estaba empezando a ver el riesgo y la locura de todo aquello, pero también la practicidad: un mes, y mi madre se quedaría tranquila. Nada de escándalos, nada de preguntas incómodas y tiempo suficiente para mantener mi vida privada intacta.

—No puedo creer que estés sugiriendo esto —dije finalmente, intentando recuperar mi compostura—. Es ridículo.

—Tal vez —contestó con esa sonrisa lobuna—. Pero créeme, funciona.

Cuando Lukas se marchó, me quedé solo. Miré el papel con la dirección web que había dejado sobre el escritorio y suspiré profundamente. Sabía que, por principio, no quería usarlo. Sin embargo, la tentación de echar un vistazo era demasiado grande. Abrí el portátil y tecleé la dirección: *RentMyHeart.com*.

La página era impresionante: minimalista, elegante, con un diseño que transmitía confianza y discreción. Cada apartado estaba cuidado al detalle: perfiles verificados, contratos legales estrictos, acompañantes seleccionadas por su inteligencia emocional, apariencia y discreción. Incluso había opiniones anónimas de hombres de negocios que habían utilizado el servicio. Todos coincidían en que las mujeres eran impecables, profesionales y capaces de mantener la apariencia sin comprometer la privacidad.

Leía algunas de esas opiniones solo por curiosidad, lo juro.

"Contraté a Eva durante seis semanas para un evento familiar. Profesional, encantadora y discreta. Nadie sospechó nada. Totalmente recomendable."

"Nunca pensé que una relación por contrato pudiera sentirse tan natural. Mi novia temporal supo adaptarse perfectamente a mi familia y mis amigos."

“El servicio es impecable. Mi acompañante entendió mis límites y expectativas, y fue todo mucho más sencillo de lo que imaginaba. No podría estar más satisfecho.”

“Estaba nervioso, pero todo salió perfecto. La discreción es absoluta y te permite mantener tu privacidad intacta. Además, son mujeres naturales y con clase, no simples acompañantes.”

Me recliné en la silla, mirándolo todo con una mezcla de incredulidad y ligera fascinación. Era una locura. Una solución absurda a un problema absurdo. Cerré el portátil con un gesto seco, tratando de convencerme de que no necesitaba llegar a ese punto. La verdad sería suficiente, o al menos eso quería creer.

Suspiré de nuevo, mirando la ciudad desde mi ventana. Las luces de Boston comenzaban a encenderse, reflejándose en los cristales de los edificios, indiferentes a mis problemas ficticios. Sabía que, al final, tendría que enfrentarme a mi madre. La mentira tenía fecha de caducidad, y pronto no quedaría escapatoria.

Aun así, por un instante, no pude evitar pensar en las posibilidades que ofrecía aquella web: una mujer perfecta, elegante, discreta… capaz de interpretar cualquier papel que necesitara. Pero no. Cerré los ojos, me obligué a respirar hondo y me repetí que seguiría adelante con el plan original: decir la verdad a mi madre y enfrentar las consecuencias.

Sin embargo, mientras me levantaba para preparar los documentos para la reunión que tenía al día siguiente con el proveedor, un pensamiento persistente se instaló en mi mente: ¿y si no existiera otra opción?

Capítulo 5

Rachel

Había pasado ya una semana desde que me quedé sin trabajo sin previo aviso. Seis días desde que había empezado a enviar currículums a todas las empresas que conocía y en las que creía que podrían contratarme. Hasta ese momento, solo había recibido negativas, una tras otra, y la desesperación empezaba a calarme hasta los huesos.

Mi apartamento era pequeño, pero acogedor. Tenía un toque coqueto que me gustaba: las paredes de color crema estaban decoradas con cuadros de tonos suaves, luces cálidas estratégicamente colocadas y un sofá gris claro que se había convertido en mi refugio.

Varias alfombras mullidas cubrían parte del suelo de madera y había cojines de distintos tamaños y texturas que me invitaban a acurrucarme. Una pequeña estantería guardaba mis libros y alguna que otra vela aromática que nunca encendía, pero que me recordaban a momentos felices. La cocina estaba separada por un arco, pequeña pero ordenada, y la mesa cerca de la ventana permitía que entrara la luz de la tarde.

Y allí estaba yo, hundida en el sofá, con mi pijama de franela arrugada y el pelo hecho un nido de pájaros, viendo una película de la que no me enteraba más que de fragmentos sueltos. Tenía un bote de nata montada en la mano y varias chocolatinas abiertas a mi alrededor. Cada bocado era un pequeño consuelo, aunque sabía que no arreglaba nada.

Pensaba que, al final, aceptaría la propuesta de mis padres de ayudarlos con algunos eventos que tenían que organizar para Navidad. Me pagarían por ello, a pesar de que no quería aceptar el dinero. Mi padre insistió en que, si me contrataban para las fiestas, debía aceptarlo. Seguía dándole vueltas, sintiendo un nudo en el estómago y un ligero resquemor de orgullo herido.

Fue entonces cuando sonó el timbre. Antes de que pudiera reaccionar, Sophie estaba dentro, como siempre, entrando sin permiso y con esa energía que parecía llenar la habitación.

—¡Rachel! —exclamó al verme—. Por Dios, ¡estás hecha un asco! No puedes seguir así.

Negué con un hilo de voz, aún sin despegarme del sofá.

—No sé qué más puedo hacer… —murmuré, mirando la pantalla de la televisión que seguía mostrando escenas borrosas.

Sophie suspiró y se sentó a mi lado, poniendo su mano sobre la mía.

—No se acaba el mundo porque no quieran contratarte. Ya llegará la empresa que se dé cuenta de lo buena que eres y querrá contratarte, no lo dudes.

Forcé una sonrisa débil y le respondí:

—Supongo que ese será mi deseo para estas Navidades, que alguien se dé cuenta de lo buena que soy…

Ella se levantó y me dio un codazo amistoso:

—Venga, métete en la ducha y arréglate. Vamos a salir.

—No tengo ganas —dije con sinceridad, bajando la mirada hacia mis pies descalzos.

Sophie insistió, con esa firmeza que solo ella podía permitirse:

—Sí tienes. Porque, además, tengo una propuesta que hacerte.

Suspiré, resignada, y me levanté del sofá. El camino hacia el baño me pareció interminable, pero finalmente me metí bajo el agua caliente. El vapor envolvía la habitación, y por un momento me dejé llevar por el calor, dejando que el estrés se disolviera en gotas de agua.

Al salir, me vestí con unos vaqueros que se ajustaban bien, un jersey blanco de lana suave, las botas altas negras de invierno y el abrigo negro que me protegía del frío de la noche. Me peiné rápidamente, intentando que mi pelo dejara de parecer un nido de pájaros, y recogí el bolso. Sophie estaba impaciente, apoyada en la puerta del salón, con una sonrisa que no me dejaba escapar.

—¿Lista? —preguntó, levantando una ceja.

Asentí, sin mucha convicción, y salimos de mi apartamento, dejando atrás la sensación de desánimo y desesperanza. La noche nos esperaba, y con ella, la inesperada propuesta que cambiaría el rumbo de mis días.

Sophie y yo subimos al taxi y durante el camino ella iba hablando de algo del trabajo mientras yo seguía inmersa en mis propios pensamientos. ¿Cómo era posible que en solo una semana mi vida se hubiera ido a la mierda de ese modo? Por Dios, que me veía en ese puesto de trabajo hasta que me jubilase, dentro de treinta años o más.

Salimos del taxi frente al restaurante, y el aire frío de noviembre me despeinó de inmediato. Me ajusté el abrigo y me aseguré de que mis botas altas estuvieran bien colocadas. Sophie, en cambio, parecía irradiar energía y confianza como siempre; su sonrisa brillante era capaz de iluminar hasta el día más gris. Entramos, y la cálida luz del restaurante nos envolvió: lámparas tenues, mesas de madera pulida y un murmullo constante de conversaciones, risas y el tintineo de copas que me hicieron sentir más tranquila de lo que esperaba.

Nos acomodamos en una mesa cerca de la ventana, mientras esperábamos a que llegara el amigo que yo también conocía, Ethan. Él apareció con esa sonrisa nerd, unas gafas ligeramente resbaladas sobre su nariz y ese aire de seguridad discreta que siempre me había resultado intrigante.

—¡Hola, chicas! —saludó, mientras se sentaba—. Veo que ya estáis instaladas.

Reí levemente y le contesté:

—Sí, intentando sobrevivir a otra noche de conversaciones sobre trabajo y mala suerte.

La cena comenzó ligera. Comimos, bebimos un poco de vino y poco a poco las risas fueron surgiendo. Hablamos de todo un poco: de películas que habíamos visto, de planes para Navidad y de anécdotas absurdas de la universidad. Ethan no dejaba escapar ni una sola oportunidad para sus comentarios sarcásticos, que hacían que Sophie y yo riéramos más de la cuenta. Por un momento, sentí que me olvidaba de la preocupación que me asfixiaba desde hacía días.

De repente, Sophie se inclinó hacia mí, con esa sonrisa traviesa que me advertía de algo.

—Rachel… tengo una propuesta para ti —dijo, con un brillo de emoción en los ojos—. Algo que podría interesarte mucho.

Ethan hizo un leve movimiento con las cejas y sonrió de un modo que, si el de Sophie me hacía sospechar, el de él no se quedaba atrás.

—No es nada comprometedor —añadió—, solo un poco de dinero rápido y fácil.

Yo arqueé una ceja, incrédula.

—¿Qué queréis decir? —pregunté, aún dudando—. Y por Dios, no me digas que me haga *stripper* o *scort*, que me da algo.

Sophie se rio negando y me explicó.

—Podrías ser… la novia por contrato de un empresario rico. Ya sabes, esos tipos que tienen un perfil en la web de Ethan —le señaló—, y que necesitan una acompañante durante un tiempo determinado para eventos sociales y familiares.

Me quedé paralizada, con la boca abierta.

—¡Os habéis vuelto locos los dos! No voy a hacer eso, y mucho menos con algún viejo que podría ser mi padre, y que posiblemente lo que quiera sea tirarse a una jovencita. No, no puedo hacer tal cosa.

—Mira, no hay nada indebido —dijo Ethan, poniéndose más serio—. Es totalmente legal, todo queda registrado en contrato, y no tienes que acostarte con nadie, si no quieres. Solo tienes que acompañarlo durante eventos. Es todo profesional, seguro y discreto.

Negué con la cabeza con fuerza, horrorizada.

—No… no puedo. ¡No, de ninguna manera! A saber quién me contrataría.

Ethan se encogió de hombros y sonrió con esa calma que a veces me irritaba.

—Hay de todo. Nadie busca sexo aquí. Para eso hay otras páginas. Esto es solo acompañamiento temporal, nada más.

Sophie me pasó su móvil abierto en la web de Ethan, y yo lo cogí con cierto recelo. *"RentMyHeart.com – Porque a veces, el amor solo necesita llegar en el momento justo"*, decía en la portada.

La interfaz era minimalista, discreta, elegante. Todo estaba explicado con claridad: contratos legales, perfiles verificados, acompañantes seleccionadas por inteligencia emocional, apariencia y discreción. Leí también algunas opiniones anónimas de empresarios que habían contratado los servicios y de chicas que habían aceptado ser novias por contrato durante un tiempo.

Mientras escuchaba, comencé a leer algunas opiniones de chicas que ya habían participado.

"Fui la acompañante de un empresario durante un mes en la temporada de fiestas. Todo fue profesional, elegante y seguro. El dinero, excelente. Repetiría sin dudar."

"Nunca imaginé que un trabajo así pudiera ser divertido y seguro. Asistí a cenas, reuniones y eventos familiares, todo planificado, y la discreción absoluta."

"Ethan me ayudó en cada paso. El contrato dejaba claro lo que se esperaba y el empresario fue impecable. Una experiencia que no olvidaré."

"Lo mejor es que puedes mantener tu vida personal intacta. Nadie sospechó nada. Profesional, seguro y bien remunerado."

Mientras leía, sentí un extraño torbellino de emociones: miedo, incredulidad, pero también cierta curiosidad. El dinero que ofrecían podría mantenerme durante meses sin tocar mis ahorros y darme margen para buscar un trabajo serio desde enero. Respiré hondo y miré a Sophie y a Ethan, que esperaban mi reacción con esa sonrisa cómplice.

—No… —dije al principio, negando con la cabeza—. No puedo hacer eso. No voy a ser la novia de un desconocido.

Ethan me explicó el perfil de los hombres que utilizan la web: exitosos, mayoritariamente entre treinta y sesenta años, con buen gusto y maneras cuidadas. Dependiendo de la duración del contrato, el dinero podía variar desde sumas considerables por unas pocas horas hasta cantidades mucho mayores si se trataba de acompañamiento para eventos prolongados.

Miré a los dos, incrédula. Seguía negando con la cabeza, diciéndome que no podía hacer algo así, que era absurdo, que no era para mí. Pero una parte de mí, la más práctica, empezó a considerar los números: con ese dinero podría vivir unos meses sin gastar mis ahorros, y podría trabajar con mis padres a partir de enero, sin sentir que cada céntimo se me escurría de las manos.

Suspiré, resoplé y finalmente dije, entre risas nerviosas:

—Si acepto, más vale que no me contraten como novia de un hombre viejo y decrépito… o no os lo perdonaré a ninguno en la vida.

Sophie rio y me miró con complicidad:

—Si es el caso, igual se enamora de ti y te incluye en su testamento.

Ambas reímos, un poco nerviosas, un poco liberadas. Mientras me reía, no pude evitar pensar que había hecho locuras en mi vida, algunas grandes y otras no tanto, pero como esa de ser la novia por contrato de un desconocido, ninguna.

Y, por primera vez en días, una mezcla de miedo y excitación se abrió paso en mí. Miedo por lo desconocido, excitación por la posibilidad de cambiar mi vida de manera inmediata. Mientras seguíamos cenando y bromeando, no podía evitar preguntarme cómo había llegado a aquel punto, y más importante aún, cómo iba a manejarlo si decidía dar el paso.

Suspiré, resignada, pero con un toque de alivio y diversión, pensando que tal vez, solo tal vez, podría ser la salida temporal perfecta. Podría sobrevivir a este invierno, ahorrar un poco y empezar con fuerza en enero.

Mientras el camarero nos traía el postre, me invadió una sensación extraña: miedo, sí, pero también la emoción de enfrentarme a algo completamente inesperado, algo que podría cambiar mi vida de maneras que aún no podía imaginar.

Capítulo 6

Maximilian

Era jueves, casi las ocho y media de la noche, y el despacho estaba en silencio. El tipo de silencio denso que solo se conseguía cuando todos se habían ido, cuando los teléfonos dejaban de sonar y las luces de la ciudad empezaban a reflejarse en los ventanales como brasas frías.

Tenía el portátil abierto delante de mí. En la pantalla, el logotipo discreto de *RentMyHeart.com* brillaba sobre un fondo gris perla. "*Porque a veces, el amor solo necesita llegar en el momento justo*." El lema era tan absurdo como necesario. Me quedé observándolo unos segundos, con esa mezcla de incredulidad y resignación que uno sentía justo antes de hacer algo que sabía que no debería.

Apoyé los codos sobre la mesa y me pasé una mano por el cabello. Llevaba horas frente al ordenador, revisando informes, contratos, correos. Todo ese ruido constante que llenaba mis días desde que fundé *Adler Biotech*. Pero aquel archivo, aquel portal en concreto, no tenía nada que ver con moléculas, inversores ni patentes. Aquello era… otra clase de negocio. Uno en el que, por primera vez en años, no tenía el control.

El reloj de pared marcó las ocho y treinta y cinco cuando escuché un golpe suave en la puerta.

—Adelante —dije, sin levantar la vista.

La puerta se abrió y, tras ella, apareció un hombre joven, de unos treinta años, con gafas de montura fina y un aire de ingeniero que había dormido poco, pero que se sentía dueño del mundo. Traía una carpeta bajo el brazo y una sonrisa que se debatía entre lo cordial y lo irónico.

—Señor von Adler. Un placer, por fin —dijo, tendiéndome la mano.

—Ethan Brooks, supongo.

—El mismo —respondió, tomando asiento frente a mí—. Gracias por recibirme tan tarde.

—Gracias a usted por venir —contesté, cerrando el portátil para mirarle directamente—. Prefiero estas reuniones cuando no hay interrupciones.

Asintió, cruzando una pierna sobre la otra.

—Me dijeron que es usted un hombre que valora la discreción.

—Y la eficacia.

—Excelente. En *RentMyHeart* somos expertos en ambas cosas.

Le observé mientras abría la carpeta y colocaba sobre la mesa un contrato impreso con el logo de su empresa en la esquina superior. Papel grueso, tipografía sobria, nada de colorines. Profesional, aunque ligeramente pretencioso.

—Este es el acuerdo de confidencialidad que mencionamos por correo —explicó—. Protección de datos, cláusulas de imagen, términos de uso... todo lo habitual en servicios de acompañamiento premium.

Cogí la pluma y firmé sin necesidad de leer cada línea. No por confianza, sino por costumbre. Me pasé media vida firmando papeles que condicionaban los próximos diez años de mi existencia; uno más no iba a marcar la diferencia.

—Perfecto —dijo Ethan, guardando la copia—. Ahora, si le parece, crearemos su perfil.

Abrí de nuevo el portátil y le cedí el asiento. Ethan tecleó con rapidez, como si conociera el teclado de memoria.

—Antes de nada —dijo—, necesitamos algunos datos básicos: nombre completo, edad, profesión... aunque supongo que ya los tengo.

—Maximilian von Adler, treinta y seis, CEO de *Adler Biotech*. Viena y Boston.

—Muy bien. —Sus dedos bailaron sobre las teclas—. Ahora lo importante: ¿qué busca exactamente?

Me quedé callado un segundo, mirando el reflejo de las luces sobre la superficie del escritorio. ¿Qué buscaba exactamente? No lo sabía. O quizá sí, pero me negaba a admitirlo.

—Busco una acompañante para las fiestas de Navidad —respondí al fin—. Nada más.

—¿Duración del contrato?

—Un mes. En Viena.

—Perfecto. ¿Características?

—Discreta. Inteligente. Que sepa comportarse en un entorno formal.

Ethan me miró por encima de las gafas, con una media sonrisa.

—Eso reduce bastante el espectro. Pero no se preocupe, tenemos perfiles excepcionales. —Pausó un instante, inclinándose hacia delante—. ¿Y qué hay de sus gustos personales?

—No tengo tiempo para gustos personales.

Él se rio por lo bajo.

—Todo el mundo los tiene, señor von Adler. Aunque no lo admitan.

Le devolví una mirada seca.

—Entonces, digamos que prefiero a alguien que no hable demasiado.

—Anotado —respondió, aún sonriendo—. ¿Y qué nivel de interacción emocional está dispuesto a mantener?

—¿Interacción emocional? —repetí, arqueando una ceja.

—Algunas de nuestras acompañantes adaptan su comportamiento según el tipo de vínculo que el cliente desee proyectar. Algunos prefieren un afecto realista; otros, algo más distante.

—No busco teatro —dije—. Solo necesito que parezca creíble.

—Entendido. —Tecleó unos segundos más—. Permítame una pregunta, si no es indiscreción. ¿Por qué hacerlo? No es el primer cliente que recurre a nosotros, pero siempre me intriga el motivo.

Lo pensé un momento. No había razón para ocultarlo; después de todo, acababa de firmar un contrato de confidencialidad.

—Mi madre —respondí al fin, con un suspiro breve—. Tiene una idea romántica absurda sobre las Navidades. Cree que la vida solo está completa cuando hay alguien esperándote bajo el árbol. He intentado hacerla entrar en razón, pero... es imposible. Le dije que tenía novia; está ilusionada y quiere conocerla.

—Y usted ha decidido darle gusto sin complicarse demasiado.

—Digamos que sí. —Hice una pausa—. Es una locura, lo sé.

—No lo creo. —Ethan apoyó los codos sobre la mesa, divertido—. Es más común de lo que imagina. En su caso, además, hay una ventaja: sabe exactamente lo que quiere y lo que no. Eso nos facilita las cosas.

—Si lo dice usted...

—Confíe en mí, señor von Adler. Encontraré el perfil adecuado. Y prometo que será... la acompañante perfecta para sus Navidades en Viena. —Sonrió mientras tecleaba la última línea—. Publicaremos el anuncio esta misma noche: *"Se busca novia por Navidad"*.

—Original.

—Funciona. —Cerró el portátil—. En unas horas, le enviaremos tres opciones de perfil. Usted elige. Nosotros nos encargamos del resto.

Nos levantamos al mismo tiempo y le estreché la mano.

—Ha sido un placer —dijo él—. Y tranquilo: su secreto está a salvo conmigo.

—Lo espero.

Ethan salió del despacho con el mismo paso confiado con el que había entrado. La puerta se cerró tras él y el silencio volvió a ocupar el espacio, más pesado que antes.

Durante un momento, permanecí de pie, mirando el reflejo de mi rostro en la ventana. Me veía cansado. Demasiado. Quizá era la luz, o quizá la certeza de lo que acababa de hacer.

Fui hacia el mueble bar, abrí la botella de whisky y me serví un vaso. El sonido del líquido al caer fue lo único real en aquella habitación.

Me apoyé en el borde del escritorio y di un sorbo. El alcohol quemó, pero no lo suficiente.

"Se busca novia por Navidad." Sonaba ridículo y, sin embargo, ahí estaba yo, un hombre que había pasado la vida construyendo muros, comprando empresas y esquivando sentimientos, recurriendo a una página web para fingir lo que no existía.

Brindé, solo, con mi reflejo.

—Por las malas ideas —murmuré.

El eco del cristal contra el silencio fue mi única respuesta.

El reloj marcaba las nueve y media cuando la puerta del despacho se abrió sin que nadie llamase. Solo una persona en toda la empresa se atrevía a hacerlo.

—¿Todavía trabajando? —preguntó Lukas, con esa sonrisa suya que podía desarmar a cualquiera.

—Terminé hace horas —respondí sin apartar la vista del ordenador—, pero tenía una reunión pendiente.

—Ah, ¿sí? —Cerró la puerta tras él, curioso—. No tenía constancia. ¿Algún inversor nuevo o…?

—Con el dueño de esa web que me recomendaste.

Lukas se quedó en silencio un instante y su ceja derecha se arqueó con un gesto teatral.

—No me jodas. ¿*RentMyHeart*?

Asentí.

—No pensaba que fueras a hacerlo.

—Ni yo. —Apagué la pantalla del ordenador y me recliné en la silla—. Pero lo he hecho.

Por un segundo pareció que iba a reírse, pero se contuvo. Luego soltó una carcajada tan fuerte que resonó entre las paredes.

—¡No me lo puedo creer! —dijo, riendo—. ¡Maximilian von Adler, el hombre que calcula hasta el tiempo que tarda en hervir su café, acaba de apuntarse a una web para buscar novia por contrato!

—Si esto sale mal —dije con seriedad fingida—, pienso recordártelo el resto de tu vida. Y cuando muera, volveré en espíritu solo para atormentarte por haberme dado esa idea.

Eso le hizo reír todavía más.

—Si sale mal, te invito a una botella de ese whisky que tanto te gusta. Pero si sale bien… —me señaló con un dedo acusador—, quiero ser el padrino de vuestro primer hijo.

Puse los ojos en blanco.

—No te emociones. No habrá hijos, ni boda, ni nada que requiera padrinos.

—Quién sabe. A veces el destino se disfraza de contrato.

—El destino no existe, Lukas. Solo decisiones estúpidas y consecuencias.

—Lo dices como si fuera algo malo. —Caminó hasta la ventana y miró hacia la ciudad—. ¿Sabes? Siempre pensé que eras incapaz de hacer algo impulsivo.

—Sigo sin ser capaz.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

Suspiré. Esa era la pregunta que llevaba dándome vueltas desde hacía dos días, cuando decidí ponerme en contacto con el dueño de esa página web.

—Porque me cansé —admití—. Mi madre me llama cada semana para recordarme que la vida se me escapa entre los dedos, que debería "compartirla con alguien". Y porque este año, además, me ha preparado una cena en Viena con toda la familia, primos incluidos. No pienso soportar sus miradas de lástima otra vez.

—Así que vas a presentarte con una novia de alquiler para que te dejen tranquilo. —Lukas sonrió, divertido—. Suena lógico.

—No hay nada lógico en esto. Pero necesito paz. Aunque sea fingida. Y por si se te olvida, fue idea tuya.

Lukas se giró hacia mí con las manos en los bolsillos.

—A veces lo fingido acaba siendo más real de lo que uno espera.

—No en mi caso. —Me puse de pie y recogí el abrigo—. En fin, me voy a casa. Estoy cansado.

—¿Ni siquiera vas a mirar los perfiles que te mandó el tipo? Seguro que ya tienes alguno.

—Hoy no.

—Deberías. Puede que alguna te sorprenda.

—Dudo que alguna mujer que acepte un contrato así pueda sorprenderme.

Él sonrió de nuevo, con esa expresión entre traviesa y sincera que solo Lukas podía tener.

—Ahí te equivocas, amigo. El mundo está lleno de sorpresas… sobre todo las que pagas por adelantado.

—Muy alentador —murmuré, cogiendo el maletín.

Salí del despacho, dejándolo aún riéndose. Los pasillos estaban casi vacíos. Las luces del edificio se reflejaban en el mármol, frías, impersonales.

Mientras caminaba hacia el ascensor, no pude evitar pensar en lo absurdo de todo aquello. Yo, Maximilian von Adler, que había levantado una empresa de la nada, que había aprendido a no depender de nadie, ahora estaba dispuesto a pagar por una ilusión. Todo por unas Navidades tranquilas.

El ascensor descendió con un zumbido suave. Cuando las puertas se abrieron al vestíbulo, el aire frío de la calle se coló dentro.

Boston me recibió con su bullicio ordenado, los escaparates ya adornados con luces doradas y cintas rojas. A cada paso, la ciudad parecía recordarme lo que estaba intentando evitar: el espíritu navideño. Las parejas cogidas del brazo, los niños señalando los árboles iluminados, los villancicos que se escapaban de los cafés.

Me subí el cuello del abrigo y caminé hacia el coche.

A pesar de todo, una parte de mí, una que no solía escuchar, se preguntaba cómo sería tener, aunque fuera por un mes, a alguien a mi lado. Y no me refería a una socia, ni a una asistente, o a alguien que esperara algo de mí. Solo… compañía.

Sacudí la cabeza, como si eso bastara para borrar el pensamiento. No, no iba a romantizar un acuerdo comercial. Era un trato, nada más.

Cuando llegué a casa, el silencio volvió a recibirme como un viejo amigo. Las luces automáticas se encendieron al pasar, revelando el orden meticuloso del lugar: muebles modernos, líneas rectas, nada que sobrara.

A veces me daba cuenta de que mi casa se parecía demasiado a mí. Todo en su sitio, todo bajo control, y, sin embargo, vacío.

Dejé el abrigo en el perchero y me serví otro whisky. Me apoyé en la barra de la cocina y miré el vaso un instante antes de llevarlo a los labios.

Pensé en Ethan, en su sonrisa segura. En Lukas y su risa fácil. En mi madre, que probablemente ya estaría planeando la cena con servilletas bordadas y velas de plata.

Y pensé en esa absurda frase que había quedado flotando en mi cabeza desde hacía unas horas: *"Se busca novia por Navidad."*

Una parte de mí quería reírse. Otra, más silenciosa, no sabía muy bien qué sentir. Finalmente, me limité a beber.

Capítulo 7

Rachel

Era viernes, casi las seis de la tarde, y el apartamento olía a café recalentado y a desesperación.

Tenía el portátil abierto sobre la mesa del comedor, esa que hacía las veces de escritorio desde que perdí mi trabajo dos semanas atrás. La página que parpadeaba en la pantalla parecía sacada de una película: *"RentMyHeart.com – Porque a veces, el amor solo necesita llegar en el momento justo"*. Claro. Buen eslogan. Yo lo llamaría "pánico financiero prenavideño".

Suspiré y eché la cabeza hacia atrás. El techo seguía igual de blanco que ayer, y la lámpara seguía colgando torcida, como si también hubiera tirado la toalla. A veces pensaba que mi vida entera estaba un poco torcida últimamente.

El timbre sonó justo entonces.

Me levanté, me alisé la camiseta, que había conocido días mejores, y abrí la puerta. Ethan estaba allí, con una sonrisa que parecía ensayada frente al espejo y unas gafas que daban ganas de confiar en él. O de sospechar que podría *hackearte* la cuenta bancaria en menos de un minuto.

—Rachel —dijo, dándome un abrazo—. Me sorprendió que me llamaras, la verdad.

—Tranquilo, que yo también me sorprendí —respondí, dejando que entrara —. Perdona el caos —dije, apartando un montón de revistas del sofá—. No esperaba visitas… corporativas.

—Créeme, he visto cosas peores. —Dejó el maletín sobre la mesa y abrió el portátil que traía consigo—. Bueno, empecemos con lo aburrido antes de pasar a lo interesante.

—¿Hay algo interesante en esto? —pregunté, sentándome frente a él.

—Depende de cómo lo mires. —Sacó un documento—. Este es el contrato de confidencialidad. Básicamente, garantiza que ni tú ni nosotros hablaremos de los clientes ni de los acuerdos. Todo es legal, discreto y firmado ante notario.

—Legal, discreto y firmado ante notario. —Repetí—. Suena casi romántico.

Ethan se rio.

—Firma aquí, aquí y aquí.

Obedecí, aunque mi mano tembló un poco. No todos los días firmaba un documento que potencialmente me convertiría en la novia falsa de algún desconocido millonario.

—Perfecto. —Ethan guardó los papeles—. Ahora vamos a crear tu perfil.

—¿Y eso cómo funciona exactamente?

—Básicamente, te hago unas preguntas, tú respondes con sinceridad —dijo, tecleando—, y la web se encarga de ajustar tu perfil a los empresarios que buscan acompañante.

—¿Y si miento?

—El algoritmo lo detectaría.

—¿De verdad?

—No, pero confío en tu conciencia. —Sonrió sin levantar la vista—. Nombre completo, edad…

—Rachel Collins. Veintiocho.

—Profesión.

—Desempleada reciente y especialista en fingir que no estoy preocupada.

—Pondré "exasistente de ventas". —Siguió escribiendo—. Bien, Rachel, ¿qué te trae a *RentMyHeart*?

—La desesperación —contesté.

Él levantó la vista, divertido.

—Es una respuesta más común de lo que crees.

—Supongo que todos tenemos nuestras formas de sobrevivir a diciembre.

—Algunos beben vino caro, otros fingen relaciones. —Se encogió de hombros—. En fin, cuéntame un poco sobre ti.

—¿Qué quieres saber?

—Lo de siempre. Gustos, aficiones, manías… Lo que harías en tu tiempo libre si tuvieras tiempo libre.

Pensé un segundo.

—Me gusta el chocolate caliente con demasiadas nubes de azúcar, leer novelas con finales felices y discutir con series de televisión.

—¿Y lo que odias?

—Las injusticias. Y los hombres que creen que un "¿qué haces?" a las dos de la mañana es una conversación.

Ethan soltó una carcajada.

—Perfecto. Apuntado.

—¿De verdad escribes eso?

—Por supuesto. Las acompañantes más sinceras son las más valoradas.

Le observé mientras seguía tecleando. Tenía una concentración casi quirúrgica, y por un momento pensé que debía ser fascinante dedicarse a escuchar historias ajenas todo el día.

—Vale —dijo finalmente—. Ahora, un par de detalles más. ¿Hay algo que te incomode?

—La gente arrogante. Y los ascensores. —Hice una mueca—. No me preguntes por qué.

—No lo haré. —Sonrió—. Bien, perfil creado.

—¿Así de rápido?

—Así de rápido. —Cerró el portátil—. Me dijiste que estabas preocupada por lo que dirían tus padres.

—Sí. —Suspiré—. Tendré que inventarme algo. Les diré que empezaré en la empresa con ellos en enero y que me ha salido un trabajo para diciembre que no he podido rechazar.

—Buena excusa.

—No es una excusa. Es una mentira piadosa.

—A veces son necesarias.

Ethan se levantó, guardó el ordenador en el maletín y me dedicó una sonrisa profesional antes de darme otro abrazo.

—No te preocupes, Rachel. Todos nuestros clientes son empresarios serios y formales. Te avisaré en cuanto haya alguna coincidencia con tu perfil.

—Perfecto. —Me crucé de brazos—. Y, por favor, que no sea un tipo que coleccione reptiles ni un anciano con complejo de El Padrino.

—Prometo que no. —Se giró hacia la puerta—. Encantado de conocerte, Rachel.

—Igualmente, Ethan. Y gracias por… bueno, por no juzgarme.

—No hay nada que juzgar. Todos necesitamos una historia convincente de vez en cuando.

Cuando se fue, el apartamento volvió a quedarse en silencio. Miré la puerta cerrarse tras él y me quedé un momento quieta, intentando asimilar lo que acababa de hacer.

Me serví un chocolate caliente, porque no había problema en mi vida que no empezara con una taza en las manos. Lo acompañé con una manta y me acomodé en el sofá. El portátil me esperaba sobre la mesa, como una puerta a un universo alternativo.

Lo abrí y entré en *RentMyHeart*.

La interfaz era minimalista, con tonos neutros y letras elegantes. No había fotos de nadie, ni de los empresarios ni de las acompañantes. Solo descripciones, como si la apariencia fuera un secreto demasiado peligroso de revelar.

Empecé a leer.

"Empresario neoyorquino, cuarenta años. Busca acompañante discreta para viaje de negocios en Tokio."

Demasiado lejos. Y, sinceramente, Tokio en diciembre debía de ser un congelador con luces de neón.

Pasé al siguiente.

"Propietario de galería de arte, treinta y cuatro años. Requiere acompañante para eventos culturales durante la temporada navideña."

Sonaba bien… hasta que vi la nota adicional: *"Debe saber distinguir el impresionismo del posimpresionismo."* Definitivamente, no.

El tercero era aún peor.

"Magnate hotelero, cuarenta y cinco años. Busca acompañante con dotes de conversación para crucero por el Caribe."

Una isla tropical, sol, playa… y yo, fingiendo reírme de chistes sobre márgenes de beneficio. No, gracias.

Iba a cerrar la página cuando algo llamó mi atención. Un anuncio nuevo. El título decía simplemente: *"Se busca novia por Navidad."*

Me quedé mirándolo un instante. Había algo distinto en esas palabras. No había exclamaciones ni cursilerías, solo una sencillez que resultaba… intrigante. Hice clic.

Perfil n.º 4817

Hombre, treinta y seis años. Nacionalidad austríaca. CEO de empresa farmacéutica con sedes en Boston y Viena.

Busca acompañante discreta e inteligente para pasar las fiestas navideñas en Viena. Duración del acuerdo: un mes. Confidencialidad absoluta.

Condición indispensable: naturalidad. No se requiere actuación ni afecto fingido. Solo presencia real y respeto mutuo.

Releí el texto varias veces. Era tan frío y directo que, paradójicamente, resultaba atractivo. No decía *"romántico"*, *"divertido"* ni *"apasionado"*. Solo *"respeto mutuo"*.
Algo en esas dos palabras me desarmó un poco.

Apoyé la taza en la mesa y me quedé mirando el anuncio durante un buen rato, como si esperara que las letras cambiaran por sí solas. Viena. Un mes. Navidad. Una locura.

Pero… una locura con alojamiento pagado, billete incluido y dinero suficiente para sobrevivir durante unos meses.

Cerré el portátil y hundí la cabeza en el respaldo del sofá. No sabía si reírme o echarme a llorar. Quizá las dos cosas a la vez.

Después de un buen rato sentada en el sofá con la mirada perdida en el techo, me hice un café y me senté frente al portátil, otra vez.

Abrí *RentMyHeart* y el anuncio seguía allí, esperándome como una tentación digital.

Pasé el cursor sobre el botón *"Enviar mensaje privado"* y lo retiré tres veces. De verdad, tres. La cuarta, suspiré y lo pulsé.

La página me llevó a un formulario. Nada de mensajes dulces, solo un espacio en blanco con el título: *"Explique por qué está interesada en esta propuesta."*

—Porque estoy en bancarrota emocional y económica —murmuré—. ¿Eso cuenta?

Sonreí sola, aunque mi corazón latía demasiado rápido. Empecé a escribir:

«Hola. He leído su anuncio. No suelo hacer cosas así, pero admito que su propuesta me ha llamado la atención. No busco romance, solo un acuerdo claro. Si todavía no ha encontrado acompañante, podríamos hablarlo».

Releí el texto. Demasiado formal. Lo borré y volví a escribir:

Rachel: *Buenas noches. He visto su anuncio "Se busca novia por Navidad" y me ha parecido… peculiar, en el buen sentido. Si sigue buscando a alguien, me gustaría saber más detalles antes de decidirme.*

Lo envié antes de poder arrepentirme. Después cerré el portátil como si fuera una bomba.

—Ya está —dije en voz alta—. He tocado fondo oficialmente.

Pasé el resto de la tarde limpiando compulsivamente el apartamento, reorganizando estanterías y fingiendo que no revisaba el correo cada cinco minutos. No esperaba respuesta inmediata; quizá ni siquiera recibiría una.

Pero a las ocho y media de la noche, el ordenador emitió ese sonido que me sobresaltaba más que cualquier alarma. Nuevo mensaje recibido. Tragué saliva y lo abrí.

M: *Buenas noches, Rachel. He leído su mensaje. Aprecio su franqueza. Mi propuesta es sencilla: necesito una acompañante durante las fiestas navideñas en Viena. Duración: un mes como máximo. El motivo: razones familiares. No hay implicaciones románticas, solo presencia y discreción.*
Si esto le parece aceptable, podemos hablarlo con más calma. M.

No había firma completa. Solo "M". Ni una palabra de más. Frío, directo, cortés. Justo como imaginaba que sería un CEO de farmacéutica.

Apoyé los codos en la mesa y leí el mensaje tres veces. "Un mes como máximo." "Presencia y discreción." Sonaba razonable… si ignorabas la parte en la que básicamente te contrataban como novia de mentira para pasar las Navidades en otro país.

—Es solo un mes. Cuatro semanas. Treinta y un días… —me dije a mí misma.

Treinta y un días de fingir. Podía hacerlo. He fingido interés en presentaciones de ventas más largas. Cogí aire y respondí:

Rachel: *Gracias por su respuesta. Entiendo las condiciones. Me gustaría saber un poco más sobre lo que espera exactamente de su acompañante.*

No tardó ni diez minutos en contestar.

M: *Cenas familiares, eventos sociales, apariciones puntuales en prensa. No se requiere afecto físico ni sentimental. Solo naturalidad. El viaje y el alojamiento corren por mi cuenta. También un salario por el tiempo acordado. Si desea conocer más detalles, podríamos concertar una reunión. En persona, si le parece adecuado.*

Me quedé mirándolo. “En persona.” Ahí estaba la trampa. Me imaginé todo tipo de escenarios.

—Un viejo millonario con complejo de playboy que miente en su edad… —murmuré—. O un tipo que colecciona gatos disecados.

Estuve a punto de cerrar el ordenador. Pero antes de que pudiera decidirme, un nuevo mensaje apareció.

M: *Si lo prefiere, podemos tomar un café en un lugar público. Si no hay afinidad, lo dejamos estar. Sin compromisos.*

Me eché hacia atrás y dejé escapar un suspiro largo. Solo un café. En un sitio público. Nada que pudiera salir demasiado mal, salvo mi dignidad.

—Solo es un café —me dije, intentando convencerme—. No voy a casarme ni a vender un riñón.

Volví a escribir:

Rachel: *De acuerdo. Dígame día, hora y lugar, y allí estaré.*

Pulsé enviar.

El mensaje desapareció de la pantalla y me quedé con las manos suspendidas sobre el teclado, como si todavía pudiera retirarlo del aire. Hecho estaba.

Me recosté en el sofá, abrazando la manta. El apartamento estaba en silencio, salvo por el tic-tac insistente del reloj.

¿En qué momento mi vida había llegado a esto? Hacía tres semanas estaba trabajando en una empresa en la que me veía siendo asistente de ventas otros treinta años o más, hasta que me jubilara. Ahora estaba a punto de reunirme con un desconocido que necesitaba una novia por Navidad.

Reí por lo bajo. No de felicidad, sino de incredulidad.

—Mi madre diría que me he vuelto loca —murmuré.

Cerré el portátil y miré por la ventana. Boston estaba cubierta de luces navideñas, pero a mí me parecían demasiado brillantes, demasiado felices. Como si pertenecieran a otra vida.

Aun así, algo dentro de mí se agitaba. Una mezcla de miedo y curiosidad. Tal vez porque, por primera vez en mucho tiempo, sentía que algo iba a cambiar.

Capítulo 8

Maximilian

Era sábado por la mañana y el edificio estaba casi vacío.

La sede de *Adler Biotech* tenía un silencio distinto los fines de semana, uno que se colaba por los pasillos como un recordatorio de que el mundo seguía girando sin mí. Aun así, allí estaba, sentado en mi despacho, firmando documentos que perfectamente podrían esperar al lunes.

El reloj marcaba las nueve y veinte. Llevaba más de media hora repasando informes que ya había revisado el día anterior. La verdad, no tenía ninguna razón lógica para estar allí. O quizás sí, pero no una que quisiera admitir.

En el borde del escritorio, mi móvil vibraba cada pocos minutos con notificaciones que ignoraba. Mi atención estaba en otra cosa: en la conversación que había tenido la noche anterior con Rachel Collins.

Rachel. Había algo en su forma de escribir que me había descolocado. No intentaba impresionarme ni endulzar la situación. Fue directa, sincera, casi desafiante. Y eso, en un mundo donde todo el mundo decía lo que creía que querías oír, resultaba refrescante.

Habíamos acordado vernos esa mañana en una cafetería del centro. Ella había propuesto un lugar "seguro y con buen chocolate", según sus palabras. También había añadido un detalle práctico: *"Llevaré un gorro de lana rosa pastel y un abrigo blanco. Así me reconocerá fácilmente."*

No podía evitar sentir curiosidad. En *RentMyHeart*, por política de privacidad, no se permitían fotografías. Ni de clientes ni de acompañantes. Lo que significaba que, hasta ese momento, solo conocía su voz escrita. Y, curiosamente, esa ausencia de imagen me resultaba más intrigante que frustrante.

Cerré la carpeta frente a mí y me quedé mirando el reloj de nuevo. Faltaban quince minutos para las diez. Si salía en los próximos cinco, llegaría a tiempo.

Oía el eco de mis propios pasos en el pasillo cuando una voz familiar rompió el silencio.

—¿Qué demonios haces aquí un sábado?

Me giré. Lukas estaba apoyado en el marco de la puerta, con su chaqueta de cuero, una taza de café en la mano y esa expresión entre sorpresa y diversión que se le daba tan bien.

—Firmando unos documentos que olvidé ayer —dije, procurando sonar casual.

Él arqueó una ceja; no me creía.

—¿Tú? ¿Olvidar firmar algo? —Dejó escapar una risa corta—. Venga ya, Max. Ni cuando te rompiste la mano dejaste un contrato sin revisar.

Suspiré.

—Muy observador, como siempre.

—Así que… ¿Cuál es la verdad?

Apoyé las manos en el escritorio, resignado.

—Voy a conocer a una posible acompañante.

Lukas se enderezó de golpe.

—¿Una posible novia de la web?

Asentí, y el capullo silbó, divertido.

—No me lo creo. El mismísimo Maximilian von Adler, en una cita. ¡Y en sábado!

—No es una cita. Es una entrevista.

—Llámalo como quieras, pero sigues quedando con una mujer que has conocido en una página de alquiler sentimental.

—Gracias por el recordatorio.

Lukas sonrió de oreja a oreja, disfrutando cada segundo.

—Tienes que prometerme que me contarás todos los detalles.

—No va a haber "detalles".

—Claro, claro. —Le dio un sorbo a su café—. Bueno, suerte. Aunque dudo que la necesites.

—Siempre es útil —respondí, poniéndome el abrigo—. Te veo el lunes.

—Espero que vengas con anécdotas.

Negué con la cabeza y salí del despacho mientras él aún se reía.

El ascensor descendió con ese zumbido metálico familiar, y durante los segundos que tardó en llegar a la planta baja, me descubrí repasando mentalmente la conversación que iba a tener. Era absurdo, lo sabía. Pero una parte de mí quería que saliera bien. No porque necesitara una novia, falsa o no, sino porque había llegado un punto en que lo previsible me resultaba insoportable.

El motor arrancó con un ronroneo suave y en cuestión de minutos estaba conduciendo por las calles de Boston, todavía medio vacías a esa hora. Las

farolas reflejaban su luz en los charcos de la última lluvia nocturna y la ciudad tenía ese aire a medio despertar que siempre me había gustado.

El tráfico era escaso. Cada semáforo en verde parecía una señal para continuar, como si el destino quisiera que llegara sin retrasos.

Aparqué frente a la cafetería acordada, un pequeño local en la esquina de una calle adoquinada, con fachada de madera clara y grandes ventanales empañados por el calor del interior. Desde fuera, el sitio olía a café recién molido y a pan tostado.

Miré el reloj y vi que eran las diez en punto. Perfecto.

Apoyé las manos en el volante un instante, observando el interior a través del cristal. Y entonces la vi.

Sentada junto a la ventana, con un gorro de lana rosa pastel y un abrigo blanco que contrastaba con el tono cálido del lugar. Tenía una taza entre las manos y el vapor formaba una pequeña nube delante de su rostro.

Me quedé mirándola, sin moverme. Era… distinta de lo que había imaginado. No sabía exactamente qué esperaba, pero no eso. Su cabello cobrizo brillaba bajo la luz tenue, cayéndole en ondas suaves sobre los hombros. Tenía el tipo de elegancia que no se compraba: natural, inadvertida.

Sus labios se curvaron en una sonrisa breve, quizá por algo que había pensado, y sentí una punzada de curiosidad, casi de nervios. Cuando levantó la vista hacia la ventana, nuestros ojos se cruzaron durante una fracción de segundo.

Disimulé mirando el reloj, como si aquel encuentro visual no hubiera ocurrido, y respiré hondo antes de salir del coche.
Era hora de entrar.

Empujé la puerta de la cafetería y un sonido metálico de campanilla anunció mi entrada. El calor me envolvió de inmediato, mezclado con el aroma a café tostado y canela. Era un lugar pequeño, con apenas seis mesas de madera clara y una estantería al fondo repleta de tazas de cerámica artesanal. La vi enseguida.

Rachel estaba justo donde la había divisado desde el coche, cerca del ventanal. El gorro rosa pastel le cubría parte del cabello, aunque un mechón cobrizo se escapaba sobre su mejilla. Tenía las manos rodeando la taza, como si absorbiera el calor con los dedos.

Por un momento me quedé quieto, observándola. No era solo bonita. Tenía algo… genuino. Una naturalidad que resultaba casi desconcertante. Estaba acostumbrado a las sonrisas ensayadas, a las posturas medidas, a las miradas que calculaban. Ella no parecía pertenecer a ese mundo.

Caminé hacia su mesa. Cuando estuve a un par de pasos, dije su nombre.

—Rachel.

Levantó la vista y comprobé que sus ojos verdes eran más intensos de lo que había imaginado. Sorprendidos primero, curiosos después. En ese instante llevó la taza a los labios y dio un sorbo, sin apartar la mirada de mí.

El detalle que siguió fue casi cómico: una fina marca de chocolate le quedó en la comisura del labio. No pude evitar sonreír. Apenas un gesto, una curva leve en los labios, pero suficiente para que frunciera el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando la taza sobre el plato con un leve tintineo.

—Tienes… —Hice un gesto con la mano, indicándole la boca—. Un poco de chocolate.

Se sonrojó al instante, y la forma en que se llevó la servilleta al rostro fue tan espontánea que me provocó otra sonrisa, esta vez más contenida.

—Genial —murmuró—. Diez segundos de conocerme y ya hago el ridículo.

—No lo llamaría ridículo —dije, tomando asiento frente a ella—. Solo… humano.

Sus labios se curvaron apenas, y la tensión inicial pareció aflojarse.

—Bueno, eso es un alivio. —Dejó la servilleta a un lado—. Usted debe ser el señor farmacéutico.

—Maximilian —corregí con un leve asentimiento—. Pero puedes llamarme Max, si lo prefieres.

—Me gusta más Maximilian —dijo, observándome con curiosidad—. Suena… intimidante.

—No era la intención —respondí, aunque su tono me hizo dudar de si hablaba en serio.

Pidió un nuevo chocolate; yo, un café negro. El camarero tardó apenas un par de minutos, tiempo en el que Rachel pareció estudiar cada detalle de mi rostro con la misma atención con la que yo la observaba a ella.

—Así que —empezó, cruzando los brazos sobre la mesa—, necesitas una novia por Navidad.

—Suena peor cuando lo dices en voz alta.

—Lo sé —rio—, pero sigue siendo un buen titular.

Me limité a sonreír.

—No es tan complicado. Mis padres viven en Viena. Mi madre tiene ideas muy firmes sobre lo que debería hacer con mi vida. Entre ellas, casarme y darle nietos.

—Ah, la presión familiar. Conozco el tema.

—Le dije hace meses que tenía novia —continué—, pensando que el asunto se olvidaría. Pero no lo hizo. Así que… aquí estamos.

—Entiendo. —Rachel asintió, tomándose un momento—. Así que tu plan es llevarme a Viena, fingir que somos pareja y sobrevivir a las Navidades.

—Exacto.

—Y tu madre no sospechará nada.

—Mi madre quiere creerme. Es diferente.

Ella sonrió, divertida.

—Bueno, en ese caso, parece un trabajo sencillo. Fingir afecto durante un mes no debería ser tan complicado.

—¿Lo dices por experiencia?

—Por observación —replicó con un brillo travieso en los ojos—. He visto a muchas parejas fingirlo incluso sin contrato.

Me apoyé en el respaldo, sin poder evitar que esa respuesta me arrancara una sonrisa auténtica.

—*Touché*.

—Entonces —dijo, inclinándose ligeramente hacia mí—, ¿qué esperarías exactamente de mí durante ese mes?

—Naturalidad, discreción y paciencia —enumeré sin pensarlo demasiado —. Habrá cenas, reuniones, un par de apariciones en prensa local. No necesitarás preocuparte por nada logístico: vuelos, alojamiento… todo está cubierto. Viajaremos a Viena en mi jet privado y nos alojaremos en la casa familiar.

Tragó saliva. El gesto fue tan sutil como el temblor de sus pestañas, pero lo noté.

—Suena… abrumador.

—Lo entiendo. —Incliné ligeramente la cabeza—. Para mí también es nuevo. Pero después de mentirle a mi madre, no he encontrado otra salida.

—Podrías haber buscado una actriz.

—Y tú no lo eres.

—No, pero tengo buena imaginación —replicó con una sonrisa de medio lado.

El camarero dejó nuestras bebidas. Tomé un sorbo de café mientras la observaba sobre el borde de la taza. Rachel tenía una energía curiosa: tranquila y nerviosa a la vez. Su voz era suave, pero cada palabra estaba cargada de intención.

—Entonces —dijo al fin—, si te parece bien… puedo ser tu novia por Navidad.

Hubo un silencio breve. La miré, quizá más tiempo del necesario. Sus ojos verdes me devolvieron una serenidad que no esperaba.

No sé si fue su naturalidad o el modo en que lo dijo, sin dramatismos, pero algo en mi pecho se movió. Una sensación antigua, casi olvidada.

Era guapa, sí. Atractiva. Y había en ella algo que escapaba a toda definición. No era solo su aspecto. Era su manera de estar en el mundo.

Bajé la mirada un segundo, consciente de que me estaba permitiendo observarla más de lo prudente.

—Solo será un mes —dije, más para mí que para ella—. Y todo quedará dentro de las reglas del contrato.

—Perfecto. No esperaba menos.

—Te enviaré el contrato el lunes —añadí—, junto con un informe sobre mí: detalles personales, familia, hábitos. Necesitaré algo parecido de tu parte. Así podremos responder a las preguntas incómodas que surgirán inevitablemente.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Dónde nos conocimos, cuánto llevamos juntos, quién dio el primer paso… esas cosas.

Rachel apoyó el mentón en la mano y me miró divertida.

—¿Has pensado ya en qué decir cuando pregunten cómo nos conocimos?

Abrí los ojos, sorprendido, y ella se rio.

—Ya veo que no. No te preocupes, déjalo en mis manos. Diré algo bonito y romántico para que tu madre se derrita de orgullo.

—Aprecio tu eficiencia —respondí, con una leve sonrisa—. Y tu sentido del humor.

—Era asistente de ventas, de ahí lo de ser eficiente —sonrió—. Y necesitarás ambas cosas si vamos a sobrevivir un mes fingiendo estar enamorados.

La franqueza con que lo dijo me resultó desconcertante y refrescante a partes iguales.

Seguimos charlando casi una hora. Hablamos de lo esencial: horarios, compromisos, posibles escenas de "pareja creíble". Pero entre una respuesta y otra, se colaban destellos de algo más humano.

Descubrí que había perdido su trabajo recientemente, que adoraba la música de los años setenta y que tenía una extraña obsesión por el chocolate caliente.

Yo, que no solía compartir nada personal, me sorprendí contándole que odiaba los villancicos, que mi madre aún guardaba un belén antiguo con piezas incompletas y que no me gustaba el frío, pese a haber crecido en Viena.

La conversación fluía con una naturalidad que me resultaba desconocida.

Cuando el reloj marcó casi el mediodía, decidimos salir. El aire fresco nos recibió con un soplo helado. Rachel se subió el cuello del abrigo y se ajustó el gorro, y por un momento pensé que el rosa le sentaba ridículamente bien.

—Entonces, el lunes leeré todo lo que me envíes —dijo—. Y te llamaré para concretar.

—Perfecto.

Nos quedamos en la acera unos segundos, como si ninguno quisiera ser el primero en marcharse.

—Ha sido… menos incómodo de lo que esperaba —comentó, sonriendo.

—Eso me lo tomaré como un cumplido.

—Deberías. —Se metió las manos en los bolsillos—. Hasta pronto, Maximilian.

—Hasta pronto, Rachel.

La vi alejarse calle abajo, su abrigo blanco destacando entre el gris del asfalto. Caminaba con paso decidido, pero había en su forma de moverse una ligereza que me resultó… familiar, aunque no supe por qué.

Durante unos segundos, me quedé inmóvil, observándola. Y sentí algo. No exactamente emoción, ni deseo, ni curiosidad. Era más bien una certeza sutil, un presentimiento.

Algo me decía que esa mujer, con su gorro rosa, su sonrisa imprevista y su mancha de chocolate en los labios, iba a marcar un antes y un después en mi vida.

No sabía cómo. Solo sabía que ya había empezado.

Capítulo 9

Rachel

Era lunes por la tarde y el cielo de Boston estaba cubierto de nubes tan bajas que parecía que el invierno me vigilaba desde ellas. Había pasado el día entero fingiendo que hacía cosas productivas como lavar la ropa, ordenar el correo y regar una planta moribunda, pero en realidad solo estaba esperando el correo electrónico de Maximilian.

A las seis y cuarto, por fin, el sonido de la notificación rompió el silencio del apartamento.

«Contrato y documentación adjunta.
Buenas tardes, Rachel.
Tal como acordamos, te envío el contrato preliminar y un breve informe con información relevante sobre mí, mi familia y el viaje a Viena. Puedes revisarlo con calma.
Si quieres añadir o modificar algo, házmelo saber antes del miércoles.
M. von Adler».

No había ni una palabra de más. Eficiente, preciso, casi quirúrgico. Era la clase de mensaje que te hacía enderezarte sin darte cuenta.

Me serví un chocolate caliente con canela y un toque de vainilla, y me acomodé en el sofá. El portátil descansaba sobre mis piernas y el vapor del chocolate formaba una pequeña nube frente a mí.

Abrí el primer archivo: *Contrato de Acompañamiento Temporal – Condiciones Generales.*

Suspiré y empecé a leer.

Cláusula 1: Duración del acuerdo
El acompañamiento se desarrollará durante un periodo de treinta y un días, desde el 1 de diciembre hasta el 31 de diciembre inclusive.

Cláusula 2: Obligaciones de las partes
La Srta. Collins deberá acompañar al Sr. von Adler en eventos familiares y sociales, manteniendo una conducta apropiada y respetuosa en todo momento. El Sr. von Adler se compromete a proporcionar transporte, alojamiento, manutención y un salario acordado de forma privada.

Cláusula 3: Naturaleza del acuerdo
El presente acuerdo no implica relación romántica ni física alguna. Ambas partes mantendrán los límites estipulados con anterioridad.

Cláusula 4: Confidencialidad
Toda información personal o familiar a la que la Srta. Collins tenga acceso será tratada bajo estricta confidencialidad durante y después del contrato.

Cláusula 5: Finalización anticipada
Cualquiera de las partes podrá rescindir el acuerdo con aviso de cuarenta y ocho horas si considera que las condiciones no son adecuadas o si el bienestar emocional o físico de alguna de ellas se ve comprometido.

Cláusula 6: Compensación
El salario acordado se abonará en dos partes: cincuenta por ciento al inicio del acompañamiento y cincuenta por ciento a la finalización.

Me quedé mirando la pantalla. Era tan frío y perfecto que casi daba miedo. Ni una fisura, ni un espacio para la improvisación. Incluso la cláusula de "bienestar emocional" sonaba escrita por un abogado con doctorado en cinismo.

—Bueno, Rachel —murmuré—, bienvenida al amor contractual.

Pasé al segundo archivo: *Informe personal de Maximilian von Adler.*

El título parecía sacado de un expediente de la CIA. Abrí el documento y lo primero que me llamó la atención fue la estructura: secciones numeradas, encabezados en negrita, todo ordenado con precisión suiza.

Nombre completo: *Maximilian Heinrich von Adler* ***Edad:*** *Treinta y seis años.* ***Lugar de nacimiento:*** *Viena, Austria* ***Residencia actual:*** *Boston, Massachusetts* ***Profesión:*** *CEO de Adler Biotech*

Idiomas: *Alemán (nativo), inglés, francés, algo de italiano.* ***Aficiones:*** *Lectura, esquí, vela, vinos austríacos, arquitectura clásica.* ***Alergias:*** *Ninguna conocida.* ***Comida preferida:*** *Filete vienés, acompañado de vino blanco seco.* ***Música favorita:*** *Beethoven, Bach y, sorprendentemente, The Rolling Stones.*

Familia: Padre: *Heinrich von Adler, exdiplomático, retirado, sesenta y cinco años.* ***Madre:*** *Klara von Adler, exasistente en la embajada austriaca en Viena, sesenta años. Descripción personal añadida por Maximilian: "Mujer de carácter cálido y refinado. Cree firmemente en el amor, la familia y la tradición. Es la razón principal por la que este acuerdo existe."*

Sobre mi trabajo: *"Adler Biotech se dedica a la investigación farmacéutica avanzada, centrada en terapias genéticas y medicina personalizada. Mi rol implica supervisión de proyectos internacionales y toma de decisiones estratégicas. Trabajo demasiado, duermo poco y tengo una relación ambivalente con los teléfonos móviles."*

Otros datos relevantes: *"No tengo pareja ni antecedentes de relaciones públicas conocidas. No me gustan los chismes. Mi madre cree que la felicidad se mide en cenas familiares. Yo todavía no he encontrado una unidad de medida adecuada."*

Reí suavemente. Era seco, sí, pero esa última línea tenía algo… casi poético. O tal vez era solo el efecto del chocolate.

Guardé el documento y, sin poder resistirme, abrí una nueva pestaña en el navegador. Escribí su nombre: *Maximilian von Adler.*

El buscador de Internet tardó menos de un segundo en devolver miles de resultados.

El primero era su perfil corporativo: fotografía institucional, sonrisa contenida, traje impecable, ojos grises como el acero. El segundo, una entrevista para *Forbes Austria.* Y a partir del tercero, una lista de artículos sobre premios, proyectos, adquisiciones y donaciones.

Pinché en uno titulado: *"El soltero más codiciado de Viena se muda a Boston."*

Volteé los ojos, pero lo leí. Decía cosas como *"enigmático, reservado y extremadamente atractivo"*. También que "no se le ha visto acompañado de una pareja en años".

Otro artículo se preguntaba si era "un hombre casado con su empresa". Y un tercero, bastante más sensacionalista, incluía una encuesta con la pregunta: *"¿Quién logrará conquistar al CEO más inaccesible de Austria?"*

—Nadie —dije en voz alta—. Ni falta que le hace.

Cerré el navegador, sonriendo a medias. Maximilian von Adler, el soltero de oro. Y yo, la pelirroja en paro que iba a fingir ser su novia por Navidad. Visto así, parecía un mal chiste de película romántica de domingo.

Pero, claro, a veces la vida tenía peor guion.

Abrí un documento en blanco. Tenía que enviarle mi propio informe. Si él había sido tan exhaustivo, yo también debía estar a la altura.

Informe personal: *Rachel Collins* ***Edad:*** *Veintiocho años.* ***Lugar de nacimiento:*** *Boston, Massachusetts* ***Profesión:*** *Actualmente desempleada.* ***Antigua posición:*** *Asistente del jefe de ventas en Pharmalife Solutions (empresa cerrada recientemente).*

Idiomas: *Inglés (nativo), algo de francés aprendido en el instituto.* ***Aficiones:*** *Leer novelas románticas con finales infames, cocinar pasta en todas sus variantes, caminar bajo la lluvia cuando no tengo paraguas.*

Alergias: *Al polvo, y a los hombres que creen que siempre tienen la razón.* ***Comida preferida:*** *Lasaña.* ***Música favorita:*** *Elton John, Mariah Carey, Celine Dion.*

Familia: Padre: *Richard Collins, dueño junto a mi madre de Collins Events, una empresa de organización de eventos y bodas. Alegre, bromista, cree que todo se arregla con una barbacoa, sesenta años.* ***Madre:*** *Laura Collins, organizada hasta el milímetro, emocional y con la habilidad de detectar mentiras a tres kilómetros. Le encanta la jardinería y las películas navideñas; cincuenta y seis años.*

Otros datos relevantes: *"Soy hija única, lo que explica mi tendencia a hablar sola. No tengo pareja, ni perro, ni planta viva en este momento. Creo en la bondad, pero también en el sarcasmo como forma legítima de defensa. Acepto este trabajo porque necesito dinero y porque, sinceramente, suena más interesante que vender mi alma al diablo."*

Me quedé leyendo el documento, dudando si borrar la última línea. Decidí dejarla. Si algo había aprendido en los últimos años era que fingir ser otra persona siempre acababa mal. Mejor empezar con la verdad, aunque fuera incómoda.

Guardé el archivo con el nombre *Informe_RCollins.docx* y lo adjunté en un correo nuevo.

«Buenas noches, Maximilian. Gracias por enviarme toda la información. He leído detenidamente cada cláusula y me parece justo. Adjunto mi propio informe para que tengas los datos necesarios. Si crees que debo ampliar o cambiar algo, házmelo saber. Rachel».

Antes de pulsar "enviar", me quedé mirando el mensaje unos segundos. Había algo extrañamente formal en todo aquello, y sin embargo… no se sentía tan distante.

Apreté el botón y el correo desapareció en la bandeja de salida.

—Hecho —susurré—. Ya está en marcha.

Me recosté en el sofá, con el ordenador cerrado sobre el regazo, y me permití un instante de calma.

El silencio del apartamento se llenó con el tic-tac del reloj de pared. Fuera empezaba a nevar. Los primeros copos caían lentos, como si también dudaran de si quedarse o no. Me quedé mirándolos, con la taza vacía entre las manos, y pensé en Viena. En un avión privado. En una casa aristocrática. En una familia elegante que creería que yo era la novia de su hijo.

Y en Maximilian, con su voz tranquila, su humor seco y esa sonrisa casi inexistente que me había dejado pensando más de la cuenta.

—Solo un mes, Rachel —me recordé—. Solo un mes.

Pero, por alguna razón, no sonó tan sencillo como el sábado.

El aroma de la lasaña recién horneada llenaba el apartamento mientras removía la salsa de tomate con un entusiasmo fingido.

El timbre sonó y, en cuanto abrí la puerta, apareció Sophie con su habitual energía desbordante. Llevaba una botella de vino en la mano y una sonrisa que hacía que cualquier día gris pareciera primavera.

—Traigo refuerzos líquidos para celebrar que vas a tener un trabajo de un mes. ¡Un mes entero! —Sacudió la botella como si fuera un trofeo—. Esto merece brindis y confeti.

—Confeti… me faltan manos para la lasaña, Sophie —respondí, riéndome mientras intentaba secarme las manos en el delantal—. Pero sí, vino, eso siempre es útil.

Colocó la botella en la encimera y me abrazó con la fuerza de quien sabía que la Navidad podía ser estresante incluso sin haber empezado.

—No sabes cuánto me alegro por ti —dijo mientras olisqueaba la lasaña—. En serio, este es un golpe de suerte del tamaño de tu cuenta bancaria a fin de mes.

—Si consideras que un mes de fingir ser la novia de un millonario es suerte… entonces sí, estamos hablando de golpe de suerte —contesté, mezclando la salsa.

Sophie soltó una carcajada.

—¡Ay, Rachel! —dijo—. ¿Sabes con quién vas a pasar las Navidades? Porque no estamos hablando de cualquier millonario. Ese hombre… —Se interrumpió un momento y arqueó las cejas—. Sí, sí, lo conozco de oídas. Los periódicos lo llaman "el soltero más codiciado de Viena", y creo que incluso la revista *Forbes* lo ha perseguido con helicópteros para una entrevista.

—Ah, fantástico —dije, girando la cuchara en la salsa—. Toma, lee el contrato y su informe. Se nota que este hombre es extremadamente organizado y, aparentemente, también extremadamente aburrido.

—¿Aburrido? —Se echó a reír—. ¿Aburrido? Rachel, por favor, le conoces solo por documentos legales y artículos de prensa. Ese hombre… —Se inclinó hacia mí, conspirativa—. Ese hombre es imposible. Y ahora tienes que fingir ser su novia.

—Sí, imposible y además su salario es generoso —comenté, mientras colocaba la bandeja en el horno—. Pero no estoy aquí para caer rendida a sus pies, ¿vale? Estoy aquí por dinero y punto.

—Ajá… —Sophie arqueó una ceja, divertida—. ¿Y qué hay de su atractivo? Porque… no me mires así. Es… un dios austríaco, elegante, frío, con esa mandíbula que parece cincelada en mármol.

—Desde luego es atractivo —dije—. Pero no voy a cobrar por acostarme con él, Sophie. Voy a cobrar por fingir ser su novia. Es diferente.

—Oh, por favor… —Sophie se dejó caer en el sofá, volteando los ojos—. No tienes remedio. ¿Y qué hay de las cláusulas del contrato? ¿Te has fijado bien en ellas? Porque si fuera yo, añadiría una que dijera: *"Se requiere al menos una noche de sexo por semana"*. Un hombre así no se desperdicia.

—Eres imposible —resoplé, mientras terminaba de preparar la mesa—. No pienso añadir nada semejante. Mi contrato dice: mantener la conducta adecuada, no romper la confidencialidad y… nada de sexo. Punto.

Sophie no pudo evitar reírse, y yo la miré con una mezcla de indignación y complicidad.

—Rachel, ¿te das cuenta de lo que te espera? —dijo, apoyando la cabeza en la mano—. Un mes con un millonario austríaco. Comidas elegantes, jets privados, Viena nevada… ¿Crees que podrás resistirte?

—Desde luego que es atractivo —repetí, admitiéndolo—. Pero mi límite está claro. Estoy metida en esto para un trabajo temporal. Eso es todo.

—Ajá. —Sophie se levantó y empezó a servirnos vino—. Tú verás, pero yo no sé si podría controlarme. Ese tipo… es peligroso para el corazón.

—Bueno, Sophie, si quieres hablar del corazón, mejor hablemos de las calorías de esta lasaña —respondí, intentando cambiar de tema mientras el olor a queso gratinado me hacía olvidar por un momento la realidad de Viena y los contratos.

—Venga, brindemos —dijo ella, levantando su copa—. Por Rachel, que va a pasar un mes fingiendo amor, y por el dinero que va a entrar en su cuenta bancaria.

—Por la locura —dije, chocando mi copa con la suya—. Que sea un mes divertido, instructivo y sin desastres emocionales.

Nos reímos, y durante un momento me sentí completamente normal, aunque fuera consciente de que la normalidad iba a terminar en cuanto aterrizara en Viena.

—En serio, Rachel —dijo Sophie, tomando un sorbo de vino—. Ese hombre… no es un hombre cualquiera. Tienes que tener cuidado, pero también disfrutarlo un poco. Solo es un mes, pero eso puede ser suficiente para complicar todo.

—Solo un mes —repetí en voz baja, más para mí que para ella—. Y ninguna cláusula se va a romper. Ni una.

Mientras cenábamos, la conversación giró hacia Maximilian, pero de manera ligera: su carácter, lo organizado que me parecía, la precisión en todo lo que hacía. Sophie estaba fascinada y yo… Yo estaba nerviosa, aunque no lo admitiera en voz alta.

Porque, aunque había dejado claro que todo era un trabajo, no podía evitar pensar en su sonrisa contenida, en la elegancia fría y magnética de alguien que parecía tenerlo todo bajo control.

—Ya verás —dijo Sophie, mientras limpiábamos los platos—. Cuando estés allí, no vas a parar de sorprenderte. Y si necesitas desahogarte, sabes que tienes una amiga que disfruta de cada detalle jugoso.

—Lo sé —dije, sonriendo levemente—. Gracias, Sophie. Pero si me ves corriendo por las calles de Viena, no intentes alcanzarme. Esto es un trabajo, y voy a hacerlo como tal.

Ella soltó una carcajada, y yo sentí que, por primera vez desde que recibí el contrato, podía relajarme un poco. El estrés seguía ahí, pero también estaba la emoción.

Viena, Maximilian von Adler, un jet privado y una familia aristocrática. Todo parecía un desastre anunciado, pero… ¿Y si era un desastre divertido?

Por ahora, solo quedaba la lasaña, el vino y la sensación de que aquel mes iba a ser, sin duda, inolvidable.

Capítulo 10

Maximilian

Uno de diciembre, primer día del mes en el que una desconocida a la que ya había pagado el cincuenta por ciento de la cantidad acordada para nuestro contrato fingiría ser mi novia. Primer día del último mes del año en el que mi madre conocería a la mujer de la que se suponía que estaba enamorado y con la que era feliz, solo para que en unos meses tuviera que contarle que nuestro amor se había ido a la mierda.

Porque sí, tendría que acabar con la farsa de que tenía novia, o pasar el resto de mi vida contratando a esta mujer para que fingiera ser mi novia durante reuniones y eventos familiares, y eso sí que sería una auténtica locura.

El reloj digital del panel marcaba las cuatro de la tarde, hora de Viena, aunque en realidad llevábamos poco más de siete horas de vuelo desde que despegamos de Nueva York. Había sido un trayecto largo, silencioso por momentos, punteado por el leve zumbido constante de los motores del jet privado y el ocasional tintinear de las copas de cristal cuando la turbulencia decidía recordarnos que el cielo no era un terreno firme.

La luz ámbar de la cabina bañaba el interior en un tono cálido, casi doméstico, si no fuera porque todo allí olía a cuero, metal pulido y dinero. Me gustaba ese olor. Representaba el control. La rutina. Lo que podía manejar.

Rachel estaba sentada frente a mí, junto a la ventanilla. Llevaba el cabello recogido en una coleta suelta que dejaba escapar algunos mechones

pelirrojos, iluminados por la luz que entraba de la tarde europea. Tenía los ojos cerrados y respiraba con lentitud, como si necesitara recordar cómo hacerlo. A cada inhalación, sus hombros subían apenas.

Había algo en su gesto, en esa mezcla de serenidad fingida y nervios reprimidos, que me resultaba inquietantemente humano. Yo nunca había sabido muy bien qué hacer con la humanidad ajena.

El comandante habló entonces por el intercomunicador, con ese tono firme y educado que solo los pilotos veteranos poseían.

—Señor von Adler, señorita Collins, les informo que estamos iniciando el descenso. Llegaremos a Viena en aproximadamente quince minutos. La temperatura actual es de dos grados bajo cero y hay algo de nieve en superficie.

Rachel abrió los ojos y los dirigió a la ventana. Su reflejo se mezcló con la blancura que ya se adivinaba bajo nosotros. Vi cómo se pasaba una mano por el muslo, un gesto casi imperceptible, nervioso.

—¿Estás bien? —pregunté, sin apartar la mirada de ella.

Su sonrisa apareció, débil y demasiado educada.

—Sí, solo… un poco nerviosa —admitió—. No quiero meter la pata y que tus padres se den cuenta de que no soy tu novia de verdad.

Asentí despacio, cruzando una pierna sobre la otra. La observé un momento más. Tenía los ojos verdes más expresivos que había visto nunca; no porque brillaran, sino porque parecían contener algo que no se decidía entre el miedo y la determinación.

—No te preocupes —le dije al fin—. Saldrá bien. Si en algún momento ves que sospechan, siempre podemos forzar una ruptura.

Ella me miró, arqueando una ceja.

—¿Una ruptura?

—Sí. Por algún motivo creíble.

—¿Y qué motivo sería creíble para tu madre?

Sonreí sin humor.

—Una infidelidad. A fin de cuentas, soy un mujeriego. O eso dicen los periódicos.

Rachel soltó un suspiro y miró al techo.

—Espero que no tengamos que llegar a eso.

—Yo también.

Durante unos segundos, el silencio volvió a instalarse entre nosotros. Solo se oía el motor, el viento y el leve crujido del hielo que empezaba a formarse en la ventanilla. Ella se inclinó hacia adelante, con las manos entrelazadas, y me miró con esa mezcla de curiosidad y nerviosismo que había aprendido a reconocer en ella en apenas una semana de ensayos.

—Deberíamos repasar la historia —dijo.

—La historia —repetí.

—Cómo nos conocimos. Por si tu madre pregunta.

Me recliné contra el asiento y asentí. Rachel tomó aire, miró al frente y empezó a hablar con un tono que parecía ensayado pero dulce.

— Nos conocimos en una cafetería de Boston —dijo—. Yo trabajaba cerca y solía pasar allí todas las mañanas antes de ir al trabajo. Un día, tú entraste y pediste un café. No sé si fue por el destino o por casualidad, pero pediste justo lo que yo siempre pedía: un cappuccino con canela. Yo ese día pedí café con leche.

—Seguro que ese día el café no era para mí, lo tomo solo y muy negro —le aclaré y ella sonrió.

—El camarero se confundió y me trajo tu pedido —continuó—. Cuando fui a devolvértelo, ya lo habías probado. Me dijiste que era el mejor café que habías tomado en tu vida.

No pude evitar sonreír.

—¿Yo dije eso?

—Sí. Y yo te respondí que seguramente lo decías porque era gratis. Desde entonces, empezaste a pasarte por la cafetería cada mañana, siempre con la excusa del cappuccino.

—Muy romántico —ironicé.

—Para tu madre, sí. Le encantará.

La observé mientras hablaba. Tenía una forma curiosa de mezclar la mentira con algo que parecía verdad. Tal vez porque en el fondo necesitaba creerla ella misma.

—¿Y cuándo empezamos a salir? —pregunté.

—Dos semanas después. Me invitaste a cenar en un restaurante italiano diminuto en el *South End*. Dijiste que necesitabas descansar del mundo corporativo y que la pasta era tu debilidad.

Asentí, divertido.

—Parece que me conoces bastante bien.

—Bueno, he tenido una semana para estudiarte —respondió, encogiéndose de hombros—. Además, tú también me has contado cosas, al igual que yo te las he contado a ti.

—Repasemos eso también.

Ella cruzó las piernas y apoyó el codo en el reposabrazos.

—Me llamo Rachel Collins, tengo veintiocho años y trabajaba como asistente del jefe de ventas en una empresa en Boston. La empresa cerró hace unas semanas y decidí tomarme un mes de descanso antes de buscar un nuevo trabajo.

—Perfecto.

—Y tú… —dijo, apuntándome con un dedo—. Eres Maximilian von Adler, CEO de *Adler Biotech*, farmacéutica con sede en Viena y Boston. Tus padres, Heinrich y Klara, viven en una mansión a las afueras de Viena. Ella es encantadora y sociable; él, un hombre de porte elegante, exdiplomático, que todavía impone respeto.

—Veo que has hecho los deberes.

Rachel sonrió con un orgullo casi infantil.

—Por supuesto. No pienso fallar.

—Entonces estamos preparados para fingir.

—En teoría, sí —respondió, mirando otra vez por la ventanilla—. Pero en la práctica… va a ser un poco más complicado.

La miré de reojo. Su perfil se recortaba contra el cielo gris, el cabello cobrizo iluminado por la luz del atardecer. Había algo en ella que me descolocaba. No era solo su belleza, sino la naturalidad con la que hablaba de una mentira que íbamos a compartir.

—Lo haremos bien —dije al fin.

Ella giró la cabeza y me dedicó una sonrisa que no supe si era de gratitud o de resignación.

El comandante volvió a hablar por el intercomunicador.

—Señor von Adler, abróchense los cinturones, estamos a punto de tomar tierra.

Asentí instintivamente, como si él pudiera verme, y me incliné hacia adelante para comprobar que Rachel hacía lo mismo. La vi colocar el cinturón con manos temblorosas y tragar saliva.

—Relájate —murmuré.

—Lo intento.

El jet comenzó a descender con suavidad. A través de la ventana, las luces de Viena se desplegaban como un mapa luminoso, difuminado por el reflejo de las nubes bajas. Hacía meses que no veía esa ciudad desde el aire. El Danubio parecía una vena de plata serpenteando entre la nieve.

Mientras descendíamos, me descubrí pensando en algo que no había planeado: en cómo sería ver a mi madre sonreír al conocer a Rachel. En cómo su voz cálida llenaría la casa, en cómo esa mentira, aunque fuese solo por un mes, iba a devolverle una felicidad que no sentía desde hacía demasiado tiempo.

Y entonces me di cuenta de que eso era precisamente lo que más me dolía: que iba a tener que mentirle a la única persona que aún creía que su hijo era incapaz de hacerlo.

El avión tocó tierra con un leve chirrido metálico. Rachel exhaló un suspiro y abrió los ojos, como si por fin pudiera volver a respirar.

—Ya estamos —dijo, más para sí que para mí.

—Sí. Bienvenida a Viena.

Ella sonrió, nerviosa, y bajó la vista a sus manos. Yo me quedé mirando la pista iluminada, la nieve cayendo en remolinos suaves alrededor del avión. Y pensé que tal vez, solo tal vez, el mes que se avecinaba no sería tan sencillo como había creído.

Capítulo 11

Maximilian

El silencio posterior al aterrizaje tenía algo casi solemne. Siempre lo había sentido así: ese instante en que los motores del jet disminuían su rugido y solo quedaba el rumor eléctrico de los sistemas apagándose, como si el avión exhalara después de un largo esfuerzo.

El comandante nos dio permiso para retirarnos los cinturones. Rachel lo hizo con rapidez, soltando un suspiro de alivio mientras miraba por la ventanilla el mar blanco que cubría la pista. La nieve caía despacio, en copos grandes y perezosos, danzando bajo las luces del aeropuerto.

—Parece una postal —dijo, casi en un murmullo.

—Lo es —respondí—. Viena siempre sabe cómo recibir a sus visitantes.

Ella sonrió, girándose hacia mí, y por un instante el reflejo de la nieve en sus ojos verdes me desarmó. Me obligué a apartar la mirada, buscando mi abrigo en el compartimento superior.

Mientras el comandante abría la puerta y el aire frío se colaba en la cabina, recordé que llevaba cuatro años sin volver en invierno. Había visitado a mis padres en verano, en primavera, alguna vez en otoño. Pero nunca en diciembre. Quizá porque el frío aquí tenía memoria, y siempre me devolvía a los días que prefería olvidar.

Rachel bajó primero la escalerilla metálica, sujetándose el pelo con una mano mientras el viento la golpeaba con fuerza. Su abrigo beige contrastaba con el atardecer del aeropuerto. Yo descendí detrás de ella, ajustándome los guantes de cuero.

En la pista nos esperaba un hombre alto, vestido con un abrigo negro y gorra de chófer. Sostenía un paraguas enorme que abrió enseguida para cubrir a Rachel cuando llegó al último peldaño.

—Señor von Adler —me saludó inclinando ligeramente la cabeza—. Bienvenido de nuevo. El coche está listo.

—Gracias, Hans. ¿Todo preparado en casa?

—Por supuesto, señor. La señora von Adler está muy ilusionada.

Asentí con un gesto breve. Aquello me hizo apretar la mandíbula. Ilusionada. Justo la palabra que no quería escuchar.

El vehículo que nos esperaba era un Mercedes negro, con los emblemas de *Adler Biotech* discretamente grabados en las puertas. El interior olía a cuero nuevo y menta. Rachel se acomodó a mi lado, frotándose las manos para entrar en calor mientras el coche arrancaba con suavidad.

Las luces del aeropuerto quedaron atrás y pronto solo quedaron los campos nevados y los árboles desnudos. El paisaje era una sucesión de sombras y luces difusas.

Apoyé la cabeza contra el reposacabezas y dejé que mis pensamientos vagaran. Hacía tanto tiempo que no recorría ese camino que cada curva me resultaba al mismo tiempo familiar y ajena.

Recordé mi infancia: las mañanas de diciembre en las que mi hermana Lena y yo salíamos a construir muñecos de nieve antes de que el sol los derritiera. Recordé su risa, aguda y breve, como una campanilla de cristal. Recordé también la mañana en que dejé de oírla para siempre.

No quise seguir por ahí.

Volví la vista hacia Rachel. Estaba pegada a la ventana, con el móvil en la mano, haciendo fotos del paisaje mientras sonreía. Y esa era una sonrisa real, no una fingida.

—¿Qué haces? —pregunté, más para distraerme que por curiosidad.

—Fotos —dijo—. No todos los días se viaja en un coche así por la campiña vienesa. Además… —hizo una pausa, enfocando la lente hacia el cristal—. Es precioso. Todo parece sacado de una película.

—La nieve tiene ese efecto —respondí.

—¿No te parece bonito?

—Lo era, cuando era niño. Ahora solo significa carreteras cortadas y empleados que llegan tarde.

Rachel soltó una pequeña risa.

—Tienes una habilidad especial para quitarle el romanticismo a cualquier cosa, ¿lo sabías?

—Lo sé. Es una forma de defensa.

—¿Defensa de qué?

—De lo imprevisible.

Ella me miró unos segundos, y aunque la oscuridad del coche suavizaba los contornos, pude notar la seriedad en su expresión.

—Eres más complicado de lo que aparentas.

—Eso dicen todos los que creen conocerme.

—Yo no creo conocerte —replicó—. Solo intento entender por qué aceptaste hacer algo como esto.

Guardé silencio, no porque no supiera la respuesta, sino porque decirla habría sido admitir más de lo que estaba dispuesto a conceder.

Después de unos minutos, el chófer habló desde el asiento delantero.

—Señor von Adler, estamos a punto de llegar.

Rachel se incorporó, mirando hacia el frente. Yo seguí su ejemplo y, a lo lejos, entre la nieve y las ramas desnudas, apareció la mansión familiar.

Aun después de tantos años, su visión me produjo el mismo efecto: una mezcla de orgullo y de nostalgia.

El coche cruzó las puertas de hierro forjado, negras, con el emblema de la familia, un águila bicéfala grabada en el centro. El camino de grava estaba cubierto por una fina capa de nieve recién caída. Las luces del porche se reflejaban sobre el suelo húmedo, marcando una senda dorada hacia la entrada principal.

Rachel dejó escapar un pequeño suspiro.

—Es preciosa —murmuró.

—Espera a verla por dentro —respondí, sin poder evitar una leve sonrisa.

La fachada principal mostraba que la casa tenía dos plantas y un ático. Las ocho habitaciones con baño propio se distribuían a ambos lados del pasillo central. En la planta baja, un salón con chimenea donde mi madre pasaba las tardes leyendo, un comedor amplio donde mi padre seguía insistiendo en usar cubertería de plata, una cocina enorme que olía siempre a pan recién hecho y canela, una biblioteca silenciosa y el despacho que compartíamos mi padre y yo cuando iba de visita.

Además, había dos cuartos de baño adicionales para invitados y una casa anexa donde vivía el matrimonio que llevaba décadas trabajando para nosotros.

—¿Quién vive allí? —preguntó Rachel, señalando las luces que parpadeaban en la casita junto al jardín.

—Gertrud, la cocinera; su marido, Otto, que se encarga del mantenimiento. Su hija Anna y su esposo, Hans, el mismo que nos ha recogido—.

—Parece una pequeña comunidad.

—Lo es. Mi madre los considera parte de la familia.

El coche se detuvo frente a la puerta principal. Hans bajó enseguida para abrir la puerta de Rachel. Ella lo agradeció con una sonrisa tímida y bajó con cuidado, intentando no resbalar sobre el suelo helado.

Yo la seguí, cerrando el abrigo y respirando el aire frío. Era un frío seco, cortante, que me recordaba exactamente dónde estaba.

La puerta principal se abrió antes de que pudiéramos acercarnos. En el umbral apareció mi madre, con su habitual elegancia discreta: un vestido gris perla, un chal de lana color blanco y ese peinado impecable que ni el invierno lograba desordenar. Detrás de ella, mi padre, alto, con un abrigo largo y una expresión seria pero amable.

—¡Maximilian! —exclamó mi madre, dando un par de pasos hacia adelante.

—Mamá. —Me incliné ligeramente para besarla en la mejilla. Su perfume, a lirios y jazmín, me golpeó de lleno en la memoria.

—Y tú debes de ser Rachel —dijo enseguida, girándose hacia ella con una sonrisa radiante.

Rachel asintió, algo cohibida, pero su voz sonó firme.

—Sí, señora von Adler. Es un placer conocerla.

—Por favor, llámame Klara —respondió mi madre, cogiéndola de las manos—. Qué guapa eres. ¡Y qué cabello tan hermoso! No me extraña que mi hijo se haya enamorado de ti.

Rachel se ruborizó, riendo con suavidad.

—Gracias. He oído mucho sobre ti.

—Espero que cosas buenas —dijo mi madre, todavía sin soltarle las manos. Luego se volvió hacia mi padre—. Heinrich, ven, saluda a Rachel.

Mi padre avanzó con paso firme y la espalda recta como siempre. Tenía el cabello completamente blanco, pero aún conservaba esa presencia que intimidaba incluso a los diplomáticos más arrogantes.

—Bienvenida, Rache —dijo, inclinando la cabeza con cortesía—. Mi esposa no ha hablado de otra cosa desde que supimos que vendrías.

—Gracias, señor von Adler. Es un honor estar aquí.

—Por favor, llámame Heinrich —corrigió él, con un gesto apenas perceptible de amabilidad.

Mientras ellos hablaban, mi madre se acercó de nuevo a mí.

—Está nerviosa —susurró, casi divertida—. Eso es buena señal. Significa que le importas.

Asentí sin responder. Noté un nudo en la garganta, uno que me costó tragar. La sonrisa de mi madre era tan sincera, tan feliz, que por un momento deseé que todo aquello fuera verdad.

Pero no lo era. Y si algún día lo descubría, no me lo perdonaría jamás.

Rachel giró hacia mí y nuestras miradas se cruzaron. Ella no dijo nada, pero en sus ojos vi reflejada la misma conciencia que me oprimía el pecho: la de que esa mentira, por muy necesaria que fuera, ya nos había atrapado a los dos.

Capítulo 12

Rachel

A veces el frío conseguía lo que las palabras no: borrar los nervios.

Eso fue lo primero que pensé cuando el aire helado de Viena me golpeó las mejillas en cuanto bajé del coche. El cielo estaba cubierto, gris perla, y la nieve caía tan despacio que parecía flotar. Frente a mí, la mansión de los von Adler se alzaba con una elegancia que imponía respeto: grande, perfecta, silenciosa.

Y en el umbral de la puerta, esperándome, estaban los padres de Maximilian.

Respiré hondo y sonreí. Lo hice con todo el empeño del que fui capaz, la clase de sonrisa que una mujer usaba cuando sabía que toda su actuación dependía de mantenerla intacta. Si esa sonrisa se quebraba, la mentira también lo haría.

Klara von Adler fue la primera en acercarse. Era exactamente como la había imaginado cuando Maximilian me habló de ella: refinada, pero cálida. Tenía los ojos claros, una expresión amable y esa forma de sostener la mirada que solo tienen las mujeres acostumbradas a recibir gente en casa.

—Qué preciosa eres —dijo entonces después de las presentaciones pertinentes—. Y se te ve una buena niña… no como su exmujer.

Aquello me pilló tan desprevenida que por un segundo perdí la sonrisa. Solo un segundo. La disimulé enseguida, apretando un poco sus manos y fingiendo una risa suave, pero miré a Maximilian casi de inmediato.

Estaba tenso. Lo vi en su mandíbula, en el modo en que apartó la vista hacia un punto cualquiera del jardín.

—Mamá… —dijo al fin, con voz baja pero firme—. No quiero hablar de eso.

Klara parpadeó, como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho.

—Lo siento, cariño. No quería sacar el tema. —Se volvió hacia mí con expresión apenada—. Ya sabrás por mi hijo que esa mujer no fue tan buena como todos creíamos.

Yo tragué saliva y asentí, disimulando como pude.

—Sí, me contó lo suficiente como para no tener que hablar de eso. —Sonreí con suavidad, intentando sonar natural—. Pero no te preocupes, de todo se aprende.

Klara me miró con ternura, como si la hubiera convencido. Heinrich, el padre, se limitó a asentir con una media sonrisa, observándonos con el porte tranquilo de quien ya había vivido demasiadas cosas para escandalizarse por nada.

Me esforcé por mantener la sonrisa. Ellos me parecían realmente cercanos, incluso cariñosos, y en algún rincón de mi mente deseé que no llegaran nunca a sospechar que la novia de su hijo era, en realidad, una completa desconocida contratada para fingir.

Después de los saludos y del inevitable intercambio de cortesías, Klara llamó con un gesto a cuatro personas que esperaban cerca del vestíbulo.

—Rachel, quiero presentarte a quienes hacen que esta casa siga funcionando.

Una mujer de mediana edad, con el cabello recogido en un moño impecable, dio un paso adelante y sonrió con calidez.

—Gertrud —dijo Klara—, nuestra cocinera.

—Encantada, señorita Collins —me saludó la mujer con una inclinación ligera.

—El placer es mío —respondí.

—Él es Otto, mi hombre de confianza, encargado del mantenimiento —continuó Klara, señalando a un hombre robusto, de manos grandes y rostro amable.

—Bienvenida, señorita —dijo él, asintiendo con respeto.

—Anna —siguió Klara, presentando a una joven de rostro dulce—, nuestra ayudante de limpieza. Y su marido, Hans, que os ha traído desde el aeropuerto.

—Un placer conoceros —dije sinceramente.

Klara sonrió, satisfecha.

—Vamos, subamos a vuestra habitación para que podáis dejar el equipaje y descansar un poco antes de la cena.

Todo fue bien hasta que escuché la palabra vuestra.

—¿Nuestra habitación? —pregunté, más torpe de lo que pretendía, mirándola con una sonrisa congelada.

Klara arqueó una ceja, divertida.

—Por supuesto, querida. Aunque nos veas mayores, no somos tan arcaicos. Sabemos de sobra que en seis meses no habéis estado jugando al parchís precisamente.

Sentí cómo me ardían las mejillas y solté una carcajada nerviosa.

—Bueno…

Klara también se rio, encantada con su propio comentario. Heinrich intervino entonces, con un tono sereno pero cómplice.

—No vamos a escandalizarnos porque compartáis habitación, Rachel.

—Exacto —añadió Klara, riendo—. Además, todas las habitaciones están insonorizadas, por si mi hijo ha salido tan fogoso como su padre.

—¡Mamá! —protestó Maximilian, volteando los ojos con visible fastidio.

Su padre se echó a reír abiertamente. Yo solo atiné a reírme también, más roja que la bufanda que llevaba. Aquella familia era encantadora, sí, pero también increíblemente directa.

Subimos las escaleras, guiados por Anna y Hans, quienes llevaban el equipaje. Yo iba al lado de Klara, fingiendo serenidad mientras mis ojos no paraban de recorrer cada rincón del pasillo. Las paredes estaban decoradas con marcos antiguos, fotografías familiares en blanco y negro, retratos formales y otros más espontáneos.

Uno en particular, me detuvo. En él, un joven Maximilian, quizá con dieciocho años, aparecía abrazado a una chica algo más joven, ambos sonrientes, con la nieve de fondo.

—Esa es Lena —dijo Klara, deteniéndose a mi lado.

El tono en el que lo dijo bastó para que comprendiera que esa sonrisa congelada en la foto ya no existía. No hizo falta preguntar.

—Tenía una sonrisa preciosa —dije, con sinceridad.

Klara asintió, sin mirarme.

—La más bonita que he visto nunca.

Guardé silencio. No era el momento de preguntar, ni de decir nada más.

Seguimos subiendo hasta el final del pasillo. Anna abrió una puerta doble y se apartó para dejarnos pasar.

—Aquí es —anunció.

Cuando crucé el umbral, me quedé sin palabras.

La habitación era amplia, elegante, con un estilo claramente masculino pero acogedor. Las paredes estaban pintadas en tonos tierra y gris, y una enorme cama ocupaba el centro, cubierta con sábanas de lino oscuro y un edredón de textura gruesa. A un lado, un sofá de cuero y una mesa baja junto a la ventana.

Había un cuarto de baño con una ducha de cristal y una bañera grande, el tipo de bañera que te invitaba a olvidarte del mundo. Al fondo, un vestidor amplio, con espacio más que suficiente para dos personas.

Todo estaba impecablemente ordenado, con ese toque sobrio que definía a Maximilian: funcional, pero con gusto.

—Espero que estéis cómodos —dijo Klara, observando mi reacción con una sonrisa complacida.

—Es preciosa —respondí, todavía impresionada.

—Perfecto —añadió Heinrich—. Os dejamos para que guardéis el equipaje.

—Gracias, papá —dijo Maximilian, con esa formalidad elegante que le salía natural.

Klara me tocó el brazo suavemente antes de salir.

—Cualquier cosa que necesites, díselo a Gertrud. Y, Rachel… me alegro mucho de que estés aquí.

—Gracias, Klara —respondí, y lo dije de verdad.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el silencio se instaló en la habitación.

Me quedé unos segundos inmóvil, mirando la cama enorme frente a mí. El corazón me latía un poco más rápido de lo normal.

—Bueno —murmuré al fin—. Esto… no me lo esperaba.

El silencio en aquella habitación era tan denso que se podía cortar. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Yo seguía de pie, mirando la cama como si se tratara de un animal salvaje al que no sabía muy bien cómo acercarme. Maximilian se apoyó contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, observándome con esa mezcla de calma y tensión que parecía ser su estado natural.

—No esperaba que tuviéramos que dormir en la misma habitación —dije al fin, sin girarme.

—Yo tampoco —respondió él con voz baja—. Pensaba que te asignarían una habitación de invitados, no que te meterían directamente en la mía.

Me volví hacia él.

—Bueno, a estas alturas, supongo que no hay marcha atrás.

—No te preocupes —dijo enseguida—. Puedo dormir en el sofá.

—Ni se te ocurra. —Solté una pequeña risa—. En esa cama cabemos los dos y sobra sitio para otros dos más, por lo menos. Además, no podemos arriesgarnos a que tu madre o alguien entre en la habitación y nos vea durmiendo separados. Después de insinuar que sabe que tenemos sexo, no creo que podamos decir que nos reservamos para el matrimonio.

Maximilian se rio, la primera risa verdadera que le había oído desde que aterrizamos. Tenía una risa grave, contenida, de esas que hacían que el aire pareciera vibrar.

—Tienes razón —admitió—. No sería creíble.

—Exacto. Así que compartimos cama, pero prometo mantenerme en mi lado.

—Perfecto. —Se cruzó de brazos, divertido—. Pondré una frontera invisible, por si acaso.

—Muy gracioso.

Sonreímos los dos, y el ambiente se relajó un poco. Me acerqué a una de las maletas para empezar a abrirla, intentando parecer natural.

—Podrías haber mencionado que tenías una exmujer —dije, sin poder evitarlo.

Él se detuvo. No hizo ningún gesto, pero el aire cambió.

—De ese tema no quiero hablar —respondió tras unos segundos.

—Entiendo.

—Solo te diré lo justo —añadió, con la voz más baja—. Me enamoré, me casé y me divorcié. No hay más que decir.

Asentí en silencio y no insistí. Había algo en su tono que me hizo comprender que aquel capítulo era una herida aún abierta.

Decidí cambiar de tema mientras guardaba mis cosas en el vestidor. La habitación olía a madera y a algo que identificaba con él: una mezcla de cuero, colonia y café.

—Tu madre me habló de Lena —dije al fin, sin mirarlo.

Maximilian se quedó quieto.

—¿Te lo dijo?

—Solo su nombre. Vi una foto en la escalera.

Él guardó silencio un momento, como si midiera si quería o no seguir hablando.

—Murió cuando tenía dieciséis años —dijo al fin—. Cáncer. Era… —hizo una pausa—. Era la mejor parte de esta casa.

Dejé de doblar la ropa y me volví hacia él.

—Lo siento mucho.

—Gracias. —Intentó sonreír, pero no lo consiguió del todo—. Ahora tendría treinta y dos años. Estoy seguro de que estaría encantada de saber que he traído a una novia a casa.

Sonreí con suavidad, aunque el pecho se me apretó.

—Lo estaría, sí.

Él asintió y volvió a su maleta. Durante un rato, el único sonido fue el del cierre y el roce de la ropa contra la madera. Ambos trabajamos en silencio, colocando nuestras cosas en el vestidor, evitando miradas prolongadas.

Cuando terminamos, él cerró la puerta del armario con un suave golpe.

—¿Quieres que te enseñe el resto de la casa?

—Claro.

Salimos al pasillo, y por primera vez pude recorrer con calma lo que había visto solo de pasada. La mansión era exactamente lo que uno esperaría de una familia como los von Adler: majestuosa, pero sorprendentemente cálida.

El suelo de madera crujía ligeramente bajo los pasos; las paredes estaban decoradas con cuadros antiguos y fotografías familiares. En la planta baja, un salón enorme se abría frente a una chimenea encendida y las llamas proyectaban destellos dorados sobre los sofás de terciopelo oscuro.

—Mi madre pasa aquí casi todas las tardes —me explicó Maximilian—. Le gusta leer frente al fuego.

—Puedo imaginarlo. Es un sitio acogedor.

El comedor era amplio, con una mesa lo bastante larga para albergar a una docena de personas. En el centro había un jarrón con flores frescas, detalle que delataba la mano de Klara. La cocina, en cambio, era territorio de Gertrud: grande, luminosa, con aroma a pan y especias.

Subimos después a la biblioteca. Los estantes, de madera oscura, estaban repletos de volúmenes de todo tipo. Me detuve a acariciar los lomos de algunos libros, fascinada.

—Esto es increíble —dije.

—Es de mi padre —comentó él—. Tiene la absurda costumbre de guardar todo lo que lee, aunque no vuelva a tocarlo jamás.

—Me gusta esa costumbre. Hace que el conocimiento viva en casa —contesté, y él sonrió levemente.

Pasamos por el despacho, sobrio y ordenado, y luego por los baños de invitados, impecables. Todo tenía ese aire de perfección que solo se lograba cuando cada detalle había sido pensado y cuidado durante generaciones.

Finalmente, salimos por una puerta lateral que daba a una galería acristalada. El aire allí era más templado, cargado con un aroma vegetal y húmedo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En el invernadero —respondió—. Era el rincón favorito de Lena.

Me quedé inmóvil un momento. El lugar era precioso: lleno de plantas de diferentes tamaños, flores de varios tipos, pequeños árboles frutales, incluso una fuente de piedra con agua cristalina.

—No me extraña —dije en voz baja—. Es un sitio precioso.

—Solía pasar horas aquí —añadió él—. Decía que las flores eran lo único que no mentían.

Me giré hacia él y sonreí.

—Tenía razón.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Solo se oía el murmullo del agua y el leve golpeteo de la nieve en los cristales. Había algo en el ambiente, una calma que me hizo sentir fuera del tiempo.

Entonces sonó mi móvil. El sonido rompió el silencio como una campana. Saqué el teléfono del abrigo y miré la pantalla.

—Es mi madre —dije, enseñándole el nombre que brillaba en la pantalla —. ¿Te importa si contesto?

—Por supuesto que no. Te espero en el porche. —Me dedicó una sonrisa amable y salió por la puerta acristalada.

Me quedé sola entre las plantas y descolgué la llamada.

—Hola, mamá.

—¡Rachel! —La voz de mi madre sonaba alegre, cálida—. ¿Cómo ha ido el viaje, cariño?

—Todo bien, mamá. Acabo de llegar al… —dudé un segundo— al hotel.

—¿Al hotel? —repitió ella—. ¿Y cómo es?

—Bonito. Muy bonito. La habitación es enorme, y la gente aquí es encantadora. —Intenté que sonara convincente.

—Me alegro, cielo. —Se rio suavemente—. Siento que tengas que pasar las Navidades tan lejos, pero entiendo que ese trabajo te venía bien.

—Sí, la verdad es que sí. Me hacía falta.

—Bueno, no te preocupes. Habrá muchas más Navidades. Lo importante es que estés bien.

—Lo estoy, mamá. De verdad.

Hablamos unos minutos más del frío, las luces que ya estaban poniendo en casa y el menú que iba a preparar en Nochebuena. Cuando colgué, me quedé un momento mirando el móvil, con el corazón encogido.

Era la primera vez que mentía a mis padres. Les había dicho que un empresario necesitaba una asistente para un viaje de trabajo a Viena durante un mes, y que el dinero me venía bien. Y aunque la mitad era verdad, la otra mitad pesaba demasiado.

Suspiré, guardando el teléfono en el bolsillo. Ojalá no tuviera que volver a mentirles nunca más.

Capítulo 13

Maximilian

El aire del porche olía a madera, nieve y silencio. El invierno en Viena tenía esa forma particular de colarse bajo la piel, como si quisiera recordarte que el calor no era más que un lujo pasajero.

Me apoyé en la barandilla de hierro, mirando hacia el jardín cubierto por una fina capa blanca. Desde donde estaba podía ver los setos perfectamente recortados, la fuente apagada y el camino que serpenteaba hasta la verja principal. Todo era exactamente igual que cuando era niño. Y, aun así, todo parecía diferente.

Saqué el móvil del bolsillo del abrigo. La pantalla se encendió con el nombre de Lukas y suspiré. Si alguien tenía un don para llamar en el momento menos oportuno, era él.

—Dime, Lukas.

—¡Max! —su voz sonaba alegre, demasiado para la hora que era—. Solo quería saber si has sobrevivido a la presentación oficial.

Me apoyé mejor en la barandilla, mirando el vaho escapar de mis labios.

—Sí, he sobrevivido. De momento.

—Eso suena prometedor. ¿Ya han conocido a tu encantadora novia?

—Lo han hecho, sí. Mi madre la adora.

—Por supuesto que la adora. —Pude escuchar cómo sonreía al otro lado —. Si has seguido mis consejos, esa chica es todo lo que una madre quiere para su hijo. Dulce, educada, con un toque de humor… y dispuesta a fingir que está perdidamente enamorada de ti.

—No empieces.

—Vamos, no me digas que no es gracioso. —Se rio—. El hombre que no creía en el amor, encerrado un mes entero con una mujer que tiene que fingir amarlo. Suena a comedia romántica, ¿no?

—O a tragedia, según cómo lo mires.

Lukas soltó una carcajada.

—Eso depende de ti. Cuéntame, ¿qué tal se porta ella?

Miré al interior de la casa. A través de los ventanales pude distinguir una silueta moviéndose en la cocina, probablemente Gertrud preparando el almuerzo.

—Bien. Es… —dudé un momento—. Profesional.

—Profesional —repitió con un tono burlón—. Ya. Seguro.

—Lukas…

—Vale, vale, no me mates. —Se rio de nuevo—. Era solo una broma. Aunque si me preguntas, no suena precisamente como una actriz de método.

—Digamos que tiene una forma bastante convincente de interpretar su papel.

—Ajá. —Su voz bajó una octava, divertida—. “Convincente”. Entendido.

Puse los ojos en blanco, aunque él no pudiera verlo.

—¿Qué tal va todo por la oficina?

—Tranquilo, por ahora. Estoy repasando los informes del último trimestre y preparando las reuniones con los socios en Zúrich y Berlín.

—Quiero que me informes de todo —le recordé—. No quiero sorpresas cuando vuelva.

—Por supuesto, jefe. Pero, sinceramente, deberías dejar de pensar en números por un mes.

—No puedo.

—Ya lo sé. Por eso eres tú el que dirige *Adler Biotech* y no yo. Pero en serio, Max, relájate un poco. Vive ese amor idílico del que todos hablan.

—No todos hablan de ello.

—Tu madre, sí. —Soltó una risita—. Me ha escrito esta mañana.

—¿Qué? —En ese momento se me abrieron tanto los ojos, que juro que pensé que se me saldrían de las cuencas.

—Un mensaje, nada más. Agradeciéndome "por haber ayudado a su hijo a encontrar a alguien que le devuelva la sonrisa".

Me pasé la mano por la cara.

—Fantástico. Ahora resulta que también le escribes a mi madre.

—No me odies por ser adorable. En fin, me alegra saber que todo va bien. Me ocuparé de los asuntos del consejo y de los contratos de distribución en Europa del Este.

—Perfecto. Y, Lukas…

—¿Sí?

—No vuelvas a sugerirme que me inscriba en ninguna web de novias falsas.

Lukas se rio tan fuerte que tuve que apartar el móvil del oído.

—Lo tendré en cuenta, amigo. Cuídate, y no olvides que tienes un papel que interpretar. Que no se te note demasiado lo mal actor que eres.

Colgó antes de que pudiera contestar. Me quedé con el móvil en la mano, observando cómo la pantalla se apagaba. Lukas era un desastre, pero uno de los pocos desastres de los que me fiaba ciegamente.

Guardé el teléfono y me quedé allí, respirando el aire helado. Por un momento, el silencio volvió a ocuparlo todo. Luego, oí pasos a mi espalda.

Me giré justo cuando Rachel cruzaba el umbral de la puerta. Llevaba el abrigo gris claro, el cabello suelto cayéndole sobre los hombros, y en el rostro una sonrisa que no parecía forzada.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí. —Asintió, guardando el móvil en el bolsillo—. Mi madre quería saber cómo había ido el viaje.

—¿Y qué le has dicho?

—Que todo bien, que he llegado al hotel donde me alojo. —Sonrió con una mezcla de culpa y alivio—. Creo que se quedó conforme con mi mentirijilla sobre el trabajo que acepté para este mes.

—“Mentirijilla”. —Repetí la palabra con una leve ironía—. Lo dices como si fuera poca cosa.

—No es poca cosa, lo sé. —Suspiró—. Pero era eso o tener que explicarle que iba a pasar las Navidades fingiendo ser la novia de un millonario austríaco.

Tuve que reír.

—Supongo que eso habría sido más difícil de justificar.

—Un poco, sí.

Sus ojos verdes se iluminaron al ver cómo la nieve caía suavemente sobre el jardín. Tenía esa manera de mirar el mundo, como si cada pequeño detalle mereciera su atención.

—¿Entramos? —le propuse—. Gertrud debe de estar terminando la cena.

—Me muero de hambre —dijo ella, siguiéndome.

Atravesamos el pasillo hasta llegar a la cocina. El aroma nos envolvió incluso antes de cruzar la puerta: mantequilla, especias, algo asado y dulce al mismo tiempo.

Gertrud, la cocinera, estaba de espaldas, moviendo una cacerola con una destreza que ya quisieran muchos chefs. Llevaba su característico delantal azul y el moño perfectamente recogido.

—Buenas tardes, Gertrud —la saludé.

—Ah, señor Maximilian. —Se giró, sonriendo—. Justo a tiempo. La cena está casi lista.

Rachel se acercó un poco más, olfateando el aire con una expresión que me resultó curiosamente encantadora.

—Huele de maravilla —dijo ella—. ¿Qué está preparando?

Gertrud sonrió con orgullo.

—Tenemos *wiener schnitzel*, claro, no puede faltar el primer día. Que es una milanesa de ternera muy crujiente que acompañamos con *kartoffelsalat*, una ensalada de patatas. Y un poco de *apfelstrudel* para el postre. Esto es una especie de pastel de manzana con canela, azúcar, pasas y nueces. Espero que le guste la comida austríaca.

—Me encanta probar cosas nuevas —respondió Rachel—. Además, suelo comer de todo, así que ese no será un problema.

—Perfecto, señorita. —Gertrud asintió satisfecha—. Enseguida estará todo listo.

Rachel le agradeció con una sonrisa que habría bastado para derretir cualquier glaciar. Me quedé observándolas, sorprendido por lo natural que se veía la escena: mi cocinera hablando animadamente con la mujer que todos creían que era mi novia.

—Mi madre debe de estar en el comedor —dije, volviendo a la realidad—. ¿Vamos?

—Vamos. —Rachel se alisó el abrigo y respiró hondo, como si se preparara para una función importante.

Mientras caminábamos por el pasillo hacia el comedor, noté que su mano rozaba la mía. No fue intencionado, o al menos eso quise creer. Pero el contacto, leve y fugaz, me dejó un rastro de calor que no tenía nada que ver con la calefacción de la casa.

Y por un instante, pensé en las palabras de Lukas: “Vive ese amor idílico durante el próximo mes”.

No sabía si podría hacerlo sin que acabara costándome algo más que una mentira.

El comedor olía a madera antigua, vino tinto y a ese aroma inconfundible que solo aparecía cuando alguien había cocinado con cariño. Mi madre había dispuesto la mesa con esmero: mantel blanco, cubertería de plata, copas de cristal tallado y un centro con flores frescas. Siempre decía que una buena comida empezaba por la vista.

Rachel entró detrás de mí, y la vi mirar el conjunto con una mezcla de admiración y nerviosismo. Su expresión me recordó a alguien que intenta parecer tranquilo mientras el corazón le golpea en el pecho.

—Qué mesa más preciosa —dijo con sinceridad.

—Gracias, querida —respondió mi madre desde su asiento, sonriendo con esa dulzura que podía derretir la nieve del jardín—. Me alegra que te guste. Ven, siéntate aquí, a mi lado.

Rachel obedeció y se sentó frente a mí. Mi padre, como siempre, ya tenía la copa de vino en la mano y una sonrisa relajada en los labios.

—Bueno, bueno —dijo Heinrich—. Por fin toda la familia reunida.

"Familia". Aquella palabra me pesó más de lo que esperaba.

Gertrud apareció unos segundos después con las bandejas, seguida de Anna, que ayudaba con los platos. Todo era impecable: el *wiener schnitzel* dorado, las patatas con su toque de vinagre y cebolla, el pan recién horneado.

Mi madre sirvió vino a todos antes de levantar la copa.

—Por el comienzo de un mes muy especial —dijo mirando a Rachel—. Por los nuevos comienzos, y por el amor.

Rachel levantó la copa con una sonrisa tímida.

—Por el amor —repitió ella.

El cristal tintineó y el sonido se quedó suspendido en el aire un instante, como si el universo se tomara un respiro, y empezamos a comer. Rachel probó el *schnitzel* y cerró los ojos un segundo, como si quisiera memorizar el sabor.

—Está delicioso —dijo, y mi madre la miró encantada.

—Gertrud tiene manos de ángel. Nos malacostumbra, la verdad.

—Pues espero que me malacostumbre también a mí —respondió Rachel con una risa suave.

La conversación fluyó con facilidad. Era sorprendente lo rápido que Rachel se adaptaba a todo. Tenía esa habilidad de decir justo lo necesario, ni

más ni menos, y hacerlo siempre con una naturalidad que incluso a mí me resultaba desconcertante.

Hasta que, inevitablemente, llegó el tema que más temía.

—Y decidme —empezó mi madre, dejando el cubierto sobre el plato—, ¿cómo os conocisteis?

Rachel se quedó quieta apenas un segundo. Pude ver cómo procesaba la pregunta, cómo la sonrisa no se le borraba del rostro ni un instante.

—Nos conocimos en una cafetería de Boston —empezó con voz tranquila —. Yo trabajaba cerca y solía pasar allí todas las mañanas antes de ir al trabajo. Un día, él entró y pidió un café. No sé si fue por el destino o por casualidad, pero pidió justo lo que yo siempre pedía: un cappuccino con canela. Yo ese día pedí café con leche.

Mi madre la escuchaba con atención, con los ojos brillantes.

—El camarero se confundió y me trajo su pedido —continuó Rachel—. Cuando fui a devolvérselo, él ya lo había probado. Me dijo que era el mejor café que había tomado en su vida. Yo le respondí que seguramente lo decía porque era gratis. —Sonrió, y todos rieron—. Desde entonces, empezó a pasarse por la cafetería cada mañana, siempre con la excusa del cappuccino.

—¿Y tú? —preguntó mi padre, divertido—. ¿Le dabas conversación?

—Al principio no mucho —admitió ella—. Pensé que era uno de esos tipos demasiado seguros de sí mismos. Pero insistió… y bueno, acabó por convencerme.

Mi madre rio con ternura.

—Eso suena exactamente a Maximilian.

Yo no pude evitar sonreír. Rachel estaba improvisando con una soltura admirable, y lo peor era que empezaba a creerme su historia.

—¿Te invito a comer o cenar algún día? —curioseó mi madre, y ella sonrió.

—Dos semanas después —respondió—. Nuestra primera cita fue en el Museo de Bellas Artes —continuó ella—. Me habló de un cuadro que le recordaba a su infancia, y yo… bueno, acabé pasando horas escuchándolo. Esa misma noche me llevó a cenar a un restaurante italiano diminuto y acogedor en el *South End.* No tenía pensado enamorarme, pero supongo que esas cosas nunca se planean.

Se giró hacia mí y me miró. Una mirada que, durante un segundo, pareció tan real que olvidé que era parte de una farsa.

Mi madre suspiró emocionada.

—Qué historia tan bonita. —Me miró a mí con orgullo—. Sabía que, cuando llegara el momento, te enamorarías así, de repente, sin aviso.

Rachel bajó la vista, fingiendo modestia, y fue entonces cuando, sin pensarlo, le cogí la mano sobre la mesa. La suya estaba templada, suave. La sujeté un instante, como parte del papel, o eso quise creer. Pero cuando ella levantó la mirada, algo cambió.

Sus ojos verdes me buscaron y, por un segundo, sentí que el aire se volvía más denso. Había algo peligroso en esa sonrisa suya, algo que desafiaba la frontera entre lo fingido y lo real.

Llevé su mano a mis labios y la besé, sin romper el contacto visual. Fue un gesto automático, calculado para mi madre, pero el efecto fue devastador. Rachel se sonrojó, y yo tuve que apartar la vista para no quedarme atrapado en la suya.

—Mira esas miradas —dijo mi madre, suspirando feliz—. Heinrich, ¿ves? En esas miradas hay amor, mucho amor. Estoy convencida de que, aunque solo lleven seis meses, esto acabará en boda.

Rachel soltó una pequeña risa nerviosa. Yo apreté ligeramente su mano antes de soltarla.

—Mamá, no asustes así a mi chica —dije, intentando sonar desenfadado —. O saldrá corriendo de vuelta a Nueva York antes de que llegue la Nochebuena.

Todos rieron, incluso mi padre, que levantó la copa de vino con un gesto divertido.

—No te preocupes, hijo. Si decide huir, la ayudaremos a hacer las maletas.

Rachel se rio también, y el ambiente se volvió más distendido. Pero dentro de mí, algo no terminaba de relajarse. Esa escena perfecta, esa falsa intimidad, tenía un precio. Y empezaba a notarlo.

Después del postre, el *apfelstrudel* que nadie hacía como Gertrud, pasamos al café. Gertrud lo sirvió en la sala contigua, con las tazas de porcelana que mi madre solo sacaba en ocasiones especiales.

Mi madre aprovechó el momento para hablar de lo que, en su mente, era el acontecimiento del mes.

—Tendremos muchas cenas y eventos en estos días —anunció, revolviendo el azúcar con aire satisfecho—. La familia Schumann nos ha invitado a su cena del día quince, y luego está la gala benéfica del hospital el día veinte. Y, por supuesto, la cena de Nochebuena aquí en casa.

Yo asentí en silencio, pero por dentro sentí un leve temblor de fastidio.

Eso era exactamente lo que más temía: tener que representar el papel de hombre enamorado y feliz delante de medio Viena.

—Parece que vamos a tener un mes muy ocupado —dijo Rachel con entusiasmo, sin darse cuenta de mi incomodidad.

—Oh, querida, lo pasaremos de maravilla —aseguró mi madre, dándole una palmadita en la mano—. Estoy deseando enseñarte todos nuestros lugares favoritos.

Rachel sonrió, y yo también. Pero la mía fue una sonrisa medida, casi mecánica. Porque el precio de mi mentira acababa de multiplicarse.

Capítulo 14

Rachel

La cena había terminado hacía apenas unos minutos y la casa se había llenado de un silencio suave, casi musical, como si las paredes mismas descansaran después de un largo día de bienvenida.

Klara y Heinrich se despidieron con una sonrisa amable, deseándonos buenas noches con ese tono dulce y elegante que solo la gente verdaderamente educada conservaba incluso cuando estaba cansada.

Maximilian, con una expresión serena pero concentrada, dijo que necesitaba pasar un rato por el despacho antes de acostarse. Yo aproveché la oportunidad para decir que me apetecía visitar la biblioteca. Klara, antes de desaparecer por el pasillo con su marido, me sonrió y dijo algo que me hizo sonreír aún más:

—Te encantará, querida. Es el rincón más bonito de la casa.

Y no se equivocaba.

La biblioteca estaba en la planta baja, al final de un pasillo con cuadros antiguos y lámparas de bronce. Cuando abrí la puerta, una oleada de aire templado me envolvió. Dentro olía a madera, a papel envejecido y a algo más: a hogar, a historia, a memoria.

Una chimenea crepitaba en el extremo derecho, lanzando destellos anaranjados sobre los lomos de los libros perfectamente ordenados en las

estanterías altas que cubrían casi toda la pared.

Cerré la puerta tras de mí y avancé despacio, pasando la mano por el lomo de algunos volúmenes. Había de todo: novelas clásicas, ensayos, enciclopedias, poesía. Me sentí pequeña entre tanto saber acumulado, pero a la vez tranquila, como si me encontrara en un refugio que no sabía que necesitaba.

Elegí un libro de poemas con una encuadernación verde oscura y letras doradas en el lomo: *Libro de las horas*, de Rainer Maria Rilke. No conocía a la autora, pero el título me pareció perfecto para ese instante. Me senté en uno de los sofás frente a la chimenea, me arropé con la manta que había doblada en un lateral y comencé a pasar las páginas con curiosidad.

Algunas estaban señaladas con pequeñas líneas rojas, como si alguien las hubiera marcado para releerlas más de una vez.

Me detuve en una de ellas. El poema estaba subrayado suavemente con lápiz, y en el margen había una nota escrita con letra elegante: *"El día que le pedí que fuera mi esposa."*

Sonreí porque aquella debía ser la letra de Heinrich.

Volví al principio del poema y lo leí despacio, en voz baja, dejándome envolver por sus palabras.

"Amarte es crecer en silencio,
descubrir en tus ojos un mundo que me pertenece,
y en tu voz, un refugio que no puedo abandonar".

Suspiré. Había algo tan puro y sincero en esos versos que me resultó imposible no imaginar a un joven Heinrich recitándolos a una Klara enamorada. Qué suerte haber tenido un amor así.

Pasaron los minutos sin que me diera cuenta. El fuego seguía danzando, el reloj de pie marcaba el paso del tiempo con un sonido pausado, y la casa parecía dormida. Me sentía en paz, aunque en el fondo de mi mente seguía presente esa punzada de nerviosismo que me recordaba constantemente que estaba viviendo una mentira.

Estaba tan absorta que al principio no escuché los pasos en el pasillo. Giré la cabeza cuando oí que la puerta se abría con suavidad.

—Pensaba que estarías ya en la cama —dijo Maximilian desde el umbral, con la voz baja y ese acento que parecía acariciar cada palabra.

—No tenía sueño —respondí sonriendo, cerrando un momento el libro entre las manos—. Pero ahora, después de leer un rato junto al fuego, creo que sí.

Entró despacio, y sus pasos se amortiguaron sobre la alfombra. Llevaba todavía la ropa del día, aunque sin la chaqueta, y con las mangas de la camisa arremangadas. Tenía el aspecto relajado de alguien que por fin había dejado atrás la formalidad.

—¿Qué lees? —preguntó acercándose, y le mostré el libro.

—*Libro de las horas.* Lo he encontrado aquí, entre tantos otros. Hay uno señalado... Tu padre escribió al margen que con ese poema le pidió matrimonio a tu madre.

Maximilian se detuvo a pocos pasos de mí y vi cómo sus ojos grises se suavizaban un poco.

—Sí. —Asintió con una media sonrisa—. Es el favorito de mi madre. A veces lo recita cuando se pone nostálgica.

—Es este, ¿verdad? —dije, abriendo el libro en la página marcada.

Él asintió, y durante un segundo tuve la sensación de que su mirada se volvía casi... melancólica.

—¿Quieres que lo lea? —pregunté sin saber por qué.

Maximilian se encogió de hombros.

—Si te apetece.

Inspiré despacio y comencé a leer.

“Amarte es crecer en silencio,
descubrir en tus ojos un mundo que me pertenece,
y en tu voz, un refugio que no puedo abandonar”.

Mi voz resonó suave en la habitación, acompañada por el crepitar del fuego. Cuando terminé, levanté la mirada y vi que los ojos de Maximilian estaban fijos en mí. No supe interpretar esa mirada. Había algo intenso en ella, algo que me hizo sentir como si todo el aire de la habitación se hubiese vuelto más denso.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. El silencio se extendió entre nosotros, cálido y peligroso a la vez.

Aparté la mirada con un gesto torpe, cerrando el libro.

—Es precioso —murmuré, intentando recomponerme—. Se nota que tus padres se quieren mucho.

—Sí —respondió con voz baja—. Han pasado más de treinta años y siguen igual.

Me levanté, coloqué el libro en su sitio y me volví hacia la puerta.

—Creo que debería subir. Mañana será un día largo.

Maximilian asintió y me siguió hacia el pasillo.

—Ve tú primero si quieres —dijo mientras caminábamos juntos—. Tengo que hacer una llamada antes de acostarme.

—Perfecto —contesté con una sonrisa educada—. Me ducharé mientras tanto.

La subida por la escalera fue silenciosa. Las luces tenues iluminaban los cuadros familiares que colgaban en la pared. Al pasar frente a la foto de Lena, la hermana de Maximilian, me detuve un instante. En aquella sonrisa juvenil había algo tan luminoso que resultaba imposible no sentir ternura.

Entré en la habitación y cerré la puerta con suavidad. El aire olía a madera, a sábanas limpias y a un perfume sutil que reconocía ya como el de Maximilian. Fui al vestidor, saqué un pijama de algodón suave y ropa interior limpia, y me encerré en el baño.

El agua caliente me envolvió como un abrazo. Sentí cómo los músculos se relajaban y, por primera vez desde que llegamos, pude soltar un poco de la tensión acumulada. Cerré los ojos y dejé que el agua cayera por mi espalda, intentando no pensar en que iba a pasar un mes fingiendo ser la novia de un hombre que, en las pocas veces que habíamos estado juntos, ya había conseguido alterar mi respiración con solo mirarme.

Quizá Sophie tenía razón: esto iba a ser mucho más complicado de lo que creía.

Salí del baño en pijama, con el pelo húmedo aún y el cuerpo relajado. Al girar hacia la habitación, mis ojos se toparon con Maximilian. Estaba de pie junto a la ventana, sin camisa, solo con los pantalones del traje y descalzo, hablando por teléfono. Cada palabra de su conversación parecía llenarla de magnetismo, y no pude evitar admirar la silueta atlética de su torso.

Se dio cuenta de que lo observaba, y esbozó una leve sonrisa mientras colgaba el teléfono. Con naturalidad, cogió la ropa que había dejado sobre una silla y entró al baño, dejándome a solas mientras encendía el secador y comenzaba a peinar mi cabello frente al espejo. La sensación de su cercanía era inquietante, pero también extrañamente reconfortante.

Cuando terminé de secarme el pelo, me metí en la cama, todavía con la mente revoloteando entre el poema, la biblioteca y la presencia de Maximilian. Saqué el móvil y abrí la conversación con Sophie:

Rachel: *Hemos sobrevivido a la presentación de mis suegros.*

No tardó en responder.

Sophie: *¡Ja! Espero que te hayan tratado bien.*

Rachel: *Sí, todo bien. Pero… nos han instalado en la misma habitación, en la de Maximilian.*

Sophie: *Cariño, a eso lo llamo yo señal del destino. Tienes el deber de pedirle que incluya una cláusula obligatoria en el contrato: mínimo sexo una vez por semana.*

Rachel: *Estás loca, no voy a hacer eso.*

Sophie: *Deberías, porque estoy segura de que ese hombre te daría los mejores orgasmos de tu vida. Si estuviera en tu lugar, degustaría ese manjar austríaco cada noche.*

Reí con el mensaje y dejé el móvil a un lado. Justo en ese momento, Maximilian salió del baño, solo con un pantalón de algodón negro, descalzo, y el torso desnudo con gotas de agua aún cayendo por su piel mientras se secaba el cabello con una toalla.

Me quedé paralizada un instante. Aquel hombre no podía ser real. Mi corazón se aceleró, y tuve que apartar la vista, notando cómo el calor subía por mi cuello mientras trataba de ignorar lo obvio: la atracción que emanaba. La sonrisa que lanzó al verme mirar, apenas perceptible, me hizo sonrojar aún más.

Se metió en la cama, asegurándose de mantener una barrera prudente entre nosotros. Su cercanía era hipnótica, pero él respetaba la distancia, algo que me tranquilizó ligeramente.

—No pasaré de esta barrera —dijo con suavidad, como si leyera mis pensamientos.

Sonreí, algo aliviada, cuando un golpe suave en la puerta nos interrumpió. La voz de la madre de Maximilian, alegre y atenta, se dejó oír:

—¿Estáis visibles? —preguntó, y los dos nos tensamos.

—Te lo dije —murmuré, y me acerqué un poco a él.

—Sí, mamá, puedes pasar.

Klara abrió la puerta y se quedó en ella, asomando apenas la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja en los labios.

—¿Está todo bien? ¿Necesitáis algo? ¿Tenéis frío?

Maximilian suspiró, un poco frustrado por la interrupción:

—Todo bien, mamá.

—Muy bien, buenas noches, entonces —respondió ella—. Que descanséis.

La puerta se cerró y la calma volvió. Estando tan cerca de él, aprecié el olor a gel y champú que aún flotaba en el aire. Miré su torso desnudo, y me mordí ligeramente el labio mientras trataba de distraerme.

—¿Quieres tocar? —preguntó, con una sonrisa juguetona, notando la intensidad de mi mirada.

Abrí los ojos de par en par, sorprendida por la insinuación y por lo directo que había sido.

—¡Soy una profesional! —respondí, medio riendo, medio alarmada—. No voy a hacer nada que no esté incluido en las cláusulas del contrato.

Me aparté un poco, acomodándome de nuevo bajo las mantas y cerrando los ojos, intentando calmar la mezcla de deseo y prohibición que me recorría. Maximilian se acomodó junto a mí, manteniendo la distancia respetuosa, y me dio las buenas noches.

—Buenas noches —murmuré, nerviosa, mientras trataba de sonar cortés.

Cuando la luz se apagó, me quedé pensando, con los ojos cerrados y la respiración aún un poco agitada, que aquel iba a ser sin duda el trabajo más duro y complicado de mi vida. Cada gesto, cada mirada, incluso la más mínima insinuación, se convertía en un desafío que no estaba preparada para manejar. Y, aun así, en el fondo, había algo en su presencia que hacía que todo el esfuerzo mereciera la pena.

Capítulo 15

Maximilian

Desperté con el murmullo tenue de la luz de la mañana colándose por la ventana, filtrando la penumbra de la habitación con delicados rayos que dibujaban sombras en la pared. El espacio que nos había separado la noche anterior seguía allí, un pequeño vacío entre nosotros que parecía casi tangible. Pero, aun así, no podía apartar la mirada de Rachel.

Dormía con una tranquilidad que contrastaba con el torbellino que me recorría por dentro cada vez que la veía. Su respiración era pausada, casi perfecta, y su rostro relajado, libre de cualquier tensión. Era como si el mundo entero se hubiera detenido para ella, y por un momento, me sentí afortunado simplemente por poder observarla sin que lo notara.

Recordé las palabras de mi madre: “Es preciosa”. Pensé que exageraba, pero verla allí, tan serena, me hizo reconsiderarlo. Sí, era preciosa… más aún de lo que había imaginado. Tenía algo que iba más allá de la belleza física: había un magnetismo silencioso que te atrapaba sin darte cuenta. Y, maldita sea, me encontraba atrapado.

No pude evitar revivir mentalmente la noche anterior, cada detalle. Su aroma a coco del gel de ducha, tan dulce y envolvente, aún parecía flotar en el aire. Lo sentí intensamente cuando la tuve cerca, en la cama, tan vulnerable y confiada.

Cuando salió del baño con ese pijama fino que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, delineando cada curva con sutil delicadeza… fue imposible no imaginarla desnuda. Solo un instante de distracción, pensé para calmarme, y, sin embargo, no pude evitarlo.

Y pensé en ese momento cuando nos miramos más tiempo del normal, cuando sus ojos parecieron buscar los míos con una mezcla de curiosidad y algo que no supe identificar del todo. Deseé que ella me tocara, deseé tocarla yo, besar esos labios que ahora, en la claridad de la mañana, se veían suaves, apetecibles. Pero la promesa de profesionalidad, de mantenernos dentro de los límites de nuestro acuerdo, se aferraba a mi mente. "Nada fuera de las cláusulas", me repetí, aunque sabía que la tensión sexual entre nosotros ya había cruzado un límite invisible.

Rachel se removió en la cama, y mi corazón dio un pequeño vuelco. Su gesto fue sutil, casi imperceptible, pero me impulsó a levantarme antes de que se despertara del todo. Caminé hacia el vestidor, tratando de controlar la agitación que me recorría. Me vestí con pantalón vaquero oscuro, un jersey negro de lana fina y mis botas, mientras mis pensamientos giraban en torno a ella una y otra vez. La imagen de su pijama pegado a su cuerpo, de su piel apenas insinuada por la tela, no se desvanecía de mi mente.

Cuando salí al dormitorio, la encontré desperezándose, estirando los brazos hacia arriba con un bostezo silencioso que la hacía parecer incluso más frágil y humana. La luz de la mañana iluminaba su cabello, resaltando los reflejos naturales, y no pude evitar fijarme en cómo se marcaban ligeramente sus pechos bajo el pijama. Intenté apartar la mirada y centrarme en el tono de su piel y la delicadeza de sus manos mientras se pasaba los dedos por el rostro.

—Buenos días —dije, tratando de mantener la voz firme y neutral.

Ella me miró, sorprendida, y me devolvió un tímido, pero cálido saludo:

—Buenos días.

Sentí un calor en el pecho que no había previsto. Me obligué a desviar la vista hacia la ventana, cogiendo aire profundamente para recuperar el control sobre mis pensamientos. Sin embargo, cada gesto suyo parecía gritarme

silenciosamente lo que mi cerebro se negaba a admitir: me sentía peligrosamente atraído hacia ella.

—Vístete para bajar a desayunar —continué, intentando sonar casual—. Después podemos ir a pasear por la ciudad. Creo que te gustará conocerla un poco.

Rachel asintió, y por un instante, nuestros ojos se encontraron de nuevo. Fue suficiente para que mi pulso se acelerara, pero ella mantuvo su calma, su compostura, y eso solo aumentó la curiosidad que me inspiraba. Cada pequeño movimiento suyo, cada respiración medida, me hacía pensar que descubrirla completamente sería un desafío que valdría la pena.

Mientras la observaba moverse hacia el vestidor, no pude evitar pensar en los riesgos, en lo que suponía involucrarnos más allá de lo profesional. Cada fibra de mi cuerpo me pedía acercarme, rozarla, hablar con ella de manera que solo los dos entendíamos, pero mi mente me recordaba la necesidad de contenerme. “Nada fuera de las cláusulas”, me repetí de nuevo, aunque la idea de un beso, siquiera uno breve, ya me parecía inevitable.

Rachel salió finalmente con ropa más cómoda para el desayuno, y no pude evitar admirar cómo el pijama había dejado lugar a unos vaqueros ajustados y un jersey azul claro que resaltaba su figura sin ser provocativa. Sus movimientos eran fluidos, naturales, y su mirada curiosa y alerta me recordaba que, a pesar de la proximidad de la noche anterior, seguíamos manteniendo un delicado equilibrio entre familiaridad y distancia.

—¿Lista para desayunar? —le pregunté, tratando de sonar despreocupado mientras sentía que la tensión entre nosotros no había disminuido ni un ápice.

—Sí, lo estoy —respondió, y sus ojos brillaban con un toque de diversión, como si supiera que yo la estaba observando más de lo debido.

Le ofrecí mi brazo, y ella lo tomó ligeramente, sin que nuestros cuerpos se tocaran más de lo necesario, aunque la proximidad bastó para que el calor que emanaba su piel se mezclara con el mío. Cada paso hacia el comedor era un recordatorio de lo fácil que sería perder la compostura si bajábamos la guardia, de lo tentadora que era, y de cómo, incluso ahora, mantenía un efecto sobre mí que no había previsto.

Salimos del dormitorio y nos dirigimos hacia el comedor, los pasillos amplios de la casa todavía silenciosos, excepto por el eco de nuestros pasos.

Le ofrecí mi brazo, y ella lo tomó ligeramente, sin que nuestros cuerpos se tocaran más de lo necesario, aunque la proximidad bastó para que el calor que emanaba su piel se mezclara con el mío. Cada paso hacia el comedor era un recordatorio de lo fácil que sería perder la compostura si bajábamos la guardia, de lo tentadora que era, y de cómo, incluso ahora, mantenía un efecto sobre mí que no había previsto.

Cada movimiento de Rachel parecía deliberado, incluso en su aparente despreocupación. La forma en que ajustaba su jersey, cómo pasaba el pelo detrás de la oreja, cómo sus botas hacían un leve clic en el suelo de madera… Cada detalle me recordaba que estaba allí, y que mi mente no estaba preparada para ignorarla.

Mientras caminábamos, me recordé a mí mismo que debíamos mantenernos dentro de lo profesional. “Nada fuera de las cláusulas”, repetí como un mantra en un susurro interno, pero la frase se sentía ridícula considerando cómo me había despertado con ella en la misma cama. La realidad era que la deseaba más de lo que cualquier principio profesional podría contener. Y lo peor era que ella parecía ignorarlo, o tal vez lo disfrutaba en silencio, dejándome a mí luchar contra mis propios impulsos.

Al entrar en el comedor, los ojos de mis padres se iluminaron al vernos. Mi madre, como siempre, tenía una sonrisa cálida y encantadora que podía iluminar la habitación por sí sola. Mi padre, más reservado, se limitó a asentir y sonreír ligeramente, aunque podía ver en su mirada el orgullo y la curiosidad.

—Buenos días, chicos —saludó mi madre con un brillo en los ojos que me hizo recordar inmediatamente su entusiasmo la noche anterior—. ¿Habéis dormido bien?

Rachel se sonrojó levemente y respondió:

—Sí, gracias. Muy bien, de hecho.

Mi padre levantó la vista del periódico y agregó con una media sonrisa:

—Eso espero. Y ahora, nada como un buen desayuno para empezar el día con energía.

—¿Y tú, Maximilian? —preguntó mi madre, inclinando ligeramente la cabeza mientras me observaba con esa mezcla de curiosidad y orgullo que siempre mostraba cuando tenía algo que no me contaba—. ¿Cómo has dormido?

—Bien, mamá. He dormido bien —respondí, intentando sonar natural, aunque parte de mí estaba todavía alerta por la proximidad de Rachel.

Mi madre asintió, satisfecha, y luego se volvió hacia Rachel con interés.

—¿Qué planes tenéis para hoy?

Me adelanté a responder, porque no quería que mi madre sintiera que Rachel estaba sola en esto.

—Hoy quiero enseñarle la ciudad, que conozca los rincones que más me gustan. Será un día tranquilo, solo nosotros dos —traté de sonar casual, pero mi madre no perdió el brillo de la sonrisa.

—Qué bonito, hijo. Me alegra que lo hagáis —dijo, claramente feliz de vernos juntos, aunque todavía con un toque maternal sobreprotector.

Durante el desayuno, el ambiente fue ligero, con bromas de mi padre sobre lo rápido que me había levantado y sobre cómo había hecho que Rachel se sintiera como en casa sin que ella lo supiera. Rachel reía suavemente, y yo la miraba de reojo, intentando memorizar cada gesto, cada pequeña expresión que me hacía desearla más de lo que podía admitir.

—Rachel, tienes que probar estas tostadas —dijo mi madre, señalando una bandeja—. Están recién hechas.

—Gracias, Klara —respondió Rachel, con su tono educado, pero había un brillo en sus ojos que me hizo sonreír por dentro.

La conversación continuó, ligera, con anécdotas y bromas que hacían que Rachel se sintiera cada vez más cómoda, y yo no podía evitar sentir una

mezcla de orgullo y deseo. Cada vez que la veía reír, cada vez que sus ojos se encontraban con los míos, el mundo se reducía a ella y a esa conexión silenciosa que compartíamos desde la primera noche.

Cuando terminamos, nos dirigimos a la entrada para abrigarnos antes de salir. Mientras Rachel se ajustaba la bufanda, noté un movimiento sospechoso en el pasillo. Mi madre estaba allí, tratando de mantenerse escondida, pero con la incomodidad evidente de no poder disimular su curiosidad.

Me incliné hacia Rachel y le susurré:

—Mi madre nos está observando.

Ella sonrió, dejando claro que aquello no le pillaba por sorpresa.

—Era de esperar, has estado seis meses escondiéndome —dijo, divertida, mientras yo volteaba los ojos.

—Tú siempre tan observadora —murmuré, ayudándola a colocarse bien el gorro beige—. Así, que quede perfecto.

Y entonces la vi. Mi madre todavía nos vigilaba, y un suspiro escapó de mis labios.

—Perdona por esto —le dije a Rachel, con un tono bajo, casi confidencial.

—¿Perdona por qué? —preguntó, arqueando una ceja mientras me miraba con curiosidad.

No respondí. Me incliné y sostuve su barbilla con una mano, y en un impulso, la besé. Al principio, mi intención era que fuera breve, un roce de labios apenas perceptible, un gesto rápido y elegante, pero ocurrió algo inesperado. Sus labios respondieron, suaves, cálidos, y lo que iba a ser un instante se convirtió en un beso profundo, con lenguas que se buscaban, manos que se aferraban al cuerpo del otro con una urgencia contenida que nos tomó por sorpresa.

El mundo a nuestro alrededor desapareció. Mi madre podría estar espiándonos desde cualquier rincón, pero en ese momento, solo existíamos

Rachel y yo. La sensación era tan intensa, tan natural, que al final tuve que separarme, aunque no quería hacerlo.

Me quedé mirándola, notando cómo su respiración era más rápida, cómo sus ojos brillaban con una mezcla de sorpresa, excitación y aceptación. En ese instante, comprendí que lo que sentí la noche anterior, el deseo, la tensión contenida, no era solo mío. Ella también lo sentía.

—Vámonos ya —dije finalmente, rompiendo el silencio cargado de electricidad—. La ciudad nos espera.

Ella asintió, recuperando un poco la compostura, aunque su respiración aún era agitada. Cogí las llaves del coche del garaje y nos dirigimos a él. El trayecto fue en completo silencio, un silencio que hablaba más que cualquier palabra. Su mano rozó la mía y sentí un escalofrío recorrerme. No era solo la atracción física, era la conexión emocional, la tensión sutil que nos mantenía al borde de un precipicio que sabíamos que eventualmente cruzaríamos.

Mientras arrancaba el coche, mis pensamientos se mezclaban entre la anticipación de enseñarle mi ciudad y la necesidad de contenerme. Cada semáforo, cada curva del camino, era una oportunidad para mirarla, para memorizar su perfil, su sonrisa, la forma en que jugaba con su gorro y bufanda.

La ciudad nos esperaba, pero yo solo quería seguir atrapado en ese instante donde solo éramos Rachel y yo, en un mundo suspendido entre la rutina y el deseo.

Capítulo 16

Rachel

El motor del coche rugía bajo nuestros pies, un sonido constante que parecía marcar el ritmo de mis pensamientos. Miraba por la ventanilla el paisaje nevado, los árboles cubiertos de blanco, los tejados que se perdían entre la bruma matutina, y no podía evitar que mi mente volviera al beso. Ese beso.

No había necesidad de hablarlo; ninguno de los dos mencionó lo que había pasado en la entrada, y eso me producía un extraño alivio. Pero al mismo tiempo, cada vez que cerraba los ojos, cada vez que giraba la cabeza hacia él, recordaba la sensación de sus labios sobre los míos, la manera en que me sostuvo, el calor que emanaba su cuerpo a escasos centímetros del mío. Ese había sido el mejor beso que alguien me había dado en mi vida.

Un leve suspiro escapó de mis labios, casi inaudible, mientras la nieve caía lentamente sobre la carretera. Traté de convencerme a mí misma de que no debía sentir nada, de que no debía dejar que se filtrara en mí ninguna emoción que pudiera comprometerme. Debía ser fuerte, mantenerme inmune a todo: a su proximidad, a sus miradas, a sus manos y, sobre todo, a sus besos.

Pero era imposible. Maximilian tenía algo que rompía cualquier barrera que pudiera imponerme. Su sola presencia era suficiente para desarmarme.

Negué con la cabeza, intentando disipar la imagen que tenía de él frente a mí, de su sonrisa torcida cuando me miraba de reojo, de cómo sus ojos

parecían leerme incluso cuando yo me creía impenetrable. Cerré los ojos un momento, tratando de concentrarme en la nieve, en el paisaje, en cualquier cosa que no fuera él.

La carretera estaba silenciosa, y el silencio era casi un diálogo en sí mismo. No había necesidad de palabras; nuestras respiraciones, nuestros movimientos y esa tensión latente eran suficientes para comunicarnos más que con cualquier conversación. Podía sentir cómo él estaba ahí, al volante, con esa mezcla de seguridad y calma que parecía innata en él, y cómo me afectaba cada gesto, cada leve movimiento de su mano sobre la palanca de cambios o el volante.

Pensé en lo que decían las cláusulas, en todo lo que habíamos acordado: ser profesionales, comportamiento contenido, nada que se interpretara como más que amistad, como una pareja fingida. Pero también sabía que ese beso inevitablemente marcaría un antes y un después, aunque ninguno de los dos lo dijera.

Intenté distraerme mirando el paisaje de la ciudad que se acercaba lentamente, los tejados rojos que comenzaban a aparecer entre la nieve, las pequeñas luces de los comercios despertando a la mañana. Sabía que pronto llegaríamos al centro de la ciudad, y que tendría que seguir actuando como si todo estuviera bajo control. Pero la verdad es que no podía ignorar la chispa que había encendido ese beso, el fuego que había prendido dentro de mí.
No debía sentir nada. Debía ser cauta. Debía mantenerme firme.

Sin embargo, mientras contemplaba el mundo que pasaba por la ventanilla, un pensamiento se instaló en mi mente y me hizo sonreír con una mezcla de incredulidad y resignación. Sí, ese beso estuvo bien. Mejor que bien. Perfecto, incluso. Y sí, aunque no debería, me había gustado. Y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

El paisaje nevado avanzaba lentamente bajo mis ojos, y el tiempo parecía haberse detenido. Cada copo de nieve, cada árbol, cada tejado cubierto de escarcha me hacía sentir una extraña calma y, al mismo tiempo, una tensión contenida. Sabía que aquel momento que había comenzado en la entrada de su casa no era casualidad. Sabía que, de alguna manera, era inevitable. Y,

aunque mi razón me decía que debía ignorarlo, mi corazón me decía otra cosa.

Al final, me acomodé en el asiento, apoyando la frente contra la ventanilla fría, cerrando los ojos por un momento y respirando hondo. Intenté memorizar la sensación del aire helado en mi rostro, la serenidad del paisaje y la quietud del coche, porque pronto, cuando llegáramos a la ciudad, todo cambiaría.

Sabía que la ciudad nos esperaba, que la mañana iba a ser larga, llena de risas, fotos y conversaciones, pero por ahora me permití un instante de silencio, de reflexión, de aceptación de que aquel beso había despertado algo en mí que no podía controlar.

No debía. Pero lo había hecho. Y el pensamiento de que estaba con él, de que compartíamos esa proximidad y esa tensión, me hacía sentir viva de una manera que no había sentido en mucho tiempo.

El coche se detuvo suavemente frente a la primera plaza que Maximilian había decidido mostrarme. Habíamos recorrido el camino en completo silencio, y aunque no habíamos hablado del beso, no podía evitar que su recuerdo flotara en mi mente, mezclándose con la emoción de descubrir Viena por primera vez.

—Bienvenida a Viena —dijo con una sonrisa ligera, bajando del coche con esa elegancia que parecía surgirle de manera natural, como si el mundo entero estuviera dispuesto a ceder ante su paso.

Me ofreció la mano, y al cogerla noté su calor, la firmeza de su agarre, y sentí un cosquilleo que me recorrió de inmediato.

—Gracias… —dije, un poco tímida—. Es… impresionante.

Maximilian arqueó una ceja y me miró con esa media sonrisa que no podía descifrar del todo, una mezcla de burla y algo más profundo, quizá un desafío sutil.

—Solo estamos empezando —murmuró mientras me guiaba hacia la plaza —. Viena tiene muchas sorpresas.

Caminamos entre la gente, entre las calles empedradas y los edificios barrocos, y me sentí transportada a otra época. La arquitectura era majestuosa: columnas, estatuas, techos adornados y balcones con flores que se mecían con el viento frío.

Maximilian conocía cada rincón; señalaba los detalles con entusiasmo y contaba historias breves sobre los palacios y museos, mientras yo lo escuchaba fascinada, haciendo un esfuerzo consciente por no perderme ni un detalle de su expresión cada vez que hablaba.

—¿Sabías que aquí, en la plaza de San Carlos, Napoleón una vez…? —empezó a explicar, y yo me reí por lo bajo.

—¿De verdad crees que voy a recordar toda la historia? —dije, entre risas —. Solo quiero mirar y disfrutar.

—Entonces mirarás y disfrutarás —dijo, y su sonrisa se amplió mientras me cogía discretamente la mano de nuevo, entrelazando los dedos con los míos—. Así es como se hace.

Sentí que mi corazón latía un poco más rápido, pero esta vez no era por nervios, sino por la cercanía, por esa sensación de que, aunque estábamos fingiendo, había algo único entre nosotros, algo que nos hacía reír, bromear y disfrutar del momento sin complicaciones.

Pasamos por calles adornadas con escaparates navideños, y Maximilian se detuvo frente a una de las tiendas más pequeñas y encantadoras.

—Mira esto —dijo, señalando un escaparate lleno de gorros de lana y bufandas—. Creo que esto te va a gustar.

Sonreí, y antes de poder decir algo, él ya estaba dentro de la tienda, examinando gorros y levantando alguno para mostrármelo.

—Este te quedaría perfecto —dijo, sosteniéndolo frente a mí—. Rosa pastel, como el que llevabas la primera vez que nos vimos.

Reí de nuevo, divertida por su memoria, y acepté probármelo. Mientras me lo colocaba, Maximilian ajustaba el borde con delicadeza, y me sorprendí por

lo atento que podía ser sin parecer cargante. La complicidad que surgía en esos pequeños gestos me hacía sentir cómoda y, al mismo tiempo, nerviosa por el simple hecho de que él estaba tan cerca.

—Listo —dijo finalmente, dando un paso atrás para mirarme—. Perfecto. Te queda genial.

—Gracias… —susurré, y un rubor subió a mis mejillas—. Es bonito.

No solo compré ese, sino que Maximilian me enseñó otros dos más que no dudé en comprar, uno negro y otro azul pastel.

Salimos de la tienda y Maximilian me cogió del brazo, guiándome por la plaza hacia el próximo punto de interés: la catedral de San Esteban. Me explicó la historia de su construcción, la altura de la torre, los mosaicos del techo y las leyendas que circulaban sobre el lugar. Mientras caminábamos, me sentía cada vez más cómoda con él, riendo de sus bromas discretas, de sus comentarios sarcásticos y de esa manera suya de hablar que mezclaba humor y sofisticación.

En un momento, me giré hacia él mientras señalaba una estatua y preguntaba con curiosidad:

—¿Y eso qué representa?

—Eso es… un emperador, creo —respondió, encogiéndose de hombros—. No es tan importante como lo que estás haciendo tú ahora mismo.

—¿Yo? —pregunté, arqueando una ceja, sorprendida.

—Sí, tú. Caminas por Viena como si fueras dueña de la ciudad —dijo con una sonrisa ligera—. Y no puedo evitar mirar.

Sentí un calor que subía por mi cuello y aparté la vista rápidamente, riendo nerviosamente, mientras él solo se encogía de hombros como si no hubiera pasado nada. Esa mezcla de calma y provocación era peligrosa. Muy peligrosa.

Continuamos nuestro recorrido, haciendo paradas en la Ópera de Viena, el Museo de Historia del Arte y el *Hofburg*, el palacio imperial. Maximilian me guio por los jardines nevados, señalando los detalles arquitectónicos y contándome historias sobre los emperadores y las ceremonias que allí se celebraban. Me fascinaba cómo podía mezclar historia y humor en sus relatos, haciendo que todo pareciera más ligero y entretenido.

—Y aquí —dijo mientras señalaba un carruaje antiguo—, dicen que a veces todavía se escuchan los cascos de los caballos… aunque yo creo que es solo una historia para turistas.

—O tal vez es tu imaginación —bromeé, y él me respondió con una sonrisa irónica.

—Quizá —dijo, encogiéndose de hombros—. O quizá no.

Nos reímos juntos, y el sonido de nuestra risa resonó en el palacio, mezclándose con el murmullo de los turistas y el crujir de la nieve bajo nuestros pies. Me sentí completamente libre y ligera, disfrutando de la mañana como nunca antes lo había hecho.

Maximilian no dejaba de contar anécdotas curiosas, y yo, entre risas, no podía evitar fotografiarlo todo: las estatuas, los palacios, los jardines nevados y, por supuesto, él. Cada vez que le levantaba la cámara para fotografiarlo, su expresión cambiaba ligeramente, como si supiera que estaba atrapando un instante suyo, y eso me hacía sonreír sin poder evitarlo.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —preguntó en un momento, arqueando una ceja mientras me veía desde la distancia.

—Tomando fotos —contesté, fingiendo seriedad, aunque por dentro me reía—. Necesito recuerdos de esta mañana.

—Entonces debo posar, supongo —dijo, y yo asentí—. Haz que salga bien.

—Eso depende de ti —respondí, y él sonrió, haciendo una pose exagerada que me hizo estallar en carcajadas.

Capítulo 17

Rachel

Después de tanto caminar, nos detuvimos en una pequeña cafetería de estilo vienés, con ventanales grandes y una decoración que parecía sacada de otra época. Pedimos café y un par de pasteles típicos. Mientras saboreábamos un trozo de *sachertorte*, Maximilian hizo un comentario sarcástico sobre la manera en que me manchaba con el chocolate, y no pude evitar reírme de nuevo.

—Eres imposible —dijo, riendo también.

—Y tú también —respondí, divertida—. Pero me gusta.

—Lo sé —contestó con una sonrisa que me hizo latir el corazón más rápido.

Salimos de la cafetería con el calor del café aún recorriendo nuestras manos y los vapores de chocolate caliente flotando en el aire. La nieve caía suavemente sobre los adoquines de la ciudad, creando un ambiente casi mágico que hacía que cada paso se sintiera especial. Maximilian me cogió de la mano para guiarme a través de la calle peatonal, y sentí de inmediato una seguridad y familiaridad que no había experimentado con nadie más.

—Mira esas luces —dijo él señalando los adornos navideños—. Dicen que Viena se ilumina de manera distinta cada diciembre. ¿Te gusta?

—Es precioso —dije, sonriendo mientras intentaba captar con la mirada cada detalle—. Todo parece sacado de un cuento de Navidad.

—Entonces este es el momento perfecto para que tengas tu primera experiencia vienesa —comentó él con un guiño—. Te lo advierto, hoy vas a reír mucho y vas a comer demasiado chocolate.

—Eso suena a un plan perfecto —respondí, divertida, mientras él se reía ante mi entusiasmo.

Seguimos caminando, y Maximilian me llevó por un pequeño callejón que desembocaba en el *Kärntner Strasse*, una de las avenidas más famosas y llenas de vida de Viena. Las tiendas estaban decoradas con luces y guirnaldas, y la gente paseaba con bolsas llenas de regalos. Él me señaló una pequeña boutique que vendía adornos navideños artesanales.

—Vamos a entrar —dijo con entusiasmo—. Quiero que elijas uno para tu casa.

Dentro, el aroma a madera y canela era embriagador. Maximilian se quedó a mi lado mientras yo examinaba cada adorno, tomándome mi tiempo para elegir uno especial. Cuando finalmente me decidí por una estrella de madera pintada a mano, él sonrió y asintió aprobando mi elección.

—Buena elección —dijo—. Esa tiene carácter, igual que tú.

Me sonrojé ante el comentario, y aunque intenté disimularlo, él lo notó y soltó una carcajada ligera.

—Es imposible no notar tus reacciones —murmuró—. Es como si todo lo que hicieras tuviera un pequeño efecto en mí.

No pude evitar reírme, y por un momento nos quedamos mirándonos, ambos conscientes del magnetismo que surgía entre nosotros, aunque ninguno dijera una palabra más sobre ello. La complicidad estaba en cada gesto, en cada sonrisa compartida, y yo me sentía cada vez más atraída por su manera de estar, cercana pero elegante, segura pero divertida.

Llegó la hora de comer, y Maximilian me llevó a un restaurante típico vienés, con techos altos y ventanas grandes que dejaban pasar la luz de la mañana. Nos sentamos cerca de una ventana, y mientras esperábamos los platos, continuamos hablando y bromeando.

—¿Sabes qué me preocupa? —dijo con una expresión dramática—. Que después de comer voy a estar tan lleno que no podré seguir mostrándote la ciudad.

—Eso no es un problema —respondí riendo—. Solo tendrás que caminar más despacio y asegurarte de que yo pueda seguirte.

—Acepto el desafío —dijo, levantando una ceja mientras me miraba—. Pero no prometo que puedas seguirme.

El camarero llegó y pedimos platos típicos: *schnitzel*, *apfelstrudel* y, por supuesto, café vienés. Mientras comíamos, Maximilian no dejaba de mirarme con esa mezcla de interés y diversión que me desarmaba por completo.

—Tienes una risa contagiosa —dijo entre bocado y bocado—. Es imposible no reír contigo.

—Pues me alegro —contesté—. No quiero parecer aburrida, ¿sabes?

—Nunca eres aburrida —aseguró con firmeza—. Eso queda claro desde hace tiempo.

Me sonrojé de nuevo, y por un momento nos quedamos en silencio, disfrutando del sabor de la comida y de la compañía mutua. Después, Maximilian propuso continuar nuestro recorrido, y caminamos hacia los mercados navideños, donde la ciudad estaba llena de luces, aromas a canela y chocolate, y puestos con todo tipo de artesanías.

—Esto es demasiado divertido —dije en un momento, mientras nos sentábamos en un pequeño banco para descansar—. Nunca había hecho algo así antes.

—Pues tendrás que repetirlo —contestó con una sonrisa—. Y no solo en Viena.

Nos reímos, y mientras me acomodaba el gorro que él mismo me había colocado horas antes, pensé en cómo era capaz de hacerme sentir cómoda y emocionada a la vez. Cada gesto, cada broma, cada mirada compartida, estaba construyendo algo más que una simple amistad o una farsa de pareja: había química, complicidad y una sensación de que nos entendíamos sin necesidad de palabras.

Más tarde, seguimos recorriendo tiendas para comprar regalos de Navidad para sus padres y para nosotros mismos. Maximilian me guiaba con cuidado, señalando las opciones y asegurándose de que cada detalle fuera perfecto.

Mientras yo buscaba algo para su madre, él se inclinó sobre un estante de corbatas, comparando colores y texturas.

—¿Cuál de estas te gusta más para ti? —pregunté, señalando un par que habían llamado mi atención.

—Esa de rayas es perfecta —dijo, mientras la cogía y me mostraba cómo quedaría combinada con su traje habitual—. Pero no quiero que gastes dinero en mí. Mi regalo y el tuyo lo pago yo.

Asentí, comprendiendo la intención detrás de sus palabras, pero también divertida por su insistencia. Me gustaba cómo podía ser tan decidido y a la vez tan considerado, una mezcla que no veía a menudo.

Tras asegurarnos de tener todos los regalos que necesitábamos, fuimos a otra cafetería para tomar un pequeño descanso y un chocolate caliente extra. Mientras saboreaba el mío, Maximilian se apoyó ligeramente contra la mesa, cruzando los brazos y mirándome con una expresión que mezclaba diversión y curiosidad.

—Estoy empezando a pensar que eres peligrosa. Cada vez que sonríes, pierdo la concentración.

—¿Peligrosa? —pregunté, arqueando una ceja—. ¿De qué manera exactamente?

—De la manera más insólita —contestó, dejando escapar una risa ligera—. No puedo evitar fijarme en ti y en lo bien que me sienta estar contigo. Y eso,

Rachel… es un problema.

Me reí de nuevo, porque, aunque sus palabras tenían un trasfondo de advertencia, no podía dejar de disfrutar de la cercanía que nos unía. La complicidad entre nosotros era evidente, y yo me sentía cómoda, alegre y, a la vez, cada vez más consciente de lo que aquel hombre provocaba en mí.

Salimos de la cafetería y seguimos recorriendo calles secundarias, donde las fachadas de los edificios parecían susurrar historias de siglos pasados. Maximilian me señalaba detalles arquitectónicos, explicando curiosidades históricas con un tono ligero y divertido que hacía que todo pareciera más atractivo.

—Mira esa ventana —dijo, deteniéndose frente a un edificio barroco—. Dicen que en su época se celebraban conciertos privados. Si te apetece, algún día podríamos asistir a uno.

—Me encantaría —respondí, sonriendo con sinceridad—. Nunca imaginé que Viena tuviera tantos secretos.

Nos acercamos al Danubio, donde la vista del río helado y los puentes nevados era impresionante. Maximilian sacó su teléfono y comenzó a hacer fotos, algunas de mí, otras del paisaje, y yo hacía lo mismo, capturando cada instante para tener recuerdos de aquel día perfecto. Nos reímos varias veces mientras intentábamos fotografiarnos mutuamente sin que el otro apareciera cortado o desenfocado, y cada intento fallido terminaba en carcajadas compartidas.

—Eres terrible con la cámara —dijo finalmente, mostrando una de mis fotos desenfocadas de su torso.

—¿Yo? Pero si no te quedas en la postura que te pido ni dos segundos.

—Pero lo intento, eso cuenta, ¿no?

—Sí, pero no te preocupes, yo te sacaré una buena —contesté, levantando mi móvil—. Solo necesito un modelo dispuesto.

—Modelo dispuesto, ¿eh? Suena peligroso —murmuró, adoptando una pose exageradamente seria.

Seguimos caminando por el centro histórico, entrando en varias tiendas de las firmas favoritas de sus padres. Cuando preguntó qué quería yo como regalo, opté por unas botas que me encantaban, y Maximilian, con una sonrisa orgullosa, me las pagó sin discusión. Después, entramos en una tienda de ropa masculina donde él eligió corbatas y una camisa elegante, insistiendo en que era suficiente regalo y que no debía gastar mi dinero en él, recordándome constantemente que nuestra farsa no necesitaba gestos reales.

Finalmente, nos sentamos en otra cafetería para un último café antes de regresar. Mientras disfrutaba de mi bebida caliente, no pude evitar pensar en lo mucho que había disfrutado del día, en lo fácil que era reír con él y en lo curioso que resultaba descubrir que detrás de su fachada elegante había alguien con quien podía bromear, ser yo misma y sentirme libre.

—No eres tan frío como pensaba —dije de repente, mirándolo a los ojos.

—Eso me alegra —contestó con una media sonrisa—. Es bueno que lo descubras antes de enamorarte demasiado.

Reí suavemente, y por dentro pensé en lo peligroso que era ese comentario. Sabía que debía mantenerme distante, inmunizarme a su cercanía, a su encanto, a sus besos, pero era imposible. Cada gesto suyo, cada sonrisa, cada palabra, me hacía sentir viva y emocionada de un modo que no podía controlar.

El resto de la tarde pasó entre risas, fotografías, pequeños empujones juguetones, historias curiosas de la ciudad y paradas espontáneas en tiendas y plazas. Viena parecía más brillante, más cálida con él a mi lado, y yo no podía evitar pensar en cómo nuestra complicidad crecía con cada minuto que pasábamos juntos.

Mientras caminábamos hacia el coche para volver, no pude evitar pensar que esto era divertido, que era real… aunque fuera solo una farsa. Y, de algún modo, me encantaba que sea fuera.

Capítulo 18

Maximilian

Había pasado una semana desde que la besé. Siete malditos días, y aún podía sentir el sabor de sus labios como si lo hubiera hecho hacía apenas un minuto.

No habíamos hablado de ello. Rachel no había mencionado nada, y yo tampoco. Fingíamos, como dos idiotas bien entrenados, que aquel beso no había existido. Que no había pasado justo antes de salir de casa, bajo la mirada curiosa y demasiado satisfecha de mi madre, que había fingido no estar espiándonos desde el pasillo.

Pero sí había ocurrido. Y me estaba volviendo loco.

El problema no era solo el beso. Era ella. Rachel Collins. Con su cabello cobrizo que atrapaba la luz como si la obedeciera, con ese aroma a coco que se me había metido bajo la piel, con su voz que siempre tenía un filo de sarcasmo y una calidez que no debería afectarme como lo hacía.

Cada noche, desde aquel momento, me costaba más mantener la distancia. Dormíamos en la misma cama por obligación del papel que representábamos, o eso me decía, y cada vez que apagaba la luz, mi mente se convertía en un campo de batalla.

La oía respirar a mi lado. Sentía el movimiento leve del colchón cuando se giraba. Y entonces, inevitablemente, pensaba en ella.

En cómo sería tocarla de verdad. En cómo reaccionaría si mis manos se deslizaran por su piel. En el sonido de su voz, si la hiciera gemir mi nombre.

Una noche llegué a tener que darme la vuelta y apretar los puños para no moverme. Otra, directamente, tuve que encerrarme en el baño y abrir la ducha con el agua más fría que pude soportar. Pero no sirvió de nada.

La imagen de Rachel, con esa camiseta fina que usaba para dormir, se coló entre el vapor y la pared de azulejos, y acabé desahogándome en silencio, maldiciendo mi falta de control y rezando porque ella no me hubiera oído.

Ahora era la una de la madrugada, y yo seguía en el despacho de la casa de mis padres, fingiendo revisar informes que no me interesaban lo más mínimo. Pero la verdad era que evitaba irme a la cama. Porque si me metía allí y ella se movía, si me rozaba siquiera con la pierna o el brazo, no estaba seguro de poder seguir fingiendo que no la deseaba.

Me pasé una mano por el cabello y resoplé. El reflejo del fuego de la chimenea del despacho se movía en los cristales de las ventanas. Fuera, Viena dormía bajo una capa de nieve que hacía brillar las farolas del jardín. Dentro, yo me estaba desmoronando lentamente, prisionero de una mujer que ni siquiera era realmente mía.

—Joder... —murmuré entre dientes.

El simple hecho de pensar en ella volvía a provocarme un nudo de tensión en el bajo vientre. Me levanté de la butaca y caminé hacia el salón. El suelo de madera crujió bajo mis pasos. El aire olía a madera quemada y a whisky, el único consuelo que me quedaba últimamente.

Me serví un vaso, sin molestarme en usar hielo. El líquido ámbar cayó y llenó el silencio con un sonido que me resultó casi familiar.

Me apoyé en el marco de la chimenea del salón y me quedé mirando el fuego. Las llamas bailaban despacio, y en su reflejo, no vi otra cosa que su rostro.

La recordé aquel día en el centro de Viena, cuando la llevé a conocer la ciudad. Hubo un momento en el que el viento casi le arrebató el gorro y ella

me miró riéndose, con esa sonrisa que siempre conseguía desarmarme, y durante un instante me olvidé de que todo aquello era una farsa. Le cogí la mano sin pensar, y no la solté hasta que volvimos al coche.

También recordé las dos cenas fuera, organizadas únicamente para mantener las apariencias. La primera, en un restaurante caro de la *Ringstraße*, donde media sociedad vienesa parecía estar aquella noche. Rachel había llevado un vestido negro que apenas le llegaba a las rodillas, y cuando se inclinó hacia mí para preguntarme algo, el perfume de su piel me golpeó de lleno.

Aquel olor a coco. Dulce, cálido, imposible de ignorar.

Ese aroma se quedaba flotando en el dormitorio cada noche, mezclado con el de la madera del mobiliario. Cuando entraba después que ella, era como si el aire entero me gritara su nombre.

Bebí un trago más, y cerré los ojos.

—Si sigo así, no se me va a quitar el puto calentón en toda la noche… —murmuré.

Golpeé con suavidad el borde de la chimenea con los nudillos, tratando de que el contacto físico me anclara de nuevo a la realidad.

¿Qué demonios estaba haciendo? Contratar a una mujer para fingir que era mi novia había sido una locura desde el principio. Lukas había insistido en que era la única forma de que mi madre dejara de meter las narices en mi vida personal. “Solo un mes”, había dicho él. “Nada complicado. Fingís, tu madre se queda tranquila, y luego cada uno por su lado”.

Una mentira simple. Pero las mentiras nunca se mantenían simples cuando había una mujer como Rachel de por medio.

Si la hubiera conocido en otras circunstancias… Si no hubiera un contrato entre nosotros… Ya la habría tenido en mi cama. Y no durmiendo precisamente.

Pero había un maldito límite. Y yo era demasiado consciente de lo que significaba cruzarlo.

Suspiré y apoyé la frente un momento sobre el marco de la chimenea, dejando que el calor me rozara la piel. Mi cuerpo estaba tenso, mi mente saturada de imágenes que no debería tener.

Ella, tumbada bocarriba, el cabello extendido sobre la almohada. Ella, arqueando el cuerpo cuando la tocara. Ella, pronunciando mi nombre con esa voz rota que imaginaba en mis noches más insomnes.

—Maldita seas, Rachel… —susurré con una mezcla de deseo y frustración.

Di otro trago al whisky dejando que quemara. El fuego crepitó, iluminando la habitación con un tono anaranjado y cálido que contrastaba con la helada que se intuía tras las ventanas. Apreté la mandíbula.

Intenté pensar en otra cosa. En la empresa, en los informes que me esperaban en Boston, en las llamadas que tendría que hacer al día siguiente. Pero nada funcionaba. Cada pensamiento volvía a su rostro, a su voz, a la forma en que sus ojos verdes me miraban cuando creía que yo no la observaba.

Aquellos ojos… Había algo en ellos que me desarmaba por completo.

Me había acostumbrado a mantener a la gente a distancia. A no dejar que nadie entrara. Pero Rachel había atravesado mis defensas con una facilidad que rozaba lo humillante. No la invité, pero ella entró. No la busqué, pero ahora no sabía cómo apartarla.

Y lo peor era que, por primera vez en muchos años, no estaba seguro de querer hacerlo.

El reloj del salón marcó las dos menos cuarto. El hielo de la ventana reflejaba destellos del fuego. Me quedé quieto, apoyado en la chimenea, con el vaso en la mano y el corazón golpeándome contra el pecho con una fuerza que no tenía sentido.

Sabía que debía subir. Sabía que Rachel estaría ya dormida. Pero la idea de volver a entrar en ese dormitorio, de oír su respiración suave en la oscuridad, era una tortura que no estaba seguro de poder soportar esa noche.

Cerré los ojos y exhalé despacio.

Un mes. Eso era lo que habíamos acordado. Treinta y un días fingiendo ser una pareja perfecta ante mis padres y los conocidos de mi familia. Y ahora apenas llevaba una semana y ya me sentía al borde del colapso.

Era absurdo. Yo, Maximilian von Adler, un hombre que había construido una farmacéutica desde cero, que había sobrevivido a la presión de accionistas, medios y pérdidas millonarias… no podía manejar el simple hecho de dormir al lado de una mujer durante unas cuantas noches sin perder la cabeza.

El fuego chispeó. Me pasé la lengua por los labios secos y volví a beber. Si Lukas me viera ahora, se reiría en mi cara. Y con razón.

Había prometido mantenerlo todo bajo control. Profesional. Sin complicaciones. Y, sin embargo, allí estaba yo, medio borracho, excitado, y pensando en una mujer que no debía tocar.

La imagen de su cuerpo con aquel pijama gris de algodón, ese que se le pegaba un poco a las caderas cuando salía del baño, volvió a mi cabeza sin permiso. Podía imaginar cómo se vería debajo. Cómo se sentiría su piel contra la mía.

El calor me subió desde el pecho hasta el cuello.

—Basta —me ordené en voz baja.

Pero no bastaba. Nada bastaba.

Me incliné sobre la chimenea, dejando el vaso sobre la repisa de mármol. El fuego reflejaba el dorado del whisky y las sombras temblaban sobre la pared.

Si seguía allí mucho más tiempo, acabaría perdiendo completamente la cordura. Y, sin embargo, no me moví. El fuego era lo único que tenía sentido en aquel momento: cálido, peligroso, imposible de controlar. Exactamente como lo que sentía por ella.

Capítulo 19

Maximilian

Estaba tan perdido en mis propios pensamientos que no escuché los pasos hasta que estuvieron demasiado cerca.

El chasquido leve del suelo me hizo girar, y allí estaba ella.

Rachel. Cubierta por una manta gruesa que le caía sobre los hombros como una capa improvisada. Su cabello, suelto y despeinado, caía sobre la tela. Pero lo que más llamó mi atención fueron sus piernas desnudas, pálidas a la luz del fuego. Aquello bastó para que mi cuerpo reaccionara antes que mi cabeza.

Tragué saliva. No llevaba pijama. O al menos, no uno de los que solía ponerse. Intuí, con un golpe de deseo casi doloroso, que esa noche había decidido dormir con algo más ligero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz suave, un hilo entre la sorpresa y la curiosidad—. ¿No deberías estar durmiendo?

Me aclaré la garganta, intentando recuperar algo de compostura.

—Tenía trabajo que terminar en el despacho —dije, mintiendo a medias—. Acabé hace un rato. Necesitaba un trago.

Rachel avanzó un paso. El fuego dibujó reflejos anaranjados sobre su piel. Sonrió suavemente, con ese gesto pequeño que solía usar cuando estaba a punto de decir algo que sabía que me incomodaría.

—Sabes… no tienes que disimular conmigo —susurró—. Sé que me evitas.

Fruncí el ceño, aunque ella ya se había sonrojado antes de que pudiera responder. Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja y bajó la mirada. El gesto fue tan inocente, tan humano, que me quedé mirándola sin poder evitarlo.

Cuando sus ojos volvieron a los míos, el brillo del fuego se reflejaba en ellos, y por un momento sentí que me quedaba sin aire.

Rachel caminó hacia la chimenea, buscando calor.

—Podríamos probar a dormir separados si te resulta demasiado… —dijo, dejando la frase abierta.

—No —respondí demasiado rápido, demasiado tajante.

Ella se volvió para mirarme, y su expresión cambió: sorpresa primero, luego algo más suave, más curioso.

—No —repetí, bajando la voz—. No quiero eso.

El silencio que siguió fue tan denso que pude oír el crepitar del fuego y el latido de mi propio corazón.
Suspiré, rindiéndome.

—No te voy a mentir, Rachel. Eres una mujer atractiva. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias… —me pasé la mano por la nuca, buscando palabras que no sonaran como lo que realmente pensaba—. Ya habría intentado acostarme contigo.

Ella no se escandalizó. Al contrario, sonrió despacio, como si aquella sinceridad le resultara inesperadamente agradable.

—Me alegra saber que soy algo más que un “contrato”, señor von Adler —bromeó, aunque su voz tembló ligeramente.

Negué despacio.

—Precisamente por eso no quiero que esto… —hice un gesto vago entre los dos— …se interprete como algo comprado. No quiero que pienses que es un pago por sexo.

—No lo pensaría —dijo ella sin apartar la mirada—. Y si tengo que ser sincera… desde que me besaste, tampoco he podido dejar de pensar en eso.

Su confesión cayó sobre mí como un golpe seco. Durante unos segundos, el mundo pareció reducirse al sonido del fuego y a la forma en que sus labios se curvaron al pronunciar esas palabras.

No dije nada. No podía.

El vaso que aún tenía en la mano se convirtió en un estorbo; lo dejé sobre la repisa de la chimenea. Me acerqué despacio, sin apartar los ojos de los suyos. Cuando estuve lo bastante cerca, levanté una mano y le sujeté la barbilla con suavidad.

Ella levantó la vista hacia mí. Su respiración se volvió más rápida. Los segundos se dilataron. Podía sentir el calor de su cuerpo, el perfume de su piel, el leve temblor que la recorría.

Miré sus labios. Ella los mordió, como si intentara contener algo.

—Rachel… —susurré.

Y entonces dejé de pensar y la besé.

El primer contacto fue un estallido de todo lo que había estado conteniendo durante días. El beso se volvió intenso, hambriento, desesperado. Ella respondió con la misma urgencia, enredando los dedos en mi camisa, tirando de mí hacia ella.

El fuego ardía detrás de nosotros, y el aire parecía más denso, más caliente.

La manta cayó de sus hombros. La piel de sus brazos rozó la mía, y ese simple contacto fue suficiente para hacerme perder la poca cordura que me quedaba.

La besé con más fuerza, con la desesperación de alguien que había estado muriéndose de sed frente a un manantial. Mis manos recorrieron su espalda, su cintura, el contorno de su cuerpo. Cada movimiento era una confesión muda.

Rachel suspiró contra mis labios, y ese sonido me atravesó.

La guie hacia el sofá, sin romper el beso, y nos dejamos caer, sin prisa, sin distancia. El fuego iluminaba su rostro, y por un instante me quedé quieto, mirándola, intentando memorizar cada detalle: el temblor de su respiración, la manera en que me miraba, la piel sonrojada por el calor.

—Dime que pare —murmuré, con voz ronca.

—No quiero que pares —respondió, y eso fue todo lo que necesité oír.

La besé otra vez, más lento esta vez, con una ternura que no sabía que tenía. Mis dedos se enredaron en su cabello, su boca se abrió bajo la mía y el mundo comenzó a desaparecer a nuestro alrededor.

El fuego proyectaba sombras sobre nuestras pieles, y cada roce se sentía amplificado: la textura de su cuello bajo mis labios, la curva de su espalda bajo mis manos, el suspiro que escapó de ella cuando mis dedos rozaron el borde de su camisón.

No hacía falta más. El deseo, la tensión, la conexión, todo estaba allí, contenido en cada respiración, en cada mirada.

La habitación olía a madera quemada, a whisky y a coco.

En algún momento, ella se arqueó hacia mí, y nuestras respiraciones se mezclaron. En ese preciso instante, el tiempo dejó de existir.

Bajé los tirantes de su camisón mientras le besaba la clavícula, y no me detuve hasta que liberé sus pechos del confinamiento en el que los mantenía aquella suave tela. Llevé mis manos a ellos y los acaparé por completo. Eran grandes, pero mis manos lo eran mucho más. Gimió y noté cómo sus pezones se erizaban bajo las palmas de mis manos, su piel era suave y me llamaba a gritos.

Masajeé uno de sus pechos y pellizqué su pezón entre mis dedos mientras lamía el otro con la lengua y clavaba mis ojos en los suyos, deleitándome con el brillo del deseo que los había vuelto de un verde aún más intenso. Llevé aquel pezón a mi boca y succioné despacio, lamí y mordí a placer hasta que la escuché gemir y noté cómo sus dedos se entrelazaban en mi cabello.

Mi miembro dio un brinco bajo la tela de mi ropa y ella gimió de nuevo al sentirlo en su sexo. Me excité aún más cuando esa tentación hecha carne que tenía entre mis brazos comenzó a mover las caderas, rozando su sexo con el mío, provocándome aún más.

Le di las mismas atenciones con mi lengua y mis labios al otro pezón y llevé la mano entre sus piernas, rozando por encima de la tela de sus braguitas la humedad que me recibía en ese momento.

—Joder, Rachel, estás muy excitada —mi voz sonó ronca por el deseo que esa mujer me provocaba.

—Maximilian…

—Dime, preciosa.

—Tócame, por favor.

—Será un placer.

Aparté la tela de sus braguitas y deslicé el dedo entre sus labios vaginales, gimió mientras tiraba levemente de mi cabello para que abandonara su pezón y cuando la miré vi el deseo y la lujuria en estado puro. Rachel se lanzó a mis labios y nos besamos de un modo tan urgente y febril que se me olvidó por completo dónde estábamos.

Comencé a jugar con su clítoris, pellizcándolo y torturándolo con suaves círculos, hasta que ella comenzó a moverse sobre mi miembro y buscando más placer con esa fricción. Quería correrse, podía notarlo, así que le di a mi chica lo que tanto deseaba.

La penetré con dos dedos, fuerte y rápido, una y otra vez, y otra, sin parar, mientras seguía besándola y bebiéndome uno a uno todos sus gemidos.

Cuando su orgasmo se hizo aún más visible para mí, aumenté el ritmo y con el pulgar de la otra mano volví a juguetear con su clítoris hasta que estalló en mis brazos.

Se movía mientras el clímax la golpeaba con fuerza y gemía en mi boca, sin dejar de besarme, con ambas manos en mi cabello.

Cuando liberó aquel orgasmo que a mí me supo a poco, la recosté en el sofá y le quité las braguitas de un tirón, me acomodé entre sus piernas y hundí el rostro entre ellas para lamer su sexo y deleitarme con el resultado de su clímax. Lamía y mordía y ella movía las caderas buscando más, la penetré con el dedo y la llevé otro orgasmo.

En cuanto mi chica se corrió por segunda vez, me desabroché el pantalón, liberé mi miembro duro y erecto ante sus ojos vidriosos por los orgasmos y el deseo, y me adentré en ella con una embestida fuerte y profunda.

Rachel me rodeó con las piernas por las caderas y comenzamos a movernos al unísono, yo la penetraba y ella buscaba más. Más placer, más profundo, más fuerte y rápido, y yo se lo di.

La cogí en brazos y me senté con ella sobre mis piernas dejando que tomara el control por unos minutos, y joder, aquello fue demasiado para mí. El modo en el que se movía, cómo me miraba, cómo me besaba y me hacía suyo, me hizo perder por completo la cordura.

Esa noche no fue solo deseo. Fue necesidad. Fue reconocimiento. Fue la sensación abrumadora de saber que, después de eso, nada volvería a ser igual.

Cuando por fin nos detuvimos, ninguno de los dos habló. Rachel apoyó la frente contra mi cuello, respirando despacio. Yo cerré los ojos, intentando grabar en mi mente ese instante: el calor de su piel, el peso de su cuerpo sobre el mío, la paz extraña que me llenaba por dentro, mezclada con el fuego que aún ardía en mis venas.

La cubrí con la manta y la cogí en brazos sin decir una sola palabra. Ella no protestó. Se limitó a abrazarse a mí, con los ojos cerrados, mientras la llevaba por el pasillo.

Cada paso hacia la habitación se sentía como cruzar una línea invisible.

La dejé sobre la cama, sin apartar la vista de ella. El fuego del salón quedaba atrás, pero dentro de mí el incendio seguía.

Me incliné y la besé una última vez, despacio, con la suavidad de alguien que sabía que ya no había vuelta atrás.

Rachel me miró, con los labios aún temblorosos, y sonrió suavemente. No dijo nada. No hacía falta.

Mientras me tumbaba a su lado, con el corazón golpeando aún en el pecho, supe que había hecho justo lo que me había jurado no hacer.

Habíamos cruzado la línea. Y yo ya no quería volver atrás.

Capítulo 20

Rachel

Habían pasado dos días desde aquella noche. Dos días desde que el fuego del salón nos envolvió y Maximilian cruzó la línea que los dos fingíamos no ver.

Dos días en los que el mundo parecía haberse reducido a su piel, a su voz grave al pronunciar mi nombre, a las miradas que compartíamos cuando creíamos que nadie nos observaba.

Me desperté con la primera claridad filtrándose entre las cortinas. El aire olía a invierno, a leña y a ese perfume tenue de su colonia que ya asociaba con él.

Y entonces sentí su brazo rodeándome.

Su cuerpo, cálido, pegado al mío, y su respiración en mi cuello. Por un instante creí que seguía soñando, pero sus labios me rozaron la piel, despacio, justo debajo de la oreja, y supe que estaba muy despierta.

—Buenos días —susurró, con la voz ronca de recién levantado.

—Mmm… —Solo pude responder con un sonido que salió de mí antes de pensar.

Maximilian rio suavemente, una vibración grave que me recorrió de arriba abajo. Sus dedos, seguros, se deslizaron por mi cintura, recorriendo mi piel

con una calma engañosa.

El corazón me latía tan fuerte que casi me dolía.

Había algo diferente en él desde aquella noche. Menos contención, menos distancia. A veces, cuando me miraba, había una ternura inesperada bajo todo ese control que lo definía. Y cuando me tocaba… Dios, cuando me tocaba… era como si el resto del mundo desapareciera.

Su boca volvió a mi cuello, dejando un rastro de besos lentos que me arrancaron un suspiro. Giré el rostro y nuestras miradas se encontraron por encima del hombro. Sus ojos grises, medio dormidos, brillaban con un calor que reconocí al instante.

—Aún es temprano —dijo en apenas un murmullo.

—Lo sé… —respondí, sin apartar la vista de él.

Su mano me giró con suavidad hasta quedar de frente. El movimiento fue natural, inevitable. Nos quedamos así, tan cerca que podía contar sus pestañas, sentir el ritmo de su respiración chocar con la mía.

El silencio se volvió denso, cargado. Y entonces me besó.

Fue un beso lento al principio, como una caricia. Luego más profundo, más urgente. Mis dedos se aferraron a su camisa, la que aún llevaba desabrochada de la noche anterior, y el resto se desvaneció.

Cada roce de sus manos sobre mi piel encendía algo dentro de mí, una mezcla de deseo y ternura que no sabía cómo manejar. No había prisa, no había miedo, solo la sensación de que estábamos descubriendo algo que siempre había estado esperándonos.

El calor del momento se mezclaba con el frío del amanecer. Sus labios se movieron por mi cuello, mi clavícula, y sentí su respiración contra mi piel, su nombre en mis pensamientos, mis latidos confundidos con los suyos.

En un movimiento rápido se quitó la camisa y después el pantalón, me quitó la camiseta con la que había dormido y las braguitas, y no dudó en

acomodarse entre mis piernas y lamer mi sexo como si no hubiera un mañana.

Arqueé la espalda ante aquella deliciosa y tortuosa sensación, entrelazando los dedos en su cabello un instante antes de que su lengua, esa que jugaba a torturarme sin la más mínima culpa, comenzara a moverse aún más deprisa. Me agarré con fuerza a las sábanas y me olvidé del mundo. Comencé a gemir y gritar mientras seguía moviéndome en busca de más, hasta que dos dedos de Maximilian se unieron a aquel juego de placer y comenzó a penetrarme con un ritmo tan fuerte y frenético que me llevó al orgasmo en cuestión de segundos.

Ni tiempo me dio a recuperarme cuando me hizo girar sobre la cama hasta quedar bocabajo, separó mis piernas, elevó mis caderas y, de una profunda y fuerte embestida, me penetró, haciendo que un grito desgarrador por el placer saliera de mis labios.

Estuvo penetrándome desde atrás varios minutos mientras sus labios recorrían mi cuerpo con besos suaves. Y volvió a hacerme girar de manera que ambos quedamos frente a frente.

Cuando nuestros cuerpos se unieron, fue con una intensidad silenciosa, íntima, tan cercana que casi dolía. No fue una explosión, sino una corriente lenta, inevitable, que nos arrastró sin esfuerzo.

Sus manos me buscaban con cuidado, como si quisiera memorizarme; mis dedos siguieron el camino de su espalda, de su cuello, de su mandíbula. El aire se volvió espeso, lleno de suspiros y de un calor que venía de más adentro que el fuego de la chimenea de aquella primera noche.

Hubo un momento, justo antes de que nos alcanzara el clímax, en el que abrí los ojos y le vi mirándome con algo que no supe definir. No era solo deseo. Era algo más. Y eso me asustó un poco, aunque no aparté la vista.

Cuando todo se calmó, nos quedamos en silencio, aún entrelazados, respirando al mismo ritmo. Maximilian apoyó la frente en la mía y sonrió levemente. Yo le devolví la sonrisa, sin palabras.

El reloj marcaba las ocho cuando finalmente nos levantamos. La habitación olía a perfume, a leña y a nosotros.

Compartimos la ducha sin hablar mucho. El agua caliente caía sobre nuestras pieles, resbalando entre gestos cómplices y miradas que decían más que cualquier palabra. A veces él me lavaba el cabello, otras, me besaba la espalda, y yo no podía evitar reír. Había una naturalidad nueva entre los dos, una intimidad que aún me resultaba extraña, pero adictiva.

Cuando salimos, él se vistió con uno de sus trajes grises y yo escogí un jersey de lana color crema y unos vaqueros. Mientras me recogía el cabello, me di cuenta de que sonreía sin ser consciente de ello.

Maximilian me miró desde el espejo.

—¿De qué te ríes? —preguntó con curiosidad.

—De nada —dije, negando—. De todo, quizá.

Él se acercó y me rozó la mejilla con los labios.

—No tienes por qué disimular —murmuró—. Yo también me río por dentro.

No supe qué responder. Así que simplemente le seguí hacia el comedor.

La casa olía a café y a pan recién hecho. El sonido de los cubiertos y las voces suaves de Klara y Heinrich llenaban el ambiente.

—¡Buenos días, queridos! —dijo Klara en cuanto nos vio entrar—. Ya pensábamos que ibais a dormir hasta mediodía.

Noté cómo las mejillas se me encendían y deseé que la señora von Adler no fuera tan perceptiva como parecía.
Maximilian sonrió, impecable como siempre.

—Buenos días, mamá. Buenos días, papá.

—Buenos días, hijo. Rachel —saludó Heinrich, asintiendo con ese porte de aristócrata que nunca abandonaba—. ¿Has dormido bien?

“Dormir” no era exactamente la palabra, pero asentí.

—Sí, muy bien. Gracias.

Klara nos sirvió café mientras nos sentábamos. El desayuno fue más animado de lo que esperaba: Klara hablaba de un mercadillo navideño, Heinrich contaba anécdotas diplomáticas y Maximilian hacía comentarios sarcásticos que provocaban las carcajadas de su madre.

Por primera vez, me sentí parte de algo.

En mitad del desayuno, Klara mencionó una invitación.

—Nos han invitado a cenar esta noche en casa de los Kessler —dijo con entusiasmo—. Será una velada encantadora, y, por supuesto, os esperan a los dos.

Maximilian asintió sin entusiasmo.

—Claro que iremos, mamá.

Yo sonreí.

—Será un placer.

Tras el café, los padres de Maximilian salieron a hacer unas compras y él se escabulló para ir al despacho para ponerse al día con algunos correos. Y yo aproveché para escapar al invernadero, donde la luz del sol entraba a través del cristal empañado.

Saqué el móvil y marqué el número de Sophie. Contestó al segundo tono.

—¡Por fin! —dijo con su voz divertida al otro lado—. Llevas dos días desaparecida. ¿Qué pasa, estás secuestrada por tu jefe austríaco?

Me reí.

—No exactamente…

Hubo un silencio corto.

—Rachel Collins, te conozco. Cuéntame —exigió, y respiré hondo.

—Vale. Te lo digo porque si no lo hago, reviento.

—Adelante, confiesa —rio ella.

—Tuve sexo con Maximilian en el salón. Hace dos noches.

El grito que soltó fue tan alto que tuve que alejar el teléfono de la oreja.

—¡Lo sabía! —dijo, entre carcajadas—. Sabía que no podrías resistirte a ese dios austríaco.

Me llevé una mano a la cara, riéndome.

—Estás loca.

—Loca no. Lúcida. Vamos, Rachel, ¿cómo ibas a sobrevivir a eso? Te mandé allí a fingir, no a hacer voto de castidad.

—Sophie… —Empecé, pero ella no me dejó acabar.

—No me digas que te sientes culpable, porque si lo haces te cuelgo. Has tenido sexo con Maximilian von Adler. ¡Eso es para enmarcarlo! Aprovecha lo que te queda de mes, cariño, porque esos polvos no te los quita nadie en la vida.

No pude evitar reírme tan fuerte que las flores del invernadero temblaron con el eco.

—Eres imposible.

—Y tú, una afortunada —replicó ella—. Bueno, cambiemos de tema antes de que me dé envidia. Cuéntame cómo está yendo todo.

—Bien, la verdad. Por el momento, lo nuestro es creíble. Pero esta noche sin duda es la prueba de fuego. Nos han invitado a una cena en casa de unos amigos de sus padres.

—¿Y sabes ya qué vas a ponerte?

—Tengo varios vestidos —dije, recordando mentalmente lo que tenía en el armario—. Uno rojo burdeos de terciopelo, otro negro con un escote más discreto y uno azul marino que es sencillo, pero elegante.

—El azul marino sé cuál es. Ponte se. Sin duda. Es elegante y sensual a partes iguales —dictaminó sin dudar—. Es el tipo de vestido que dice "sé exactamente lo que valgo, pero no necesito gritarlo".

—¿Tú trabajas en moda o en derecho? —me burlé.

—Ambas cosas, cuando se trata de salvar tu vida social —rio—. Prométeme que te lo pondrás.

—Hecho.

—Y prométeme también que te vas a divertir. Y que vas a dejar de pensar que has hecho algo malo al acostarte con él. No lo has hecho.

Su tono se suavizó un poco al decirlo.

—Lo sé —murmuré—. Solo es que… es complicado.

—Todo lo bueno lo es —contestó Sophie, con esa sabiduría descarada que siempre tenía—. Ahora ve, disfruta de tu día, y mañana me cuentas todo.

—Trato hecho.

Nos despedimos entre risas. Guardé el móvil y me quedé mirando las flores que me rodeaban. El sol caía sobre los cristales, y por un momento todo pareció en calma.

Pero dentro de mí, el torbellino seguía.

Porque, por más que Sophie tuviera razón, yo sabía que, después de cruzar esa línea con Maximilian, ya no había vuelta atrás.

Capítulo 21

Maximilian

El reloj marcaba las siete y media cuando me abroché el último botón de la camisa. El reflejo en el espejo del vestidor me devolvió una imagen tan formal que casi me reconocí con desgana.

Traje azul oscuro, perfectamente planchado; camisa blanca; corbata azul marino anudada con precisión. Parecía el Maximilian von Adler que todo el mundo esperaba ver: el empresario controlado, impecable, inalterable.

Ajusté la corbata con un tirón leve, respirando hondo. Detrás de la puerta del baño se oía el suave murmullo del secador y el golpeteo rítmico de sus tacones sobre el suelo de mármol. Rachel llevaba dentro más de veinte minutos, y aun así sabía que el resultado iba a merecer cada segundo de espera.

Me observé un momento más, repasando con los dedos el nudo de la corbata. Quise convencerme de que esa noche sería fácil: una cena con los Kessler, unas cuantas conversaciones sociales, una sonrisa convincente. Nada complicado. Pero la verdad era que, desde hacía dos días, cada vez que Rachel me rozaba, el control se me desmoronaba en pedazos.

La puerta del baño se abrió. Y, como si mis pensamientos la hubieran convocado, apareció ella.

Por un segundo creí que el tiempo se detenía.

Rachel estaba… radiante. El vestido azul marino que había elegido se ajustaba a su figura con la elegancia precisa: el tejido caía con suavidad, abrazando sus curvas sin exhibirlas, dejando al descubierto los hombros y parte del cuello. El color realzaba el tono de su piel y hacía que sus ojos verdes parecieran más intensos. El cabello, suelto, le caía en ondas suaves sobre los hombros.

Tuve que tragar saliva.

—Estás… —Mi voz se rompió un poco antes de recomponerse—. Increíble.

Ella sonrió, ladeando ligeramente la cabeza.

—Tú tampoco estás mal, señor von Adler.

Di un paso hacia ella, incapaz de fingir indiferencia.

—Voy a tener que mantenerme cerca de ti toda la noche —dije en tono bajo—, o algún idiota intentará quitarme la novia.

Rachel soltó una risa suave, con esa mezcla de picardía y dulzura que me desarmaba.

—Eso sería imposible —susurró.

Fue todo lo que necesité para perder la poca distancia que quedaba y la besé.

Al principio fue un roce leve, un saludo disfrazado de caricia, pero en cuanto sentí su boca responder, el beso se volvió más profundo. Mis manos se movieron por instinto, rozando la curva de su pierna a través de la tela del vestido.

Rachel tembló ligeramente, y ese leve gemido, apenas audible, me encendió por completo. La sujeté por la cintura, acercándola más, hasta que no hubo aire entre nosotros.

—Max… —murmuró contra mis labios.

No podía parar. La levanté en brazos sin pensarlo y la llevé hasta el vestidor, empujando la puerta con el hombro. El perfume de su piel, el tacto del vestido, el sonido de su respiración… todo era una provocación que me dejaba sin defensa.

La apoyé suavemente contra la pared, sin dejar de besarla.

—No puedo evitarlo —susurré, con la voz rasgada por la necesidad—. Te deseo.

Rachel me miró, con las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada.

—No pares —dijo, y fue una orden tanto como una súplica.

El tiempo se detuvo. Cada beso era más urgente que el anterior, cada caricia más audaz, y sin embargo había una ternura en todo ello, como si ambos supiéramos que lo que compartíamos iba mucho más allá del deseo. El mundo se redujo a ese rincón, al sonido de su respiración y al latido de mi propio corazón desbocado.

Levanté la falda del vestido mientras acariciaba su pierna. Llevaba medias, pero no tardé en descubrir que estas llegaban solo a los muslos. Subí hasta encontrarme con la tela de su braguita y la hice a un lado, deslizando el dedo entre sus labios vaginales, haciéndola gemir en mi boca.

Me volvía loco; todo de ella me volvía loco. Jugué con su clítoris, lo pellizqué y la llevé al límite haciendo que se moviera en busca de más. Cuando la penetré con dos dedos para excitarla aún más y prepararla, me besó con más urgencia y necesidad antes de atrapar mi labio inferior con sus labios.

—Fóllame, Maximilian —me pidió en un susurro mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja, y por Dios que todo el autocontrol que tenía se fue a la mierda.

Desabroché mis pantalones, liberé mi miembro y embestí con fuerza y una precisión certera hasta quedar completamente dentro de ella. Rachel gimió, entrelazó los dedos en mi cabello y me atrajo hacia ella para devorar mis labios con esa misma urgencia que yo sentía.

Esta mujer era la pieza que encajaba a la perfección conmigo; ahora no tenía la más mínima duda.

Fue un encuentro rápido, contenido entre la necesidad y el vértigo, pero lleno de una intensidad que me dejó sin aliento. Cuando el silencio volvió, solo se oía el eco de nuestras respiraciones.

La ayudé a recomponerse con cuidado, alisándole el vestido con las manos. Ella me miró con una sonrisa temblorosa, los labios aún húmedos y las mejillas encendidas.

Apoyé una mano en su rostro, bajé la voz y dije:

—Eres perfecta.

Rachel bajó la mirada, pero su sonrisa se amplió.

—Llegaremos tarde a la cena… —susurró, aunque no se movió.

—Que esperen —contesté.

Nos quedamos así unos segundos más, respirando el uno frente al otro, hasta que la realidad nos obligó a separarnos.

Cuando ella volvió al baño a retocarse el pintalabios, yo me miré en el espejo del vestidor y casi no me reconocí. Había deseo en mis ojos, sí, pero también algo más. Algo más peligroso.

Suspiré, me pasé la mano por el cabello y murmuré para mí:

—Control, Maximilian. Control.

Sabía que esa noche, en cuanto saliéramos por la puerta, tendría que aparentar normalidad. Pero con Rachel vestida así y su perfume impregnado en mi piel, no iba a ser nada fácil.

Rachel y yo salimos finalmente de la habitación unos minutos después. Intenté que mi expresión no delatara lo que acababa de ocurrir en el vestidor,

pero el leve rubor de sus mejillas y la sonrisa que no conseguía borrar la traicionaban tanto como a mí.

Al bajar las escaleras, el sonido de las voces en el vestíbulo nos devolvió a la realidad. Mis padres nos esperaban junto a la puerta principal, elegantemente vestidos. Mi madre, radiante como siempre, nos recibió con una sonrisa amplia.

—Oh, miraos —dijo, con ese tono que mezclaba orgullo y cariño—. Estáis absolutamente deslumbrantes.

Mi padre asintió, observando a Rachel con una mirada de aprobación sincera.

—Estás preciosa, Rachel —comentó—. Vas a hacer que muchos envidien a mi hijo esta noche.

Rachel sonrió, algo sonrojada.

—Gracias, Heinrich.

Yo apenas pude añadir nada; seguía atrapado en la imagen de ella. La luz del vestíbulo hacía brillar el tono azul del vestido y el movimiento de su cabello cuando giraba la cabeza. Era imposible apartar la vista.

Salimos de casa hacia el coche. La noche vienesa estaba limpia, el aire olía a invierno y las luces de las farolas se reflejaban en la escarcha del camino. Le abrí la puerta trasera a mis padres y luego la delantera a Rachel, que me regaló una sonrisa traviesa al subir.

Conduje durante unos veinte minutos, en silencio casi todo el trayecto. De vez en cuando nuestras miradas se cruzaban y no hacía falta decir nada; el recuerdo de lo que había ocurrido hacía menos de una hora seguía ardiendo entre nosotros.

La casa de los Kessler apareció al final de una avenida flanqueada por árboles desnudos. Era una mansión antigua, con un jardín cubierto de luces y una hilera de coches de lujo aparcados frente al portón.

Rachel observó la fachada mientras yo aparcaba.

—Esto parece sacado de una película —murmuró.

—Los Kessler no saben hacer nada a medias —respondí con una media sonrisa, bajando del coche.

Le ofrecí mi brazo al entrar. Su mano se apoyó en la mía, cálida y firme, como si ese simple gesto bastara para reafirmar nuestra complicidad.

Un mayordomo nos recibió y nos condujo al interior. El salón principal estaba iluminado con lámparas doradas y decorado con elegancia navideña: velas, guirnaldas y el aroma del vino caliente flotando en el aire.

Los anfitriones, Friedrich y Helene Kessler, se acercaron enseguida.

—¡Maximilian! —exclamó Helene con entusiasmo al verme y me abrazó —. Y esta debe ser Rachel.

—Encantada —respondió Rachel con esa naturalidad que tenía para caer bien a todo el mundo.

Helene la observó con admiración.

—Eres aún más guapa de lo que me había contado Klara. No me extraña que Maximilian esté tan… —Me miró de reojo con una sonrisa divertida—, encantado últimamente.

Mi madre soltó una risa cómplice.

—Te dije que era la mujer adecuada —añadió en voz alta.

Rachel se ruborizó un poco, pero se lo tomó con humor. Su risa ligera llenó el espacio como una melodía cálida, y yo noté cómo mi pecho se expandía de orgullo.

Durante la primera media hora fuimos saludando a varios grupos de amigos de mis padres: empresarios, antiguos diplomáticos, esposas elegantes. Todos parecían encantados con Rachel.

—Es una mujer preciosa —escuché decir a una de las invitadas a mi madre, sin molestarse en bajar la voz—. Y con ese porte… el joven von Adler ha sido cazado al fin.

Otra mujer rio, divertida.

—Las madres de las solteras del club estarán tirándose de los pelos.

Rachel se giró hacia mí con una sonrisa ladeada.

—Parece que eres el trofeo de la noche —susurró, divertida.

—Si tú lo dices —contesté, inclinándome hacia su oído—. Aunque te advierto que solo me dejo ganar por una persona.

Ella arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Sí —le susurré, tan cerca que mis labios rozaron su piel—. Y está justo a mi lado, con un vestido azul que me está haciendo perder la cabeza.

La sentí estremecerse, un movimiento leve que solo yo percibí. Su respiración cambió tan solo un segundo, y tuve que obligarme a no sonreír de satisfacción.

La cena se sirvió en una sala enorme con una mesa decorada con candelabros y cristalería antigua. Rachel se sentó a mi lado, y cada vez que hablaba con alguien, cada vez que reía o se inclinaba para escuchar, mi mano encontraba su espalda.

Era un contacto casi invisible, apenas una caricia en la curva de su cintura, pero para mí era una necesidad. No podía dejar de tocarla. El calor de su piel bajo la tela del vestido, el roce sutil que ella no evitaba, me mantenía anclado a algo que iba más allá de la cortesía.

Entre plato y plato, nuestras miradas se cruzaban. Había en sus ojos un brillo que reconocía: deseo, complicidad, una promesa muda.

En uno de esos momentos, me incliné hacia ella para poder hablarle al oído, porque en ese momento mis palabras no eran para el resto.

—Esta noche —susurré— voy a hacerte gemir hasta que te quedes sin voz.

Rachel contuvo el aliento. Vi cómo su mano se aferraba al borde de la servilleta y cómo el rubor subía por su cuello. No respondió, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos, supe que lo había entendido todo.

El resto de la velada tras la cena transcurrió entre conversaciones agradables, música suave y risas. Rachel brillaba, y no solo por su belleza. Su inteligencia, su humor, su manera de escuchar y responder con esa mezcla de encanto y autenticidad… todo en ella fascinaba.

En un momento, Helene Kessler se acercó a mí con una copa en la mano.

—Has tenido suerte, Maximilian —dijo, mirando a Rachel desde la distancia—. Esa mujer te cambia la expresión.

—Sí —respondí sin dudar—. Lo sé.

Y era cierto. Rachel me cambiaba.

Cuando el reloj marcó las once, los invitados empezaron a despedirse. Mis padres subieron al coche y, antes de subir yo, miré a Rachel. Ella tenía esa sonrisa suya, leve, cómplice, como si compartiéramos un secreto que el resto del mundo jamás entendería.

Mientras conducía de regreso a casa, su mano se deslizó sobre la mía en el cambio de marchas.

—Ha sido una noche perfecta —susurró, y eché un vistazo por el retrovisor para comprobar que mis padres estaban hablando y riendo sin prestarnos atención, o eso quería pensar porque con mi madre uno nunca sabía.

—No ha terminado todavía —contesté, sin apartar la vista de la carretera.

Rachel sonrió.

—Eso suena a amenaza.

—A promesa —corregí.

Y cuando aparqué frente a la casa, ambos sabíamos que la velada apenas acababa de empezar.

Capítulo 22

Rachel

El aire de la noche era tan frío que al salir del coche sentí cómo se me erizaba la piel, pero en cuanto Maximilian cerró la puerta tras de mí, el calor volvió. Quizás no por la calefacción del vestíbulo, sino por la forma en la que me miraba.

Nadie más en el mundo me había mirado así. Era una mezcla de deseo y ternura, como si cada vez que posaba los ojos en mí luchara entre querer protegerme y querer devorarme.

—Buenas noches, queridos —dijo Klara, despidiéndose de nosotros con un par de besos en las mejillas—. Que descanséis.

—Igualmente, mamá —contestó Maximilian, y nos quedamos los dos ahí parados viéndolos marchar.

Hasta que nos quedamos completamente solos.

—Ha sido una noche larga —dije, intentando romper el silencio que pesaba entre los dos.

—Sí —contestó, quitándose la chaqueta con un gesto tranquilo que no engañaba a nadie—. Demasiado larga.

Me reí suavemente, mientras me quitaba los zapatos de tacón. Mis pies lo agradecieron con un suspiro silencioso. Maximilian se acercó despacio, sin

apartar la mirada. Podía oír su respiración, lenta pero tensa, como si todo su cuerpo estuviera conteniéndose.

—¿Sabes lo que más he odiado de esta cena? —me preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza, aunque intuía la respuesta.

—No poder tocarte.

Su confesión me recorrió la piel como una corriente eléctrica.

—Me has tocado todo el tiempo —susurré, recordando su mano en mi espalda durante la cena.

—No lo suficiente.

El silencio volvió, cargado de un magnetismo que casi dolía. Dio un paso hacia mí. Luego otro. Y cuando estuvo tan cerca que sentí su calor, me sostuvo el rostro con una mano y me besó.

El beso no fue suave ni cortés; fue urgente, necesitado, lleno de todo lo que habíamos tenido que fingir durante horas. Respondí sin pensar, buscando su boca, su aliento, su cuerpo.

Me levantó por la cintura y, antes de que pudiera reaccionar, me llevó hasta el salón. La chimenea estaba encendida, la misma en la que había empezado todo hacía unos días.

Me dejó sobre la alfombra y se quedó frente a mí. Sus dedos recorrieron la línea de mi cuello, el borde del vestido, la piel desnuda de mis hombros. No hacía falta que dijera nada. Todo estaba en su mirada.

Yo también le toqué la cara, el cabello, el nudo de la corbata que aún llevaba puesta. Me encantaba verlo así: tan elegante, tan controlado y, sin embargo, tan a punto de perderse conmigo.

—Max… —murmuré, sin saber si le pedía que siguiera o que se detuviera.

—No me pidas que pare —susurró contra mi oído.

Y no lo hice. Simplemente cerré los ojos y me rendí a lo que sentía.

Continuó besándome despacio, bajando desde mi cuello y el hombro, deslizando con ambas manos el vestido por mis brazos. Cuando liberó mis pechos, sus labios fueron directos hacia ellos. Lamió un pezón, después el otro. Lo mordisqueó y volvió a lamerlo mientras con una mano masajeaba el otro pecho y endurecía el pezón entre sus dedos, y con la otra iba subiendo lentamente la falda del vestido hasta que sentí su mano entre mis piernas.

Gemí agarrándome a sus hombros y dejé caer la cabeza hacia atrás cuando deslizó el dedo entre mis labios vaginales. El modo en el que Maximilian me tocaba me hacía perder la cordura, me hacía olvidarme de dónde estábamos en ese momento y de que, si alguno de sus padres bajara, podría encontrarnos allí en esa posición tan poco decorosa.

Comenzó a penetrarme con el dedo mientras lamía y pellizcaba mis pezones, y eso fue suficiente para que mi cuerpo se moviera solo. Mis caderas buscaban su mano y un escalofrío por el placer me recorrió de pies a cabeza.

Sin dejar de penetrarme con sus hábiles y provocativos dedos, comenzó a arrodillarse mientras dejaba un camino de suaves y breves besos por mi cuerpo. Cuando se quedó de rodillas frente a mí, retiró la mano de entre mis piernas y gemí en protesta. Maximilian sonrió con picardía mientras me miraba fijamente a los ojos y vi en ellos ese deseo que también sabía que desprendían los míos.

Bajó el vestido hasta que me lo quitó, dejándome tan solo con el tanga mal puesto y las medias. Me besó el vientre y noté las yemas de sus dedos en el muslo; no tardé en ser consciente de que me iba a quitar las medias. Tras ellas, lo siguiente que me quitó fue el tanga y me dejó completamente desnuda en el salón de casa de sus padres.

Me observaba con deseo y lujuria, con hambre, y con algo más que no me atrevía ni a pensar en qué podía ser. Separó mis piernas, volvió a besarme el vientre y siguió besando hasta que sentí el calor de su aliento en mi sexo húmedo y excitado.

Sin apartar la mirada de la mía, Maximilian hundió el rostro entre mis piernas y comenzó a lamer mi sexo despacio, con esa lengua que me torturaba

sin pudor alguno y me llevaba al borde de la locura.

—Oh, por Dios, Maximilian —jadeé.

—Me encanta ver cómo te excitas —dijo mientras deslizaba dos dedos en el interior de mi vagina, penetrándome hasta el fondo, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza y que tuviera que apoyar mis manos en sus hombros.

Volvió a lamer mi clítoris con movimientos rápidos y precisos de su lengua mientras me penetraba y no se detuvo hasta que me corrí con más fuerza de la que jamás pensé que lo haría.

Cuando liberé por completo aquel intenso orgasmo, Maximilian se deshizo de la corbata y la camisa, me cogió en brazos y se sentó conmigo sobre sus piernas. Asaltó mis labios en un beso urgente y necesitado mientras se desabrochaba el pantalón, y cuando su miembro quedó libre me sostuvo por las caderas acercándome a él para penetrarme.

Ambos jadeamos en la boca del otro cuando sentimos el contacto, y como si lleváramos toda la vida haciendo aquello, comenzamos a movernos al unísono, él penetrándome con fuerza y yo buscando más placer para mí y para él.

Fue un encuentro lento y contenido al principio, como si ambos quisiéramos prolongar cada segundo. Cada roce, cada caricia tenía intención; era un idioma nuevo que estábamos aprendiendo juntos. El fuego iluminaba su piel, y su voz, grave y ronca, temblando a veces, llenaba todo el espacio cuando me susurraba al oído, haciendo que me estremeciera.

Una fuerte y profunda embestida bastó para que los dos nos dejáramos llevar y alcanzáramos el clímax, gimiendo en los labios del otro, amortiguando el sonido para que no pudieran escuchar lo que habíamos hecho en aquel sofá.

Maximilian me besó como si el mundo fuera a desaparecer y solo quedáramos nosotros dos. El calor, el ritmo, la respiración entrecortada… todo se mezclaba en una danza que no necesitaba palabras.

Cuando el silencio regresó, me encontré entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho. Podía sentir su corazón latiendo, fuerte, regular, como si marcara el compás de algo que ni él ni yo queríamos romper.

—No debería haber pasado nada de esto —murmuré, con apenas un hilo de voz.

Él me acarició el cabello, sin responder al principio.

—Tal vez no —dijo al fin—, pero no pienso arrepentirme.

Levanté la cabeza para mirarle. Sus ojos grises tenían ese brillo cálido que siempre aparecía después, cuando la fachada del hombre de negocios se desmoronaba y quedaba solo él: el Maximilian real.

—Eres imposible —dije sonriendo.

—Y tú una tentación demasiado peligrosa para mí.

Nos reímos los dos, bajito, todavía abrazados. El fuego seguía crepitando, y por primera vez en mucho tiempo, sentí paz. No solo deseo, ni pasión, ni la emoción de lo prohibido. Solo paz.

Cerré los ojos y dejé que el silencio nos envolviera. Quizás al día siguiente todo volvería a complicarse, pero esa noche, al menos, todo era sencillo. Él y yo. Nada más.

Tras un último beso en la sien, Maximilian me dejó en el sofá mientras recogía nuestra ropa y mis zapatos. Después me cogió en brazos y sonreí sin poder evitarlo mientras me llevaba a su habitación.

Una vez allí me recostó en la cama, se terminó de desnudar y se acomodó a mi lado. Volvió a besarme y de manera inevitable volvimos a dejarnos llevar por el momento y acabamos enredados de nuevo en otro momento tan intenso como apasionado.

Cuando llegó la calma, me abrazó desde atrás y no tardé en escuchar el sonido pausado de su respiración mientras su aliento rozaba mi cuello.

Tiempo después, yo seguía sin poder dormir.

Me giraba y me revolvía entre las sábanas, pero mi mente estaba demasiado ocupada recordando todo lo que había pasado en los últimos días. Cada roce, cada beso, cada instante de fuego compartido con Maximilian seguía ardiendo en mi memoria como si no hubiera pasado ni un segundo desde aquel primer contacto frente a la chimenea.

Me incorporé despacio, temerosa de hacer ruido, y me cubrí con la manta que había dejado sobre la silla. Cada fibra de tela me abrazaba, pero no lograba calmar el calor que me recorría de pies a cabeza. Mi corazón latía con fuerza y cada pensamiento sobre él me hacía estremecer.

Sin saber exactamente por qué, me dirigí a la biblioteca. La casa estaba en silencio absoluto; solo el leve crujido de la madera bajo mis pies me acompañaba. Cogí el libro que más curiosidad me había despertado al llegar, *Libro de las horas*, de Rainer Maria Rilke, y sonreí al ver aquellas páginas subrayadas con lápiz por el padre de Maximilian.

Leí un poema que hablaba de un amor intenso, imposible de contener, que quemaba por dentro y que convertía cada instante en eternidad. Sentí un escalofrío recorrerme, porque cada palabra parecía escrita para describir lo que estaba sintiendo con Maximilian.

Pasé a otro en el que las metáforas de la distancia y del deseo me hicieron pensar en su mirada, en la forma en que sus ojos grises me atrapaban, incluso cuando intentaba mantener la compostura. Cada línea parecía reflejar la lucha silenciosa que ambos sosteníamos entre la pasión y la razón, entre el contrato que nos obligaba a contenernos y lo que inevitablemente nos consumía.

Cerré el libro un momento, dejando que sus palabras se quedaran flotando en el aire. Cogí el móvil que había llevado conmigo y, casi sin pensar, escribí un mensaje a Sophie.

Rachel: *Sophie… creo que me estoy enamorando de él.*

Lo envié antes de poder arrepentirme. El pitido de confirmación del mensaje resonó como un eco en la habitación vacía. Dejé el móvil sobre el sofá, pero no pude apartar la mente de él.

Pensé en cómo me hacía sentir. El calor que irradiaba cada vez que estaba cerca, cómo su presencia podía encenderme con solo mirarme, cómo sus manos y sus labios tenían un efecto que ni yo ni él podíamos controlar del todo. Cada gesto suyo parecía contener una promesa silenciosa, y yo no podía evitar desear que esa promesa fuera real.

Me dejé caer en el sofá, envuelta en la manta, con el libro aún apoyado en mis piernas. Miré al vacío, pero en realidad veía a Maximilian. Su mirada intensa, su voz grave, la forma en que se movía con esa seguridad que parecía hecha a medida para mí y, sobre todo, cómo el deseo entre nosotros era real e inevitable, como si el aire mismo nos empujara el uno hacia el otro.

Sentí una mezcla de miedo y anticipación. Miedo de admitir lo que estaba pasando, de perderme en algo que quizás no debía, y anticipación por cada instante que podría compartir con él. No podía dejar de pensar en sus manos sobre mí, en la suavidad de su piel, en cómo me abrazaba y me hacía sentir protegida y deseada al mismo tiempo.

El fuego del salón, la ropa arrugada, los besos furtivos… todo se mezclaba en mi mente y me daba cuenta de lo imposible que sería ignorarlo. Y, sin darme cuenta, sonreí. Estaba completamente atrapada, y no quería salir de esa prisión de deseo y ternura en la que Maximilian me tenía.

Allí me quedé, en la penumbra, envuelta en la manta, leyendo y pensando, mientras cada palabra de Rilke y cada recuerdo de su cercanía me consumían con dulzura y con fuego.

Capítulo 23

Maximilian

Habían pasado diez días desde la cena en casa de los Kessler, y aún podía verla. Rachel, de pie junto a mí, con aquel vestido azul marino que la hacía lucir perfecta, como si lo hubiera elegido sabiendo que verla así iba a hacer que fuera imposible que no pensara en ella.

Era imposible olvidar la manera en que todos la miraban aquella noche, los hombres con un deseo apenas disimulado, y las mujeres… bueno, ellas con esa mezcla de envidia y cálculo que solo sabían proyectar quienes llevaban toda una vida en esos círculos sociales donde cada gesto era una moneda.

Yo lo vi todo. Lo vi desde el momento en que entré de su mano en aquel salón lleno de murmullos, copas de champán y sonrisas tensas. No era solo que Rachel estuviera preciosa, lo cual era una obviedad, sino que había algo en ella que no podía fingirse: una naturalidad que desarmaba. No se mostraba como una mujer que quisiera impresionar a nadie. No necesitaba hacerlo.

Sonreía al recordar la manera en que mi madre la observaba, al principio con una cautela que casi rozaba la sospecha, temerosa porque no encajara. Pero bastaron diez minutos de conversación para que Rachel hiciera reír a más de uno. Diez minutos para que todos olvidaran que aquella mujer, la que decía ser mi novia, no pertenecía a ese mundo de apellidos viejos y sonrisas calculadas.

Yo, que me había preparado para una velada incómoda, me encontré disfrutando del espectáculo. Ella se movía entre los invitados con una gracia que no era estudiada. Sabía escuchar, sabía bromear, sabía cuándo apartarse a tiempo y cuándo mirar a alguien directamente a los ojos hasta obligarle a sincerarse. Esa noche, incluso mis conocidos más escépticos la miraban con un respeto nuevo.

Pero lo que más recuerdo no fue lo que los demás vieron. Fue lo que yo sentí.

Hubo un momento en el que un tipo, el hijo del embajador, se atrevió a sostenerle la mirada demasiado tiempo. Era la clase de mirada que un hombre lanzaba cuando creía tener derecho a todo lo que deseaba. Rachel, lejos de incomodarse, sonrió con elegancia, le dio la mano y se volvió hacia mí con esa leve inclinación de cabeza que significaba "te he visto, y te pertenezco solo en apariencia, pero no lo olvides". En ese instante sentí un calor inesperado en el pecho, una mezcla de orgullo y posesión.

No tenía derecho a sentir aquello. Rachel no era mía. O al menos, no de la forma en que deseaba que lo fuera. Y, sin embargo, cuando volvimos a casa aquella noche, no fui capaz de mantenerme en mi papel.

Mis padres dormían. O eso esperaba. Y Rachel no dudó en dejarse llevar hasta el salón. No hubo palabra que pudiera frenar lo que vino después.

No fue solo deseo, al menos aquella vez no. Hubo algo más. Algo que se coló entre los besos, en la manera en que me dijo mi nombre con voz temblorosa, en cómo se aferró a mí como si el mundo fuera a desmoronarse si la soltaba.

Desde entonces, no había podido quitármela de la cabeza.

Durante estos diez días había intentado convencerme de que todo seguía igual, que nuestra relación era puramente profesional, que aquel contrato tenía una fecha de caducidad. Pero cada vez que la veía caminar por la habitación con una de mis camisas, cada vez que la oía reírse por algo absurdo en la cocina, o cuando me pedía que la dejara leer tranquila… me daba cuenta de que estaba perdido.

Rachel se había convertido en algo más que una distracción temporal. Era aire. Necesario, peligroso, vital.

Intenté centrarme en el trabajo. En los informes, en las reuniones, en la presión de los nuevos ensayos clínicos del medicamento que estábamos desarrollando en *Adler Biotech*. Pero ni siquiera eso conseguía distraerme lo suficiente.

El móvil vibró sobre el escritorio, y vi el nombre de Lukas parpadeando en la pantalla.

—Dime, Lukas —contesté, agradeciendo la distracción.

—¿Listo para salvar el mundo con otra ronda de reuniones infernales? —su voz sonaba como siempre, entre la ironía y el optimismo cansado.

—Si por "salvar el mundo" te refieres a convencer a un grupo de inversores de que no retrasen la financiación otros dos meses, entonces sí, completamente preparado.

—Perfecto. Quería hablarte de eso. He revisado los informes del equipo de Viena y parece que el compuesto experimental con el nuevo vector viral está funcionando mejor de lo esperado. Pero vamos a necesitar una ampliación de recursos antes de fin de mes.

—Lo suponía —respondí, frotándome el puente de la nariz—. Prepara una reunión con el comité financiero para el lunes.

Hubo un breve silencio, y su tono cambió, volviéndose más relajado.

—Y dime… ¿Cómo va todo con tu novia?

Solté un leve resoplido, inclinándome hacia atrás en la silla.

—Sabía que esa pregunta iba a llegar.

—Por supuesto que iba a llegar. Soy tu mejor amigo, y no me cuentas nada. He visto algunas fotos de las cenas a las que habéis asistido. Se os ve como la pareja perfecta.

—Te aseguro que fue más incómodo de lo que parece.

—Ah, ¿sí? —dijo con tono divertido—. No sé, en las fotos parecías bastante… satisfecho.

No respondí. Tenía la costumbre de pensar demasiado antes de abrir la boca.

—Lukas —dije al fin—, hay algo que no te he contado.

—Vaya, eso suena a confesión peligrosa.

—Cruzamos la línea.

Hubo un silencio al otro lado. Luego, su voz bajó medio tono.

—¿Pero la línea de fuego?

—Sí.

—Hostia.

Lo imaginé reclinándose en su silla, frotándose la cara con una mano.

—¿Cuándo? —curioseó.

—Hace unos días. Bueno, en realidad… —Solté una risa amarga—, desde esa noche no hemos dejado de hacerlo.

—No me jodas, Max. —Su carcajada sonó sincera—. Sabía que algo así iba a pasar. Esa mujer está buenísima, y tú llevas demasiado tiempo reprimiéndote.

—No hables así de ella.

El tono de mi voz salió más cortante de lo que pretendía.

—Vale, vale. Relájate, amigo —dijo, aunque noté cómo su tono cambiaba, volviéndose más serio ahora—. A ver, no te pongas a la defensiva. Lo que

quiero decir es que, si ha pasado, es porque hay algo más que físico. Te conozco. No eres de los que mezclan negocios y placer.

—Fue un error.

—No parece que te arrepientas mucho.

No respondí. Pero tenía claro que no me arrepentía, o al menos eso me decía a mí mismo.

—Max —continuó él, suspirando—, si te preocupa el contrato, dale un plus. Al fin y al cabo, si el acuerdo incluía solo fingir ser tu pareja y la cosa ha ido más allá, no pasa nada por compensarla.

—No digas estupideces —le corté, molesto—. No la voy a tratar como si fuera una prostituta.

El silencio que siguió fue espeso.

—Vale —murmuró Lukas finalmente—. Por el tono que acabas de usar, diría que no es solo una cuestión de dinero.

—Rachel es… —Me detuve, buscando las palabras adecuadas—. Mucho más que eso.

Se hizo un silencio incómodo entre los dos. Ambos sabíamos lo que esa frase implicaba. Lukas fue el primero en romperlo.

—Sin hacer más sangre, y sin que me mandes al infierno, ¿puedo preguntar algo?

—Depende.

—¿Te estás enamorando, Max?

La pregunta quedó flotando en el aire, como una amenaza. No supe qué responder. Había evitado pensarlo hasta ese instante, pero las palabras de Lukas hicieron que todo encajara con una claridad que me resultó casi insoportable.

Enamorarme. Yo. Después de tantos años repitiéndome que el amor era una trampa, una distracción innecesaria, una pérdida de control.

Cerré los ojos, apoyando los codos en el escritorio, sintiendo un nudo en la garganta.

—No lo sé —murmuré finalmente, más para mí que para él.

Lukas no insistió. Escuché su respiración al otro lado del teléfono, tranquila y paciente.

—Piénsalo, Max —dijo con suavidad—. Porque si lo estás, y no haces nada, puede que sea demasiado tarde cuando te des cuenta.

Y colgó.

Me quedé mirando la pantalla del móvil durante varios minutos, intentando ordenar mis pensamientos. Fuera, la tarde se deslizaba hacia el anochecer. Las luces de la ciudad empezaban a encenderse una a una, como si el mundo no tuviera intención de detenerse por mis dudas.

Pero yo sí me detuve.

Pensé en Rachel. En cómo dormía, hecha un ovillo, robando la mitad de las sábanas. En su risa cuando se burlaba de mi obsesión por el orden. En su manera de mirarme justo antes de besarme, como si quisiera grabar en la memoria cada detalle de mi rostro.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me asusté.

Porque Lukas tenía razón. Lo nuestro tenía una fecha de caducidad. Y, sin embargo, yo ya no sabía cómo vivir sin ella.

Capítulo 24

Maximilian

No sabía decir cuánto tiempo estuve allí, mirando la ciudad desde el ventanal del despacho, con el teléfono todavía en la mano. Las luces iluminaban la noche en la ciudad y en el cristal se reflejaba mi propio rostro, con una expresión que no recordaba haber visto antes. Era la de un hombre confundido, vulnerable. Algo que nunca me había permitido ser.

Me repetí una y otra vez que Lukas exageraba, que aquello no era amor, que simplemente había perdido la cabeza durante unos días. Pero en el fondo sabía que era mentira. No podía llamarse solo deseo cuando bastaba con pensar en ella para que todo lo demás, los contratos, las cifras o los comités de inversores, perdiera importancia.

Apreté la mandíbula, intentando no dejarme llevar por esa idea. Todo tenía un límite. Rachel no era más que un acuerdo temporal. Una ficción que pronto llegaría a su fin. Tenía que recordarlo.

El sonido de golpes en la puerta me sacó de mis pensamientos. Giré la cabeza hacia la puerta con una mueca de fastidio. No tardó en abrirse y vi a mi madre.

—¿Puedo pasar, cariño? —preguntó con esa sonrisa suya tan llena de educación como de autoridad.

—Claro, mamá. Pasa —contesté.

Venía impecablemente vestida, como siempre. A pesar de los años, conservaba esa elegancia vienesa que convertía cada uno de sus movimientos en algo casi coreografiado.

—No interrumpo nada importante, ¿verdad? —preguntó mientras se sentaba frente a mi escritorio.

—Nada que no pueda esperar —mentí.

—Perfecto —dijo, y sonrió—. En realidad, he venido a hablarte de Rachel.

El nombre resonó en el aire y sentí una punzada en el pecho.

—¿De Rachel? —repetí, intentando mantener el tono neutro.

—Sí. —Su sonrisa se ensanchó con un brillo que no recordaba haberle visto en años—. He estado pensando mucho en ella desde la cena de los Kessler. Todo el mundo coincide en que fue encantadora.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. —Levantó un dedo, con esa mezcla de dulzura y firmeza que solo una madre podía usar sin resultar irritante—. No te imaginas cuántos comentarios he recibido estos días. Las señoras del club, los Kessler, los Reiner… todos dicen lo mismo: que por fin has encontrado a alguien que te hace bien.

—Mamá, no…

—Déjame terminar, Maximilian. —Me interrumpió sin alterarse—. Sé lo que vas a decir: que es pronto, que no debería hacerme ilusiones, que esto puede no ser tan serio. Pero no soy ciega.

Guardé silencio. Ella se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando las manos sobre el escritorio.

—Rachel es distinta. Lo noté desde el primer momento. Tiene una luz… —buscó la palabra—, sí, una luz que no había visto en ninguna de esas mujeres que intentaron atraparte antes. Y no me refiero solo a su belleza,

aunque la tiene. Es algo en su forma de mirarte, en cómo se comporta cuando estás cerca.

Me tensé.

—No creo que…

—Yo sí lo creo —me cortó otra vez, con suavidad—. Está enamorada de ti, hijo.

Su frase cayó como un golpe seco. Me quedé mirándola, sin poder decir nada. Ella continuó, como si no notara mi incomodidad.

—Lo veo en su rostro. Se sonroja cada vez que te mira, sonríe cuando cree que nadie la observa. Y cuando le rozas la mano, parece que el mundo se detiene para ella.

Yo había notado todo eso. Cada detalle. Pero escucharlo de labios de mi madre lo hacía más real, más peligroso.

—Mamá… —murmuré, pasándome una mano por el pelo—, no deberías interpretar tanto las cosas. Rachel y yo… lo nuestro es complicado.

—¿Complicado? —repitió arqueando una ceja—. ¿Qué puede haber de complicado en que dos personas se quieran?

No pude evitar reír, aunque fue una risa amarga.

—Sabes perfectamente que no se trata solo de eso.

—Ah, claro, el control. —Su voz sonó cargada de ternura, pero también de reproche—. Siempre necesitas tenerlo todo bajo control, incluso tus sentimientos.

Me crucé de brazos, apoyándome contra el borde del escritorio.

—No me hables como si fuera un adolescente confundido.

—No lo hago —dijo con calma—. Te hablo como una madre que ha visto cómo su hijo se encerraba tras una muralla desde que Isabella te rompió el corazón.

El nombre me dolió como una vieja cicatriz que de pronto volvía a sangrar.

Isabella. Habían pasado años desde que la dejé, desde que descubrí que lo nuestro no era amor, sino conveniencia, una ilusión de estabilidad que se desmoronó con la primera traición. No había vuelto a permitir que nadie se acercara demasiado desde entonces.

—No quiero hablar de Isabella —dije con frialdad.

—Precisamente por eso, deberías hacerlo —insistió ella—. Porque llevas demasiado tiempo sin permitirte sentir nada. Y ahora, cuando por fin una mujer te mira con ese amor del que ni tú mismo eres consciente, decides asustarte.

Me quedé callado. Mi madre suspiró, y por un momento vi en su rostro el cansancio de los años. Luego, volvió a sonreír.

—He pensado en invitar a Rachel a pasar el día conmigo pasado mañana —dijo de repente, cambiando de tono—. Quiero llevarla de compras, ayudarla a escoger un vestido elegante para la gala benéfica del hospital.

—No hace falta que te molestes —dije, casi automáticamente.

—No es molestia. Además, la chica tiene buen gusto, pero quiero que brille esa noche.

—Entonces hazlo —cedí, porque sabía que oponerme era inútil—. Todo lo que compréis, cárgalo a mi cuenta, como siempre.

Ella asintió, complacida, y durante un instante me pareció verla realmente feliz.

—Me gusta verte así, hijo.

—¿Así cómo?

Se levantó despacio, rodeó el escritorio y se detuvo frente a mí. Me miró con esa ternura que solo las madres guardaban para los momentos que realmente importaban. Luego, levantó la mano y me acarició la mejilla.

—Feliz —dijo, casi en un susurro—. Y enamorado.

Intenté replicar, pero las palabras se quedaron atascadas en la garganta. Ella me besó la mejilla, como cuando era niño, y añadió:

—No sabes cuánto tiempo llevaba esperando verte así.

Y se marchó.

El silencio volvió a llenar el despacho. Me quedé inmóvil, mirando la puerta cerrarse tras ella.

Feliz y enamorado. Repetí las palabras mentalmente, una y otra vez, hasta que dejaron de tener sentido.

¿Enamorado? ¿De Rachel? No podía ser. No debía ser. Y, sin embargo, todo en mí lo contradecía.

Me dejé caer en el sillón, hundiendo la cabeza entre las manos. Recordé esa primera noche con ella, el sonido de su respiración entrecortada, su piel cálida bajo la mía. Recordé cómo me miraba después, con esos ojos verdes que parecían capaces de atravesar cualquier defensa.

Desde entonces, nada había vuelto a ser igual.

Había pasado días intentando convencerme de que seguía siendo el mismo hombre racional, frío e impenetrable. Pero lo cierto era que Rachel había encontrado las grietas y se había colado por ellas sin pedirme permiso.

¿Y si mi madre tenía razón? Si Rachel se estaba enamorando de mí… teníamos un problema. Porque lo nuestro no era más que un contrato comercial. Un papel con cláusulas claras y una fecha final marcada en el calendario. Treinta y un días. Y ya habían pasado la mitad.

Apreté los puños. No podía permitirme que ella confundiera las cosas. Ni yo tampoco. Sin embargo, algo dentro de mí, esa parte que tanto me esforzaba por ignorar, se resistía a la idea de perderla.

Quizás Lukas también tuviera razón. Quizás debía decirle lo que sentía antes de que fuera demasiado tarde. Pero… ¿Qué sentía exactamente?

¿Amor? ¿Deseo? ¿Dependencia? No lo sabía.

Solo sabía que, cuando no estaba conmigo, el silencio de la casa se volvía insoportable. Que cuando ella hablaba, todo a mi alrededor parecía cobrar sentido.

Y que, pese a todo lo que me repetía, la idea de verla marchar dentro de unas semanas me resultaba insoportable.

Me quedé en el despacho un buen rato, observando las luces de la ciudad. Pensando en Lukas, en mi madre, en Isabella, en Rachel.

En lo fácil que era fingir control, y en lo imposible que resultaba mantenerlo cuando una mujer como ella te miraba como si fueras el único hombre en el mundo.

Por primera vez en años, me sentí dividido entre la cabeza y el corazón. Y lo peor era que empezaba a sospechar que esta vez el corazón iba ganando.

Capítulo 25

Rachel

El reflejo del espejo me devolvía la imagen de una mujer que apenas reconocía. Cabello recogido en un moño algo suelto, un par de mechones rebeldes cayéndome sobre la frente, el jersey de lana color crema que Klara insistió en que me pusiera porque "realzaba el tono de mis ojos". Parecía tan tranquila, tan segura… y, sin embargo, por dentro tenía un torbellino que no sabía cómo detener.

Aquel día iba a pasar la mañana con Klara por Viena, de tiendas, buscando el vestido perfecto para la gala benéfica del hospital. Lo había mencionado dos días atrás y yo, por cortesía, había aceptado sin imaginar que realmente lo organizaría. Pero lo hizo. Klara von Adler no era una mujer de palabras vacías. Cuando decía que algo iba a pasar, pasaba.

Respiré hondo y eché un vistazo a la cama: el abrigo gris doblado con precisión militar, el bolso que Maximilian había elegido para mí la última vez que salimos juntos y ese gorro azul pastel que me había comprado en una tienda del centro. Recordar la sonrisa de satisfacción que puso cuando me lo probé me arrancó otra sonrisa a mí, aunque me empeñara en disimularlo.

—Te estás volviendo blanda, Collins —me dije, ajustándome uno de los pendientes frente al espejo.

Y entonces, como si el pensamiento lo hubiera invocado, apareció su rostro en mi mente. Maximilian.

Llevaba días evitando analizar lo que sentía por él. Al principio, todo era tan sencillo… un contrato, una interpretación. Una fachada perfectamente construida. Pero lo que empezó siendo una actuación acabó convirtiéndose en algo que no sabía manejar.

Los dos últimos eventos con sus padres habían sido impecables. Nadie sospechó nada. Todos parecían creer que era la novia perfecta del joven von Adler. Y lo peor, o lo mejor, según cómo se mirara, era que yo había empezado a creerme ese papel también.

Recordaba los comentarios de las mujeres en las cenas: "Es encantadora", "Por fin alguien a su altura", "Se nota que están enamorados". Me reía por dentro, pensando que, si supieran la verdad, si supieran que todo era un contrato temporal, se quedarían sin palabras. Pero a veces, cuando Maximilian me miraba, cuando me rozaba la mano delante de todos, me costaba creer que aquello fuera fingido.

En mi bolso aún tenía el móvil con el último mensaje de Sophie, la respuesta que me llegó tras el mensaje que le envié diciéndole que creía que me estaba enamorando de Maximilian.

Sophie: *Eso, querida mía, es señal de que estás viva. Y si te gusta ese hombre no solo por su físico, sino porque te trata bien, entonces no te castigues por sentir. No tengas miedo. Déjate llevar por el corazón por una vez en la vida.*

Suspiré al recordarlo. Sophie siempre había tenido esa manera brutalmente honesta de decir las cosas. Pero dejarme llevar… eso no era tan fácil.

Maximilian podía ser dulce, atento, incluso protector. Pero también tenía esa parte hermética que me recordaba constantemente que, en el fondo, nada de esto era real. ¿Y si para él solo era un contrato que se había salido de guion? ¿Y si lo nuestro se reducía al sexo que ninguno de los dos planeó?

La idea de que él pudiera sentir la necesidad de compensarme por eso me revolvía el estómago. No quería su dinero por algo que yo había hecho porque quería, lo deseaba y me apetecía.

Sacudí la cabeza y me puse el otro pendiente, decidida a no pensar más. Pero justo entonces, sentí sus brazos rodeándome desde atrás.

—Buenos días —susurró su voz grave junto a mi oído.

Mi respiración se detuvo por un segundo. Podía reconocerlo con solo sentir su aliento rozándome el cuello. Su cuerpo cálido, firme, perfectamente familiar.

—Buenos días —respondí, intentando que no se notara cómo me temblaban las manos.

Sus labios rozaron mi piel, justo en la curva del cuello, con una ternura que me desarmó. Lo vi a través del espejo: su mirada gris, intensa, clavada en mí como si fuera capaz de leerme los pensamientos.

—¿En qué piensas? —preguntó, con una leve sonrisa.

—En nada —mentí, devolviéndole la sonrisa de forma automática—. Solo recordaba que tengo que llamar a mi madre esta tarde.

Él me miró unos segundos más, como si no terminara de creérselo, y luego me hizo girar entre sus brazos.

—No mientes tan bien como crees —murmuró, justo antes de besarme.

Y entonces todo pensamiento desapareció.

No fueron besos apresurados ni urgentes, como otras veces. No hubo prisa ni hambre. Solo ternura. Una calma extraña, cálida, que me hizo sentir segura de una manera que no recordaba haber sentido nunca.

Su boca se movía contra la mía con una delicadeza que me rompía por dentro. Era como si estuviera intentando decirme algo sin palabras. Cuando se apartó, apoyó la frente contra la mía y sonrió.

—Voy a echarte de menos —susurró.

Me reí, intentando restarle peso a la frase, aunque el corazón me diera un vuelco.

—Seguro que sí —bromeé—. Entre tus reuniones con Lukas y tus videollamadas con Boston, dudo que tengas tiempo para echar de menos a nadie.

—Créeme, entre pasar el día en reuniones y pasarlo contigo de tiendas, prefiero lo segundo —respondió sin apartar la frente de la mía.

—Entonces reservaré un día antes de Nochebuena para hacer eso —dije sonriendo—. Ir los dos juntos de tiendas. Prometo no quejarme si tardas una hora eligiendo un abrigo.

—Es un trato —contestó, mirándome a los ojos con esa mezcla de seriedad y ternura que me dejaba sin defensas—. Y no pienso olvidarlo.

Volvió a besarme, más breve esta vez, y luego alargó la mano para coger el gorro de lana azul pastel que estaba sobre la cómoda. Me lo colocó con cuidado, hundiendo los dedos en mi cabello antes de ajustarlo.

—Perfecta —dijo, mirándome con una expresión que me hizo desear no tener que salir nunca de aquella habitación.

Cogí el abrigo y el bolso, intentando no parecer demasiado afectada por sus gestos. Bajamos juntos las escaleras en silencio, uno al lado del otro, con esa complicidad que se había vuelto tan natural entre nosotros que daba miedo pensar que en unos días todo terminaría.

Intenté no pensarlo. Solo tenía que sobrevivir a la mañana con Klara sin delatarme. Y rezar porque el corazón me hiciera caso, por una vez.

Klara y Heinrich nos esperaban en la entrada principal cuando bajamos. Era temprano; el aire de Viena se colaba por la puerta entreabierta con ese frío seco que cortaba la piel y despertaba de golpe. Aun así, Klara estaba radiante. Llevaba un abrigo color burdeos, guantes de cuero negro y el tipo de sonrisa que iluminaba hasta los días más grises.

—¡Ahí están los tortolitos! —dijo, con esa calidez que me desarmaba cada vez.

Sentí que me ruborizaba, y no ayudó nada el leve arqueo de ceja de Maximilian, que contenía la risa.

—Buenos días, mamá —dijo él, inclinándose para besarla en la mejilla.

—Buenos días, hijo. —Se volvió hacia mí y me cogió las manos—. Rachel, querida, estás preciosa. Ese gorro te sienta de maravilla.

—Gracias, Klara —respondí, devolviéndole la sonrisa—. Es un regalo de Maximilian.

—Por supuesto que lo es —dijo, lanzando una mirada cómplice a su hijo —. Tiene buen gusto, al menos en eso.

Heinrich soltó una risa grave.

—En eso, y en la compañía. —Luego me guiñó un ojo—. Me alegra ver que por fin alguien puede mantenerle con los pies en la tierra.

—No diría tanto —murmuré divertida, y Klara se echó a reír.

Fue un intercambio breve, cotidiano, pero en el fondo me conmovió. Aquella familia, tan aparentemente perfecta y distante en las fotografías de sociedad, era increíblemente cálida en privado. No podía evitar sentirme parte de algo. Y eso me asustaba.

—Bueno, vamos antes de que se nos haga tarde —dijo Klara, colocándose el bolso al hombro.

—Tened cuidado —dijo Heinrich, besando la mejilla de su esposa con una ternura que me hizo sonreír—. Y no la canses demasiado, Klara.

—Oh, no te preocupes —respondió ella con una sonrisa divertida—. Nos portaremos bien.

Antes de salir, me volví hacia Maximilian. Él me observaba en silencio, con las manos en los bolsillos del pantalón y una expresión en los ojos que me hizo olvidar el frío. Me puse de puntillas y le di un beso rápido en los labios, consciente de la mirada divertida de su madre.

—Nos vemos luego —murmuré.

—Diviértete —susurró él, y su voz, tan baja y tan suya, se me quedó pegada a la piel mientras salía por la puerta.

El coche nos esperaba fuera. Hans, el chófer, nos abrió la puerta con una cortesía impecable.

—A la *Kärntner Straße*, Hans —dijo Klara al subir.

El vehículo arrancó suavemente y dejamos atrás la casa familiar, con su fachada elegante y sus jardines helados. Por la ventanilla, las calles de Viena se extendían como un lienzo invernal. Los árboles desnudos, el cielo gris perlado, las luces de las cafeterías reflejadas en los escaparates. Era una ciudad que parecía respirar historia en cada esquina.

—No sabes cuánto me alegra que hayas aceptado venir conmigo —dijo Klara, rompiendo el silencio mientras el coche avanzaba.

—Me hace ilusión —respondí con sinceridad—. Eso de ir de tiendas con una experta me encanta.

—Entonces estás con la persona adecuada. —Me guiñó un ojo—. Te enseñaré los mejores sitios para perder la noción del tiempo.

Su tono tenía algo encantador, casi maternal.

Llegamos poco después al centro. Las calles empezaban a llenarse de vida: turistas con bufandas, parejas paseando, el aroma del café recién hecho escapando de las cafeterías. Hans nos dejó frente a un local que parecía sacado de una postal: fachada de madera oscura, cristales empañados y el cartel en letras doradas que rezaba *“Café Demel”*.

—Aquí hacen el mejor chocolate caliente de Viena —anunció Klara con aire solemne.

El interior era acogedor, con ese encanto antiguo que no se podía fingir. Las mesas de mármol, los espejos, los camareros de uniforme impecable. Klara eligió una mesa junto a la ventana, y cuando nos sirvieron, el simple aroma del chocolate me hizo sonreír.

—Esto debería ser ilegal —dije después del primer sorbo.

—Ya te lo dije —respondió ella riendo—. En Viena nos tomamos el chocolate en serio.

Nos lo acompañaron con unos dulces típicos que no supe pronunciar bien; Klara se rio cuando lo intenté, y mientras desayunábamos, comenzaron a acercarse algunas mujeres.

—¡Klara, querida! —exclamó una de ellas, elegantísima, con un abrigo blanco y un sombrero que parecía salido de otra época.

—Hanna —dijo Klara, levantándose para saludarla con un beso en cada mejilla—. Qué alegría verte.

—Y esta debe ser Rachel, ¿verdad? —preguntó la mujer, girándose hacia mí con una sonrisa amable—. Todo el mundo habla de ti.

Yo sonreí con algo de timidez.

—Encantada.

—No me extraña que Max esté tan… —hizo una pausa divertida—, entusiasmado contigo.

—Hanna —la interrumpió Klara, riendo—, no la pongas en un aprieto.

—Oh, por favor, solo digo la verdad. —Se volvió hacia mí de nuevo—. Eres preciosa, querida. Te veremos en la gala, ¿verdad?

—Sí, claro —respondí—. Será un placer.

Varias mujeres más se acercaron a saludarnos. Todas conocían a Klara, y todas parecían haber oído hablar de mí. Sonreían, me hacían cumplidos y se despedían prometiendo vernos en la gala. No podía evitar sentirme como una actriz fuera de lugar en una película demasiado elegante para mi presupuesto.

Cuando por fin nos quedamos solas, Klara sonrió divertida.

—¿Ves? Todos te adoran.

—No sé si me adoran o les intriga la pobre americana que ha capturado al soltero de oro de Viena —bromeé.

Klara soltó una carcajada suave.

—Quizá ambas cosas. Pero créeme, Rachel, no tienes de qué preocuparte. Has conquistado a medio círculo social vienés en dos cenas. Eso no lo consigue cualquiera.

—Supongo que he tenido un buen maestro —dije, pensando en su hijo.

Ella me miró de lado, con esa expresión de quien sabía mucho más de lo que decía.

—Maximilian necesita a alguien como tú.

—¿Como yo? —pregunté, fingiendo ligereza.

—Alguien que le haga bajar la guardia. Que le recuerde que hay vida más allá del trabajo, de las responsabilidades y de las pérdidas.

Sus palabras me tocaron más de lo que esperaba.

—A veces parece que no se permite descansar —murmuré.

—No lo hace —respondió ella, con una tristeza breve—. Desde que murió su hermana, se convirtió en alguien… diferente. Más cerrado. Pero contigo, Rachel, es como si respirara otra vez.

No supe qué decir. Me limité a mirar por la ventana, donde la nieve empezaba a caer con suavidad sobre los transeúntes.

—Háblame de ti —dijo entonces Klara, cambiando de tema—. De tu familia, de tu vida en Boston.

Me relajé un poco, agradecida por el cambio.

—Mis padres tienen una pequeña empresa de eventos. Llevan juntos toda la vida, y aún se miran como adolescentes enamorados —dije, sonriendo—. Mi madre es el alma práctica, la que organiza todo, y mi padre… bueno, él es el que pone la música y el caos.

Klara se rio.

—Suena encantador.

—Lo es. Echo de menos sus locuras. —Bajé la mirada un momento, pensativa—. Mi mejor amiga, Sophie, siempre dice que tengo una familia demasiado buena para el mundo en el que vivimos.

—Sophie…

—Sí. —Asentí—. Es abogada, y es brillante, mandona y la persona más leal que conozco. La conozco desde el colegio y, al ser hija única como yo, sus padres me tienen como a una hija más, igual que los míos con ella.

—Qué bonito —dijo Klara sin perder la sonrisa—. Se nota que te rodeas de buena gente.

—He tenido suerte —respondí.

Durante unos segundos, el silencio entre nosotras fue cómodo. Klara bebió un poco de chocolate y luego me observó con ojos brillantes.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Rachel? —dijo finalmente.

—Claro.

—¿Eres feliz aquí? —preguntó, sin rodeos.

La pregunta me pilló desprevenida.

—Sí… creo que sí —respondí con cautela—. Es diferente, pero me gusta Viena. Es una ciudad hermosa.

—No hablo solo de la ciudad —aclaró ella, mirándome con dulzura—. Hablo de ti. De cómo te sientes con Maximilian.

Sentí un nudo en el estómago.

—Klara… —Empecé, pero ella levantó la mano con una sonrisa.

—No te preocupes, no voy a entrometerme. Solo quería saber si él te hace feliz.

Lo pensé un momento, observando cómo los copos de nieve se acumulaban en los cristales.

—Sí —dije finalmente, con voz baja pero firme—. Me hace feliz. Aunque a veces me dé miedo admitirlo.

Klara asintió, y su expresión se suavizó.

—Entonces eso es todo lo que importa.

Y en ese momento, mientras las luces de Viena titilaban fuera y el aroma del chocolate se mezclaba con el murmullo suave del café, supe que era verdad. Que, aunque todo aquello hubiera empezado como una farsa, lo que sentía ya no lo era.

Pero también supe que, cuando llegara el final del contrato, lo único que podría romperme más que marcharme sería quedarme esperando algo que quizá nunca ocurriera.

Capítulo 26

Rachel

Después de aquel desayuno salimos de la cafetería para comenzar con la mañana de compras, y me sorprendió que Klara me agarrara del brazo para caminar conmigo.

—Primero, mi vestido —dijo—. Después, el tuyo.

—¿El mío?

—Claro. No pretenderás ir a la gala con algo mediocre. Mi hijo tiene que quedarse sin respiración cuando te vea.

Volteé los ojos entre risas.

—No es para tanto, Klara.

—Oh, sí lo es. —Su tono era firme, pero dulce—. La mujer que acompaña a Maximilian von Adler no solo debe ser elegante, sino inolvidable.

Intenté no pensar demasiado en el peso de esas palabras.

La primera boutique se encontraba en una de las calles más exclusivas. Solo el escaparate ya imponía: maniquíes con vestidos de seda y terciopelo, joyas brillando como si atraparan la luz misma de Viena. El interior era un templo de buen gusto; todo olía a flores frescas y perfume caro.

Una dependienta de sonrisa amable nos dio la bienvenida y enseguida nos condujo a una sala privada, donde nos ofrecieron café y agua con limón. Klara se quitó los guantes, se alisó el abrigo y me guiñó un ojo.

—Vas a ayudarme a decidir —dijo, mientras la dependienta traía una selección de vestidos.

El primero que se probó era largo, de seda azul medianoche, con un escote en "V" elegante y mangas semitransparentes. Le realzaba la figura y la hacía parecer aún más distinguida.

—Estás impresionante —le dije sinceramente.

Ella se miró al espejo y asintió con un gesto crítico.

—Demasiado formal. No quiero parecer una embajadora en una cena de Estado.

El segundo era de terciopelo color borgoña, con un leve drapeado en la cintura. Cuando salió con él, supe que era uno de esos vestidos que te hacían sentir poderosa sin necesidad de adornos.

—Ese es precioso —dije, observándola—. Tiene un aire clásico.

—Sí, pero el terciopelo y yo tenemos una relación complicada —respondió con humor—. Es precioso, pero me hace sentir que tengo veinte años más.

El tercero era una joya: gris perla, con bordados sutiles en plata y un escote barco que dejaba al descubierto sus clavículas perfectas. La luz del probador se reflejaba en los hilos metálicos, creando un efecto casi mágico.

—Klara, ese… —Empecé, pero ella ya negaba con la cabeza.

—Demasiado brillante para mi gusto. —Sonrió—. No quiero competir con las lámparas del salón principal.

Probó un cuarto, verde esmeralda, que la favorecía muchísimo, y un quinto, negro con detalles de encaje que la hacía parecer una actriz de cine

clásico. Pero fue el sexto el que la hizo detenerse frente al espejo y sonreír de verdad.

Era de un tono champagne satinado, sencillo, pero increíblemente elegante. Caía con suavidad desde los hombros, sin adornos innecesarios. Un cinturón fino marcaba su cintura, y el tejido se movía con ella como si tuviera vida propia.

—Es perfecto —dije sin dudar.

Ella se giró hacia mí con una sonrisa radiante.

—Eso mismo iba a decir yo.

—Es sobrio, elegante… muy tú.

—Exactamente lo que quería. —Asintió satisfecha—. Heinrich dirá que me he superado.

Escogió los zapatos allí mismo: unos de salón del mismo tono, con un tacón medio y una pulsera fina al tobillo. Todo en ella exudaba elegancia y clase natural.

Mientras la dependienta envolvía el conjunto, Klara suspiró feliz.

—Bueno, ahora falta lo más importante.

—¿Los complementos?

—Sí, y después, tu vestido, querida. No te vas a librar.

Fuimos a una tienda cercana especializada en accesorios. Era un pequeño paraíso de brillos y colores. Klara se movía entre los expositores con la agilidad de quien dominaba ese terreno desde siempre.

—Este bolso —dijo, señalando uno de raso beige con cierre dorado—. Perfecto.

Luego escogió unos pendientes largos de perlas y oro y un chal de seda negro.

—Listo —anunció, satisfecha—. Ahora sí estoy preparada para deslumbrar a Heinrich.

—No tengo ninguna duda —reí.

Cuando salimos de la tienda, el cielo estaba cubierto y habían vuelto a caer pequeños copos de nieve. Viena parecía suspendida en el silencio, como si la ciudad entera se preparara para la Navidad.

—Y ahora —dijo Klara, agarrándose a mi brazo—, nos toca ir a buscar tu vestido.

—No hace falta que te tomes tantas molestias. Puedo ponerme algo que ya tenga…

—Ni hablar. —Su tono fue rotundo—. Quiero que brilles. Que todo el mundo vea que mi hijo ha elegido bien a la mujer con la que pasar la vida.

La miré sorprendida, sin saber si reírme o esconderme bajo la bufanda.

—Klara, no exageres.

—No exagero nada. —Sonrió con esa picardía suya—. Además, si podéis, encargar un nieto antes de fin de año.

Solté una carcajada.

—¡Eso sí que es una locura!

—Una bonita locura —respondió con naturalidad—. Cuando escojas tu vestido, te contaré mi historia de amor con Heinrich.

—Trato hecho —dije, divertida.

La siguiente boutique era aún más lujosa. Nada más entrar, supe que estaba en un sitio donde los sueños se cosían con hilo dorado. La dependienta, una

mujer de acento suave y sonrisa profesional, nos condujo a un salón privado lleno de percheros con vestidos de gala.

—Vamos a encontrar el adecuado —dijo Klara, cruzando los brazos como una general en campaña.

Me probé el primero: rojo carmín, de satén brillante, con un escote palabra de honor. Demasiado atrevido, pensé al mirarme en el espejo. Parecía una invitada a los Globos de Oro, no la acompañante de Maximilian von Adler.

—Demasiado "mírame" —dije, y Klara asintió.

—Cierto. No necesitas tanto para llamar la atención.

El segundo era verde bosque, con una abertura lateral y mangas largas. Tenía un aire romántico y sofisticado.

—Ese es precioso —comentó Klara—, pero no sé si es muy tú.

Tenía razón. Me gustaba, pero no sentía que me representara.

El tercero era azul zafiro, con un corpiño de encaje y falda de gasa. Al moverme, el tejido flotaba a mi alrededor. Me recordó a los bailes de las películas antiguas que solía ver de pequeña.

—Es muy bonito —dije, mirándome—, pero demasiado de princesa.

—Tienes razón —admitió Klara, pensativa—. Aunque Maximilian se quedaría sin habla.

El cuarto era dorado, de corte sirena, con un brillo sutil. Era elegante, pero… no me sentía cómoda. Era demasiado ajustado, haciendo aún más visible cada curva.

—No —dije antes de que Klara hablara—. Este no.

Ella asintió y pidió otro.

El quinto era completamente distinto: negro, con un solo hombro y una caída asimétrica. Era poderoso, casi hipnótico, pero tenía algo demasiado severo.

—No quiero parecer una ejecutiva yendo a una gala —bromeé.

Klara se echó a reír.

—De acuerdo, nada de ejecutivas.

El sexto era una maravilla, de tul gris y plata, ligero como el aire. Me lo puse y por un instante me sentí flotando. Pero no era lo que buscábamos.

—Aún no —murmuró Klara, cruzando los brazos.

Me probé un séptimo, luego un octavo. Todos eran bonitos, pero ninguno me hacía sentir yo. Y entonces, la dependienta entró con otro vestido en brazos.

—Creo que este podría gustarle —dijo con una sonrisa.

Cuando lo vi, supe que tenía algo distinto. Lo sostuve entre las manos y sentí el tacto suave del tejido, el peso justo, el color rojo. Lo llevé al probador sin decir una sola palabra.

Cuando salí, Klara me miró, se llevó una mano al pecho y dijo, emocionada:

—Es ese. No te pruebes ni uno más.

Sonreí, un poco nerviosa.

—¿Tan segura estás?

—Completamente. —Sus ojos brillaban—. Es el vestido con el que mi hijo no podrá apartar la vista de ti.

No quise mirarme demasiado en el espejo. No quería romper la magia de ese instante.

Klara pidió que lo prepararan junto con los zapatos a juego: unos *stilettos* del mismo tono, elegantes y sencillos.

—Ahora solo falta el bolso, los pendientes y un chal —dijo ella, mientras la dependienta preparaba la caja—. No quiero que te falte detalle.

Fuimos a otra tienda cercana y escogimos un bolso de mano pequeño, con cierre de pedrería discreta, unos pendientes de lágrima con piedras claras y un chal de cachemira ligera. Todo era perfecto, tan perfectamente vienés, que por un momento olvidé quién era antes de llegar allí.

Cuando por fin salimos, cargadas de bolsas, Klara suspiró satisfecha.

—Misión cumplida.

Yo sonreí, sintiendo un calor dulce en el pecho.

—Gracias por todo esto, Klara.

—No me des las gracias, querida. —Su voz se suavizó—. Me hace feliz verte así. Te lo mereces.

Y mientras caminábamos bajo la nieve, con las campanas de una iglesia cercana marcando el mediodía, no pude evitar pensar que quizá, solo quizá, había algo de verdad en lo que decía.

Porque si Maximilian me miraba en la gala como Klara decía que lo haría, tal vez el final de diciembre no trajera una despedida… sino un comienzo.

Capítulo 27

Rachel

Después de varias horas de probar vestidos, accesorios y reírnos como si fuéramos madre e hija de verdad, Klara propuso que fuéramos a comer. Ya era casi la una de la tarde y la nieve había comenzado a caer de forma más constante, pintando de blanco los tejados de las tiendas y las calles empedradas del centro.

—Conozco un sitio maravilloso —dijo, acomodándose el abrigo y ajustándose los guantes—. Es pequeño, familiar, y sirven los mejores platos de invierno de Viena.

Acepté encantada. Después del desfile de telas, encajes y espejos, necesitaba algo caliente y una pausa.

Hans nos llevó hasta un restaurante que parecía escondido entre dos edificios antiguos del distrito *Innere Stadt*. El cartel, de madera tallada, decía *Zum alten Keller*. Al entrar, el aroma a carne guisada, vino caliente y pan recién hecho nos envolvió como una caricia. El interior tenía techos bajos, vigas de madera y luz tenue.

Nos sentamos junto a una ventana desde la que se veía caer la nieve sobre la calle silenciosa. Klara pidió vino blanco y sonrió al camarero como si fuera un viejo amigo.

—Menos mal que te gusta nuestra comida. Aquí el invierno se pasa con sopa caliente y buena compañía —dijo cuando el camarero fue a por la bebida.

—Suena perfecto —respondí, y no mentía.

Pedimos *frittatensuppe*, una sopa clara con finas tiras de crepe salado; *tafelspitz*, carne de ternera cocida lentamente con verduras y acompañada de salsa de rábano y manzana; y de postre, el famoso y delicioso *apfelstrudel* con nata montada. Solo leer la carta me hacía la boca agua.

Cuando llegó la sopa, humeante, Klara la probó con satisfacción.

—Esto me recuerda a cuando llegué a Viena —dijo, sonriendo—. Tenía veinte años y un hambre de vivir que ni te imaginas.

La miré con curiosidad.

—¿Ahí empezó tu historia con Heinrich?

—Exactamente. —Sus ojos se iluminaron con un brillo nostálgico—. ¿Te lo cuento?

Asentí, apoyando el codo en la mesa y la barbilla sobre la mano, dispuesta a escucharla como una niña que esperaba un cuento.

—Mi padre era diplomático en la embajada de Austria en Praga hasta que le trasladaron aquí, y aunque siempre quiso que me dedicara a la política, yo era más bien una romántica empedernida. Aunque al final acabé trabajando como asistente en la embajada de aquí. Conocí a Heinrich en una recepción. Alto, encantador, con ese aire serio que escondía un humor delicioso. Bailamos un vals, y cuando me miró… supe que no habría otro.

Sonreí.

—Fue amor a primera vista.

—Completamente. —Rio bajito—. Aunque él no lo admitiría jamás. Dijo que se enamoró de mi forma de discutirle. Al parecer, yo no era como las

demás. Y tenía razón. No quería ser la típica mujer decorativa. Quería ser su compañera.

—Y lo fuiste.

—Y lo sigo siendo —respondió con orgullo y ternura—. Me pidió matrimonio seis meses después, en un puente sobre el Danubio, y desde entonces no ha pasado un solo día sin que me haga reír.

La calidez con la que hablaba de su marido me conmovió. Era el tipo de amor que parecía inmune al paso del tiempo, de esos que no necesitaban demostraciones públicas, solo miradas cómplices y rutinas compartidas.

—Siempre quise que Maximilian encontrara eso —continuó, dando un sorbo a su vino—. Alguien que le haga sentir que puede ser él mismo.

Bajé la mirada a mi plato. No quise decir nada, pero sentí el corazón apretar.

—Sé que lo que os une empezó de una forma poco convencional —añadió ella, con suavidad—, pero cuando os veo juntos… veo algo real.

—No sé qué decir —susurré.

—No digas nada. Solo escúchame un momento.

La miré, y su expresión cambió; había ternura, pero también un velo de tristeza.

—Hay algo que debes saber sobre mi familia, Rachel. Sobre lo que hizo que Maximilian sea como es.

La conversación cambió a un tono más grave. Ella respiró hondo, apartó un poco el plato y continuó:

—Fue cuando ocurrió lo de Lena. —Su voz tembló ligeramente al hablar de su hija, pero se recompuso enseguida—. La diagnosticaron con cáncer cuando tenía catorce años.

Mi mente fue directamente a la foto que había visto en la escalera de la casa, aquella de una niña risueña abrazada a un joven Maximilian.

—Solo unos meses después de aquella foto —confirmó Klara, como si leyera mis pensamientos—. Fue un golpe devastador. Pasamos por todos los tratamientos posibles, los viajes, los médicos… Pero nada funcionó.

Un silencio pesado se apoderó de la mesa. Fuera, la nieve seguía cayendo, lenta y silenciosa, como si el mundo también guardara respeto.

—Murió dos años después —continuó, con la voz apenas audible—. Tenía solo dieciséis.

Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

—Lo siento mucho, Klara.

Ella asintió, mirándome con ojos vidriosos pero firmes.

—Gracias, querida. Fue la pérdida más dura de nuestras vidas. Y para Maximilian… —Hizo una pausa—. Él tenía veinte años. La adoraba. Siempre la protegía, la hacía reír cuando estaba enferma. Lena decía que su hermano era su héroe. Y lo fue. Pero cuando la perdimos, algo en él se rompió.

Me quedé en silencio, imaginando a Maximilian joven, enfrentándose al dolor sin saber cómo gestionarlo. De repente, su control, su rigidez, su forma de mantener las distancias, todo cobraba sentido.

—Fue entonces cuando decidió estudiar farmacia —explicó Klara—. Quería entender, quería ayudar, quería evitar que otras familias pasaran por lo mismo. Creó *Adler Biotech* con esa idea en mente: desarrollar tratamientos reales, no promesas vacías.

El orgullo en su voz se mezclaba con una tristeza profunda.

—Y lo consiguió. Pero a un precio. —Suspiró—. Desde entonces, no ha dejado de trabajar, de exigirse, de cargar con culpas que no le pertenecen.

No supe qué decir. Mi corazón se encogió al pensar en todo lo que aquel hombre había llevado dentro durante tanto tiempo.

—Y luego vino Isabella —añadió ella con un tono más bajo, casi en un suspiro.

El nombre me heló la sangre.

—Su exmujer.

—Sí. —Klara dejó el tenedor sobre la mesa y me miró con calma—. Se conocieron poco después de que él lanzara su primera línea de investigación. Isabella era periodista científica. Brillante, encantadora, aparentemente empática. Se enamoró de ella, y todos lo vimos feliz por primera vez en años.

Su mirada se endureció ligeramente.

—Pero ella no fue lo que parecía. Lo traicionó de la peor manera —dijo, pero no entró en detalles—. Cuando él lo descubrió, fue devastador. No solo por la traición, sino porque creía que por fin había encontrado a alguien que lo amaba por quien era, no por su apellido. Desde que se divorció, no había vuelto a confiar. Ni en el amor, ni en nadie. —Bajó la voz—. Hasta que apareciste tú.

Me quedé sin palabras.

—No sé si lo que siente es amor, Rachel —continuó—, pero sé reconocer la mirada de un hombre que empieza a derribar sus muros. Maximilian se comporta de forma diferente contigo. No lo había visto así desde antes de Lena.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—A veces parece que no me deja entrar del todo —confesé, casi sin pensar.

—Dale tiempo —me interrumpió con dulzura—. No se trata de ti, sino del miedo que le queda. Pero lo está intentando. Lo veo. Y tú también lo sientes, ¿verdad?

Asentí despacio.

—Sí. Pero me da miedo.

—El miedo es señal de que vale la pena —dijo ella, sonriendo con ternura —. Tal vez solo llevéis unos meses, pero yo os veo un futuro largo y feliz. Lleno de vida. Y de hijos, por supuesto.

Me eché a reír, aliviando la tensión.

—Eres igual que mi madre. Ella también quiere verme pronto con un bebé en brazos.

—¡Claro que sí! —rio Klara—. Es lo que toca. Quiero poder malcriar a los pequeños von Adler cuando vengáis a vernos en verano y en Navidad.

Las dos reímos, y sentí una calidez en el pecho que nada tenía que ver con la comida.

El camarero nos trajo el postre, el *apfelstrudel*, acompañado de nata montada y azúcar glas espolvoreado. Klara lo partió con el tenedor y suspiró, como si aquel dulce fuera el broche perfecto para la conversación.

—¿Sabes qué me dijo Heinrich el día que nos casamos? —preguntó, con una sonrisa melancólica.

—¿Qué?

—Que el amor no se mide por el tiempo que dura, sino por la forma en que cambia la vida de quien lo vive.

Me quedé en silencio, procesando esas palabras.

—Y tú, Rachel, has cambiado la de mi hijo —añadió con una convicción tan serena que me dejó sin aliento.

Después del café, salimos del restaurante. Hans ya nos esperaba en la esquina. Las calles estaban cubiertas por una fina capa de nieve, y el cielo gris se teñía de un suave tono rosado por el atardecer.

En el coche, mientras Klara cerraba los ojos un momento para descansar, me quedé mirando el paisaje difuminado tras la ventanilla. Pensaba en Lena, en Isabella, en todo lo que había marcado a Maximilian. Y en cómo, a pesar de todo, él seguía intentando creer.

Quizá Klara tenía razón. Quizá el final de diciembre no tuviera que significar una despedida. Tal vez, solo tal vez, el contrato que nos unía era el principio de algo mucho más real que cualquiera de los dos había imaginado.

Capítulo 28

Maximilian

El reflejo del espejo me observaba con una frialdad que, en otras circunstancias, habría pasado por indiferencia. El nudo de la corbata estaba perfectamente alineado, el esmoquin planchado sin una arruga, los gemelos brillaban bajo la luz del dormitorio. Todo en su sitio. Todo bajo control. Y, sin embargo, yo no lo estaba.

Llevaba más de media hora vistiéndome y todavía no había conseguido apartar a Rachel de mi cabeza. Desde aquella conversación con mi madre, cada palabra suya había quedado resonando dentro de mí.

Yo no creía en el amor, o eso me repetía desde hacía años. Lo había visto desmoronarse, pudrirse, volverse un arma. Pero bastaba que Rachel sonriera para que todo eso dejara de tener sentido.

Desde que llegó a mi vida, la rutina había cambiado de un modo tan sutil que daba miedo. Ya no soportaba los silencios largos en casa cuando ella no estaba. Ya no dormía igual si no sentía su respiración a mi lado. Me había acostumbrado a su caos, a su sarcasmo, a ese modo tan suyo de mirar el mundo. Y lo peor de todo era que no podía hacer nada para evitarlo.

Me ajusté la chaqueta con un gesto mecánico y solté un suspiro. Si seguía así, cuando terminara el plazo del contrato iba a tener que tomar una decisión. Fingir que no había pasado nada o aceptar que aquella mujer había derribado, sin proponérselo, cada muro que había construido.

El sonido del agua deteniéndose en el baño me sacó de mis pensamientos. Me giré hacia la puerta justo cuando se abría.

Y entonces la vi.

Durante un segundo, creí que el aire me abandonaba los pulmones. Rachel apareció envuelta en una nube de vapor, y el impacto fue inmediato. El vestido rojo que mi madre había insistido en comprarle parecía hecho a medida, como si cada costura entendiera la curva exacta de su cuerpo.

Era de raso, largo, entallado, con una abertura en la falda que dejaba ver la línea elegante de su pierna derecha al moverse. El escote era discreto, insinuante, mostrando lo justo para mantener el equilibrio perfecto entre sensualidad y clase. Los hombros desnudos, el cuello despejado y el moño recogido con precisión revelaban la palidez de su piel. Y esos labios… el mismo rojo que el vestido. Tentación pura.

Por un momento no pude decir nada. Ni siquiera moverme. Ella se quedó mirándome, insegura, como si temiera mi reacción.

—¿Qué? —preguntó al fin, con una sonrisa tímida—. ¿Demasiado?

Negué despacio, incapaz de contener la verdad que se me escapaba entre los dientes.

—Estás… impresionante.

Su sonrisa se amplió, y la luz del dormitorio pareció cambiar. Caminó hacia mí, cada paso medido, y ese sonido leve del tejido rozando el suelo me resultó casi hipnótico.

—Gracias —murmuró—. Tu madre insistió en que este era el vestido.

—Tenía razón.

No sabía en qué momento mi mano se había movido hasta rozar su cuello. La piel allí era cálida, suave, perfecta. La toqué levemente con la yema de los dedos y vi cómo un leve escalofrío recorría su espalda.

—No hagas eso —susurró, aunque no se apartó.

—¿El qué?

—Mirarme así.

Sonreí, inclinándome lo justo para que mis labios rozaran su oído.

—Si supieras lo que estoy pensando, me suplicarías que te mirara de otra forma.

Ella soltó una risa nerviosa, pero no apartó la mirada del espejo que teníamos enfrente. Vi cómo el rubor subía por su cuello hasta encenderle las mejillas. Mis dedos siguieron su piel hasta la nuca, y entonces me incliné y la besé allí, justo donde el pulso le latía más fuerte.

—Max… —murmuró, cerrando los ojos.

—Te follaría aquí mismo —le dije con voz baja, casi ronca—. En este instante. Pero sería un crimen estropearte el maquillaje y el peinado.

Su risa fue un suspiro.

—Agradezco tu contención.

—No la agradezcas. —Le acaricié la mandíbula, obligándola a mirarme—. Me va a costar aguantar hasta que volvamos a casa.

—Entonces —dijo ella, con un tono juguetón que escondía nerviosismo— será mejor que no lleguemos muy tarde.

—En cuanto crucemos la puerta de la habitación… —dejé que la frase muriera en el aire, a propósito—, no voy a tener piedad contigo.

Su respiración se entrecortó justo antes de que la besara. Y esta vez no hubo dulzura, ni calma, ni distancia posible. Fue hambre pura. Fuego. La apreté contra mí, sintiendo el roce del raso en mis manos, el temblor de su cuerpo, la respuesta inmediata de su boca. Todo mi autocontrol pendía de un hilo tan fino que apenas sabía cómo no romperlo.

Cuando me aparté, ambos respirábamos con dificultad. Ella tenía los labios húmedos, los ojos brillantes, el pulso acelerado. Si me quedaba un segundo más, no respondería de mis actos.

Me forcé a dar un paso atrás.

—Tenemos que irnos —dije con una voz que sonó mucho más áspera de lo que pretendía.

Ella asintió, mordiéndose el labio, y se giró para coger su pequeño bolso de mano. La simple visión de su espalda descubierta me resultó casi insoportable.

—Vamos —murmuré, ofreciéndole el brazo—. Antes de que cambie de opinión.

Bajamos juntos al vestíbulo donde mis padres ya estaban esperándonos. Mi madre, como siempre, irradiaba elegancia natural; mi padre, sereno, como siempre. Pero en cuanto nos vieron aparecer, las miradas se centraron inevitablemente en Rachel.

—Dios mío —exclamó mi madre, con una sonrisa radiante—, estás deslumbrante, querida.

Mi padre asintió con aprobación.

—Más de uno en la gala querrá pujar por una noche contigo.

El comentario me heló la sangre. No por la intención, sino por la imagen que me evocó.

—Eso no va a pasar —dije con firmeza, sujetando la mano de Rachel con más fuerza de la necesaria.

Mi madre arqueó una ceja, divertida.

—Tranquilo, hijo, era solo una expresión.

No respondí. Simplemente abrí la puerta principal y los conduje hasta el coche. Yo mismo me puse al volante, como en las dos cenas anteriores.

Necesitaba tener las manos ocupadas para no dejar que la mente siguiera divagando.

Rachel iba a mi lado, en silencio, con la mirada perdida en la oscuridad de Viena. Las luces de la ciudad se reflejaban en el cristal del coche y jugaban con los tonos rojos de su vestido. Cada vez que giraba la cabeza, una parte de mí deseaba olvidarse de todo lo demás.

Mientras conducía hacia el hotel del centro, no pude evitar pensar que esa mujer se había convertido en algo más que un papel. Más que un contrato. Más que una simple distracción temporal. Era mi calma y mi tormenta. Y lo peor era saber que, pasara lo que pasara esta noche, no habría vuelta atrás.

El hotel donde se celebraba la gala benéfica era uno de los edificios más antiguos del centro de Viena. Sus muros de piedra clara y los ventanales altos reflejaban las luces cálidas de la entrada, y los coches iban llegando uno tras otro, dejando salir a hombres de esmoquin y mujeres envueltas en vestidos de seda, terciopelo y joyas imposibles.

Entregué las llaves del coche al aparcacoches y ofrecí mi brazo a Rachel. La sentí dudar un instante antes de apoyarse en mí, y ese gesto, tan simple, bastó para recordarme que no estaba acostumbrada a este mundo.

—Tranquila —le susurré mientras subíamos los escalones—. Solo son viejos amigos de mis padres.

—Eso no lo hace menos intimidante —respondió con una sonrisa leve.

El salón principal era una explosión de luz y elegancia. Las lámparas de cristal colgaban sobre las mesas redondas cubiertas de manteles blancos, y en una esquina una orquesta de cámara afinaba los instrumentos. En cuanto cruzamos la puerta, sentí las miradas. No era nuevo. La gente siempre observaba. Pero esta vez no era a mí a quien miraban. Era a ella.

Y con razón. Rachel estaba sencillamente perfecta. No como una figura de escaparate, sino con esa clase de presencia que no se podía fingir. La mezcla exacta de elegancia y vida.

Nos acercamos a la mesa donde estaban los Schuman y los Kessler, viejos amigos de mis padres.

—¡Maximilian! —exclamó la señora Kessler, levantándose para saludarme —. Rachel, estás preciosa, querida —le dijo dándole un par de besos.

Rachel sonrió con esa amabilidad natural que desarmaba a cualquiera. En cuestión de segundos, ya estaba charlando con ellos como si los conociera de toda la vida, como ocurrió en las dos cenas anteriores donde había coincidido con ellos. Observé cómo las miradas se suavizaban a su paso, cómo las mujeres sonreían y los hombres asentían, y sentí una extraña mezcla de orgullo y vulnerabilidad.

—Tu novia está radiante —comentó el señor Schuman con una sonrisa—. Y es encantadora.

Rachel se sonrojó de inmediato, bajando la mirada, y me pareció adorable.

Nos acercamos después al director del hospital, el doctor Weber, un hombre alto, de cabello canoso y sonrisa franca.

—Maximilian —me saludó estrechándome la mano—. Siempre es un honor contar con su apoyo.

—El honor es mío, doctor —respondí entregándole un sobre—. Aquí tiene el cheque anual, y en unos días llegará la remesa de medicamentos desde Boston. Los nuevos lotes de ensayo también están listos. Ella es Rachel Collins, mi novia.

—Encantada —sonrió al tiempo que le estrechaba la mano.

Weber asintió con gratitud.

—Nunca decepciona, Maximilian. —Su mirada pasó entonces a Rachel—. Y usted, señorita Collins… déjeme darle un consejo.

Rachel lo miró con curiosidad.

—Si algún día este hombre le pide matrimonio, acéptelo. Es uno de los pocos que quedan que aún cumple su palabra.

Ella soltó una pequeña risa nerviosa, y yo, por primera vez en mucho tiempo, no supe qué decir. La palabra matrimonio me golpeó con una fuerza que no esperaba. Hacía años que no la oía asociada a mí sin sentir rechazo. Y, sin embargo, con Rachel a mi lado, no sonaba tan absurda.

Durante la cena, la conversación fluyó entre brindis, risas y discursos. El menú era exquisito, pero tenía claro que no iba a recordar nada de lo que estaba comiendo. Solo podría recordar su risa, el modo en que se inclinaba hacia mí para susurrarme algo, o el brillo en sus ojos cuando la orquesta tocó los primeros compases de un vals.

Cuando el director subió al escenario para agradecer las donaciones, el salón estalló en aplausos. Habló del hospital, de los nuevos proyectos, de las vidas salvadas gracias a las aportaciones. Su voz tembló un poco al final, y por un momento todos guardaron silencio. Aquello, al menos, era real.

Luego llegaron las copas y la música de baile. Rachel y yo nos apartamos a una de las mesas altas, con una botella de champán abierta entre nosotros.

—Bueno —dijo ella, jugando con la copa—, parece que ya hay quien planea nuestra boda.

—Podría ser peor —respondí—. Podrían estar planeando el nombre de nuestro primer hijo.

—No des ideas —replicó, riendo.

Su risa se me quedó grabada. Me incliné un poco hacia ella, solo para disfrutar de ese sonido, cuando una voz familiar, tan fría como un escalofrío, cortó el aire a mi alrededor.

—Vaya, vaya… así que era cierto.

Me quedé helado. No necesitaba girarme para saber quién era. Aquel tono, esa cadencia suave y venenosa, era inconfundible. Isabella.

Rachel se quedó rígida. Yo giré lentamente la cabeza. Allí estaba, con su vestido negro ceñido, el cabello rubio perfectamente colocado sobre un hombro, y su característica sonrisa llena de arrogancia.

—Había oído que estabas en Viena —dijo con una sonrisa cargada de suficiencia—, pero sinceramente, pensé que era otro de esos rumores absurdos. Me alegra ver que no.

Su mirada se deslizó hacia Rachel, la recorrió de arriba abajo y luego volvió a mí.

—Hola, amor —dijo, acercándose más de lo necesario—. ¿Me has echado de menos?

Intentó besarme, pero giré el rostro a tiempo. Su perfume, caro y agresivo, me golpeó la garganta.

—No me llames así —le dije en voz baja—. No tienes ese derecho.

Ella fingió sorpresa, y una risa ensayada escapó de sus labios.

—Oh, por favor. No dramatices. Eso tiene fácil solución: podríamos volver a casarnos.

—No.

—Vamos, Maximilian —prosiguió con voz melosa—. Sé que no has estado con nadie desde nuestro divorcio. Y estoy segura de que esta chica… —Miró a Rachel con desprecio—. No es más que otra cara bonita, un entretenimiento pasajero, como todas. Tú y yo sabemos que no puedes amar a otra.

Rachel palideció. Vi el destello de miedo y decepción en sus ojos, y algo dentro de mí se rompió.

—Te equivocas —dije, rodeando la cintura de Rachel con mi brazo y atrayéndola hacia mí—. Rachel no es solo una cara bonita. Es mi novia. Y antes de que acabe el año será mi prometida.

La sentí tensarse bajo mi mano. Sabía que esa frase cambiaba las reglas del juego. Que acababa de cruzar una línea que ninguno de los dos había previsto. Pero si con eso conseguía borrar la sombra de Isabella de sus ojos, valía la pena.

Isabella arqueó una ceja.

—¿Prometida? —repitió, con una sonrisa venenosa—. No hagas el ridículo, Maximilian. Todos aquí saben que siempre me has amado. Que tarde o temprano volveríamos a estar juntos.

—Jamás volvería con alguien que me apuñaló por la espalda —dije con frialdad—. Contigo aprendí lo que es el veneno disfrazado de amor.

Durante un segundo, su máscara se resquebrajó. Luego sonrió de nuevo, pero la sonrisa era dura.

—Deberías pensarlo bien. Yo ahora tengo dinero, contactos. Podría ayudarte con ese nuevo medicamento que estás desarrollando. Ya sabes que sé mover los hilos correctos.

—No aceptaría tu ayuda, aunque fuera lo último que me ofreciera el mundo.

En ese momento, mis padres se acercaron.

—Isabella —dijo mi madre con una cortesía gélida—. Creo que ya has dicho bastante. Deja a mi hijo en paz.

Mi padre asintió con una firmeza que no dejaba lugar a discusión.

—Tu presencia aquí no es bienvenida.

Ella les sostuvo la mirada, pero al final se dio media vuelta.

—Ya lo veremos —dijo antes de marcharse.

Su figura desapareció entre los invitados como una sombra, pero el veneno de sus palabras quedó suspendido en el aire.

Mi madre me miró con preocupación.

—Quizá sea mejor que nos vayamos, cariño.

Asentí. Nos despedimos del director del hospital y de algunos conocidos, y salimos del salón. El aire frío de Viena nos recibió como un alivio.

El trayecto de vuelta fue largo y silencioso. Rachel miraba por la ventanilla, con los dedos entrelazados en el regazo. Su silencio me dolía más que cualquier reproche.

Yo no podía dejar de pensar en Isabella. En el modo en que había pronunciado esas palabras, en la certeza con la que creía que aún le pertenecía. Pero, sobre todo, pensaba en Rachel. En la manera en que sus ojos se habían nublado al oírla, en la tristeza que había intentado ocultar durante ese momento de la noche.

Cuando llegamos a casa, mis padres se despidieron con un beso en la mejilla y subieron a su habitación. Rachel se giró hacia mí y me cogió la mano.

—¿Subes? —preguntó en voz baja.

Tenía la mirada cansada, vulnerable, como si temiera la respuesta. Tragué saliva antes de responder.

—Tengo trabajo que hacer en el despacho —mentí.

Vi el instante exacto en que sus ojos se entristecieron. Su mano se deslizó lentamente de la mía, y durante un segundo me odié por ello. Pero no podía. No debía.

No podía pensar en ella como algo más que un contrato. No después de lo que Isabella me hizo.

Caminé hacia mi despacho con el peso de un pasado que aún sangraba. Y, por primera vez en años, dudé de si alguna vez conseguiría que dejara de hacerlo.

Capítulo 29

Rachel

La tarde de Nochebuena tenía un aire especial, pero yo apenas podía disfrutarlo. La cocina de la casa de los von Adler olía a pan recién horneado, a especias y a mantequilla, a todo aquello que siempre asociaba con la Navidad. Gertrud movía la cuchara con destreza mientras vigilaba la salsa, Klara pelaba patatas con delicadeza y Anna iba de un lado a otro colocando bandejas sobre la encimera.

—Rachel, pásame la nuez moscada —me pidió Gertrud, y yo obedecí mientras intentaba concentrarme en la tarea y no en mis propios pensamientos.

Porque mis pensamientos, incontrolables y persistentes, solo giraban en torno a él. Maximilian.

Habían pasado cuatro días desde la gala benéfica y desde entonces él había estado distante conmigo. No hablábamos como antes; apenas coincidíamos en la misma habitación sin que la tensión flotara en el aire. Volvía a acostarse tarde y solo porque creía que yo dormía, igual que en los primeros días en casa de sus padres, y se levantaba antes que yo. Había desaparecido la intimidad que había sentido aquellas noches, los pequeños gestos de complicidad y deseo que nos habían unido. Ahora, éramos solo una pareja de fachada, cumpliendo el papel que nos habíamos comprometido a interpretar durante un mes.

Mientras movía la masa para el pan, sentí un nudo en el estómago. Por más que intentara racionalizarlo, no podía evitar darme cuenta de que estaba enamorada de él. Y eso hacía todo más difícil. Porque al final de este mes, cuando se cumpliera el plazo del contrato, tendría que tomar una decisión. Seguir adelante con esta farsa, volver a mi vida y dejar atrás lo que había empezado a sentir, o arriesgarme a algo que, por más que deseara, no podía ser seguro.

Suspiré y traté de concentrarme en la cocina, en las risas de Anna y en los comentarios de Klara sobre la decoración de la mesa. Necesitaba algo real que me distrajera de la tormenta que llevaba dentro.

—¿Quieres hacer las zanahorias glaseadas, Rachel? —preguntó Klara, mirándome con atención.

—Sí, claro —dije, cogiendo la bandeja.

Mientras cocinaba, no pude evitar recordar la forma en que Maximilian me miraba cada noche. Cómo me acariciaba, cómo me besaba y me llevaba a sentir el placer y vivirlo de un modo en el que nunca antes lo había hecho. Recordarlo me hizo sonrojarme y, al mismo tiempo, me llenó de un vacío inmenso. Porque esa intensidad había desaparecido y ahora no quedaba nada, solo silencio y distancia.

Acabamos de preparar la mayoría de los platos y dejé las bandejas listas para el horno. El aroma del asado y de las verduras cocinándose llenaba la cocina, y por un momento sentí un pequeño consuelo en la rutina. Quizá, pensé, si superé lo de mi despido inesperado, podría superar esto también.

—Rachel, sube a prepararte para la cena —dijo Gertrud con una sonrisa—. Es Nochebuena, querida, no te olvides de disfrutarla.

Asentí y me dirigí a la habitación que compartía con él durante mi estancia. Cerré la puerta tras de mí y me dejé caer sobre la cama un instante, respirando hondo. Me miré al espejo y no pude evitar recordar la última vez que nos vimos juntos, la noche de la gala, su manera de rodearme con su brazo y la forma en que mis propios sentimientos me habían traicionado.

Marqué un número en mi móvil.

—¡Feliz Nochebuena! —dije cuando oí la voz de mi madre, cálida y alegre.

—¡Feliz Nochebuena, corazón! —respondió ella—. Que lo pases muy bien y recuerda que te queremos mucho.

—Yo también os quiero —susurré, con un nudo en la garganta—. Gracias por todo.

Hablamos unos minutos más; mi padre también se unió a la conversación mientras se preparaban para ir a casa de los padres de Sophie a cenar y colgué poco después con una mezcla de alegría y tristeza. La familia era un refugio que me recordaba lo que tenía, pero al mismo tiempo me recordaba lo que deseaba y no podía tener: la cercanía de Maximilian, la calidez de su atención, la promesa de algo más que un contrato.

Me cambié, me peiné y me maquillé de manera sencilla. Opté por un vestido cómodo, que me permitiera moverme y participar en la cena sin llamar demasiado la atención: un vestido de lana beige elegante y discreto. Me miré al espejo y respiré hondo, intentando dejar de lado la ansiedad y el miedo. Esta noche debía ser feliz. Aunque fuera por unas horas.

Bajé al comedor con cuidado, sintiendo cómo la tela de mi vestido de lana beige rozaba suavemente mis piernas y cómo los botines negros me daban seguridad al caminar. Todos ya estaban sentados alrededor de la mesa, con platos humeantes y copas de vino, y al verme entrar, una sonrisa se dibujó en sus rostros.

—¡Rachel, estás guapísima! —exclamó Klara, haciéndome un gesto de aprobación mientras me sentaba—. Ese vestido te queda perfecto, es elegante y sencillo.

—Muchas gracias, Klara.

Sentí un rubor mezclado con alegría y me acomodé en mi sitio. La cena comenzó, y la atmósfera se volvió inmediatamente cálida y relajada. Heinrich hizo un comentario gracioso sobre la tarta de Navidad, Klara y Anna se reían mientras Gertrud intentaba mantener el orden en la mesa, y yo me dejé llevar por las risas y los brindis.

—Por la familia —dijo Heinrich, levantando su copa—, por la salud, la felicidad y que siempre nos encontremos juntos, sin importar dónde estemos.

—¡Por la familia! —repetimos todos, chocando las copas con alegría y disfrutando de la comida: sopa de calabaza con nuez moscada, estofado de ternera con verduras de invierno, patatas al horno con romero y, de postre, un pastel de frutos rojos con nata montada y mermelada de fresa. Cada plato estaba delicioso y, a pesar de mi mente dispersa, no pude evitar sonreír mientras probaba cada bocado.

Después del café, entre risas y comentarios, llegó el momento de los regalos. Mi corazón latía con fuerza, sabiendo que cada detalle tendría su propio significado. Entregué a Heinrich una corbata de seda azul oscuro con un sutil patrón de cuadros, y a Klara su perfume favorito, envuelto cuidadosamente en papel dorado. Sus ojos se iluminaron, y me dieron las gracias con abrazos cálidos y sinceros.

Luego recibí mis regalos. Klara me entregó una caja pequeña, cuidadosamente envuelta, y cuando la abrí, encontré una pulsera rígida de oro con mi nombre grabado en delicadas letras y dos cristales verdes de *Swarovski* engarzados a los lados. Sonreí, emocionada, mientras la colocaba en mi muñeca.

—Es preciosa —susurré, mirándola con gratitud—. Muchas gracias.

Cuando llegaba mi turno de entregar a Maximilian las corbatas y la camisa que había elegido, lo vi mirarme con esa intensidad silenciosa que me desconcertaba. Sus manos recibieron los regalos y me ofreció una pequeña sonrisa, apenas perceptible, pero suficiente para que mi corazón se acelerara.

Él me entregó la caja con las botas que me había comprado aquel primer día que pasamos juntos en la ciudad, y además me dio un pequeño estuche. Al abrirlo, descubrí una cadena fina de oro con un corazón minimalista, perfectamente proporcionado.

—Es precioso, Maximilian —dije, sin poder apartar la mirada de él—. Gracias.

Los padres de Maximilian se despidieron poco después, deseándonos buenas noches y asegurándose de que todo estaba listo para que nosotros permaneciéramos solos. La casa quedó en un silencio cálido, interrumpido solo por el crepitar de la chimenea.

Me senté junto a Maximilian en el sofá y, con el corazón latiendo con fuerza, me atreví a romper la tensión que crecía entre nosotros.

—¿Estás bien? —pregunté suavemente.

—Sí —respondió con naturalidad, pero había algo en su voz que me hizo dudar—. Ya he hecho el pago que faltaba por el contrato. En cuanto acabe el mes, quedas libre. O, si lo prefieres, puedes irte antes.

Un nudo se formó en mi estómago. La realidad me golpeaba con fuerza y, por primera vez, sentí que todo lo que había creído posible se desmoronaba.

—¿Qué sientes por mí? —pregunté, con un hilo de voz.

Maximilian me miró con frialdad, con esos ojos que siempre parecían leer cada pensamiento mío, y respondió con palabras que me atravesaron:

—No siento nada. Has sido una novia por contrato… y algo de sexo. Nada más. Si quieres dinero también por eso, no tienes más que pedirlo.

El mundo pareció detenerse. La bofetada que le di fue inevitable, instintiva.

—¡Si querías una *scort*, deberías haber buscado en otra página! —grité, y las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

Sin esperar respuesta, salí del comedor, subí corriendo a la habitación y cerré la puerta tras de mí. Me dejé caer sobre la cama, sollozando. Todo lo que había visto en él, todo lo que había sentido, parecía haber sido fingido, un papel que él interpretaba con perfección. Yo también había interpretado mi papel, pero había cometido un error terrible: me había enamorado.

Miré a mi alrededor, tratando de buscar algún consuelo, alguna razón para no rendirme. Pero la realidad era la que era. Y, entre la tristeza y la rabia,

tomé la decisión más importante de la noche.

Capítulo 30

Maximilian

Habían pasado tres días desde aquella mañana de Navidad en la que me desperté y descubrí que Rachel no estaba. Su lado de la cama estaba vacío, igual que la parte del vestidor que había ocupado. La habitación estaba tranquila, con un silencio que quemaba más que cualquier tormenta de invierno.

Ni una sola pertenencia a la vista, solo aquella nota, breve y escueta, en su caligrafía inconfundible: decía que se marchaba, que avisara a mis padres y que era por una urgencia médica con su padre. Nada más. Solo un vacío enorme y un puñal invisible atravesando el centro de mi pecho.

Desde entonces, mi humor había sido un desastre. Cada intento de concentración se convertía en un fracaso; cada reunión, cada llamada, cada decisión importante parecía teñida por la ausencia de su risa, por la imagen de sus ojos mirándome con sinceridad, sin máscara. Y por más que había intentado mantenerme alejado, por más que me obligara a no pensar en ella, no podía. No podía sacarla de mi cabeza, y la idea de que pudiera haberse enamorado de mí, de la misma manera que yo de ella, me aterraba y a la vez me consumía.

Me obligué a evitarla en mis recuerdos, en mi memoria de cada gesto suyo, de cada roce, de cada sonrisa. Pero incluso eso era imposible. Rachel estaba ahí, flotando entre cada pensamiento, y yo no tenía ni la fuerza ni las ganas de ignorarla.

Mientras me quedaba mirando por la ventana del despacho, observando la nieve caer, blanca y silenciosa, mi móvil vibró sobre la mesa. Era Lukas. Suspiré antes de contestar. No podía negar que me alegraba escuchar su voz, aunque temía la dirección que tomaría la conversación.

—¿Cómo estás, Max? —preguntó Lukas, con esa calma habitual que parecía capaz de atravesar cualquier tormenta.

—¿Cómo voy a estar? —respondí, conteniendo la tensión que se me acumulaba en los hombros—. Rachel se fue, y no pensé que dolería tanto.

Lukas se quedó en silencio, y pude imaginarlo frunciendo el ceño.

—Mira, Max —empezó con firmeza—, si estás enamorado de ella, deberías haberle dicho la verdad. No puedes vivir con secretos así y esperar que todo se solucione solo.

Gruñí con frustración, mirando cómo los copos de nieve caían lentamente, uno tras otro.

—¿De verdad crees que no lo sé, Lukas? —dije, con el tono más seco que pude controlar—. ¿Has olvidado cómo me fue la última vez que me enamoré? ¿Cómo me la jugaron? No voy a cometer ese error de nuevo.

—Rachel no es una arpía como Isabella —replicó él con firmeza—. Jamás traicionaría tu confianza ni vendería tus fórmulas a la competencia. Tú lo sabes.

Colgué poco después, con un nudo en la garganta que no desaparecía y la sensación de impotencia que no me dejaba respirar con normalidad. La nieve seguía cayendo, cubriendo de blanco los tejados de Viena y el jardín de la casa, y me quedé allí, de pie, con las manos en los bolsillos, mirando cómo el invierno lo cubría todo de una tranquilidad que yo no sentía en absoluto.

No pasó mucho antes de que alguien entrara en el despacho. Mi padre, con su porte elegante y su mirada firme, me observó con una mezcla de preocupación y decisión.

—Maximilian —dijo, con voz grave pero tranquila—. Quiero que me digas la verdad. Antes de que Rachel se fuera, después de la gala, te noté distante con ella. ¿Ya teníais problemas?

Suspiré, incapaz de responder de inmediato. La tensión acumulada durante los últimos días parecía pesarme en cada músculo, en cada pensamiento. Sabía que no podía mentirle a mi padre, y que tampoco podía seguir guardando aquello para mí.

—Es mejor que lo sepáis todo —dije finalmente, levantándome—. Vamos.

Caminé hacia el salón, donde sabía que mi madre estaría, y me senté frente a ellos, sintiendo que el corazón me golpeaba contra el pecho como si quisiera escapar.

—Rachel no es mi novia —comencé, con un hilo de voz—. La contraté para fingir que lo era. No la conocía de antes. La encontré a través de una web dedicada a eso.

Mi madre abrió los ojos, claramente sorprendida y un poco indignada.

—¿Por qué no lo dijiste antes, Maximilian? —preguntó, con un tono de reproche que no me pasó desapercibido—. O al menos haberme dicho que habías roto con tu novia de mentira antes de presentarnos a esa joven encantadora.

Asentí, incapaz de discutir más, y ella continuó:

—No hay engaño en vuestras miradas. Os habéis enamorado. Y eso… es la magia de la Navidad. Esa que empieza a sentirse cuando llega diciembre, incluso aunque uno no lo espere.

Mi padre me miró con calma, pero con un brillo de aprobación en los ojos.

—Sé sincero contigo mismo, Maximilian —dijo—. Piensa en qué sientes realmente por Rachel.

Me quedé en silencio unos minutos, escuchando solo el crepitar de la chimenea y el viento que golpeaba los cristales de la casa. Y entonces lo

confesé, en voz baja, pero con una certeza que me sorprendió a mí mismo:

—Me he enamorado de ella —dije—. Esos días evitando verla, los últimos tres días desde que se fue… han sido una puta tortura. La echo de menos a cada segundo.

Mis padres intercambiaron una sonrisa. Mi madre me acarició el hombro con cariño, y mi padre asintió con satisfacción.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer —dijo él finalmente.

Sentí una mezcla de alivio y miedo. Alivio porque por primera vez podía admitir mis sentimientos sin guardarlos; miedo porque ahora tenía que actuar, y la Navidad estaba a punto de acabar.

Tras confesarles todo a mis padres, me quedé unos minutos sentado en el salón, respirando hondo y sintiendo por primera vez en días que podía pensar con claridad.

La nieve seguía cayendo fuera, silenciosa, casi como si el mundo hubiera decidido detenerse para dejarme ordenar mis pensamientos. Pero la calma era solo superficial; por dentro, todo era un caos. Rachel se había marchado, y no sabía si volvería a verla. No había rastro de ella, ni un mensaje, ni una llamada, nada. Cada minuto que pasaba sin saber de ella era un golpe directo a mi corazón.

—Maximilian —dijo mi padre, apoyando una mano firme sobre mi hombro—. Ahora que sabes lo que sientes, tienes que actuar. No puedes dejar que alguien que significa tanto para ti se pierda por miedo o por orgullo.

Asentí, sintiendo el peso de sus palabras, y empecé a pensar en todas las posibilidades. Rachel había sido real desde el primer momento, a pesar de que todo había empezado como un contrato. Lo que sentía por ella no era un juego ni una fantasía; era algo que me arrancaba el aire y me dejaba sin aliento con solo recordar su risa, la forma en que apoyaba la mano sobre mi brazo o cómo sus ojos brillaban cuando hablábamos.

Mi madre se sentó frente a mí, con la mirada tierna pero firme:

—Maximilian, tienes que ir a buscarla —dijo—. No dejes que los días pasen sin que ella sepa lo que sientes.

Respiré hondo y asentí. Sabía que tenían razón. No podía esperar más. Desde el momento en que Rachel se marchó, me sentía incompleto, como si una parte de mí hubiera desaparecido con ella. Cada pensamiento, cada decisión que tomaba, estaba teñida de su ausencia. La Navidad, que normalmente llenaba la casa de alegría, se había vuelto silenciosa, incluso opresiva, porque no podía compartirla con ella.

Decidí que la buscaría por todos los medios. Primero, empezaría por revisar cada contacto que pudiera tener, cada registro de sus mensajes, cada indicio de dónde podría haber ido. No podía permitir que mi silencio nos separara. Lo que sentía por ella no era algo que pudiera ignorar ni negar.

—Tengo que hablar con ella —dije finalmente, con determinación—. No importa dónde esté.

Mi padre asintió, orgulloso, y mi madre me acarició la mano. Sentí un calor extraño en el pecho, una mezcla de miedo y esperanza.

Pasé la haciendo llamadas; incluso hablé con Ethan, el dueño de la página web donde la encontré. Cada minuto que pasaba sin noticias me recordaba lo mucho que la echaba de menos y lo cruel que había sido mi decisión de mantener las cosas en secreto al principio. Pero también me daba cuenta de que no podía cambiar el pasado; solo podía actuar en el presente.

Mientras trabajaba, recordaba cada gesto de Rachel durante la gala, cada sonrisa, cada mirada. No eran recuerdos vacíos ni fingidos; eran reales. Su perfume, el color de sus labios, la forma en que su voz se suavizaba cuando hablaba conmigo… todo eso estaba grabado en mi memoria, y no podía permitir que desapareciera.

Sabía que la Navidad nos daba una oportunidad, una especie de tregua mágica donde lo imposible parecía posible. Tenía que aprovecharla. Esa noche, mientras la casa estaba en calma y la nieve continuaba cayendo, decidí que no habría excusas ni contratos ni miedo. Iría a buscarla y le diría todo lo que sentía. Sin reservas, sin medias tintas.

El plan no era sencillo. Rachel era independiente, inteligente y meticulosa; no podía esperar que se dejara encontrar fácilmente. Pero por primera vez en mucho tiempo, no me importaba arriesgarme, no me importaba mostrar mi vulnerabilidad. Lo que sentía por ella valía cualquier riesgo.

Me recosté en el sofá del salón, mirando las luces del árbol de Navidad reflejadas en el ventanal, y sentí un extraño alivio. Sabía lo que tenía que hacer, y aunque el miedo seguía allí, también había una determinación que nunca antes había sentido: recuperar a Rachel. No como una novia por contrato, ni como un experimento pasajero, sino como la mujer que me había robado el corazón de verdad.

Mis padres se retiraron a sus habitaciones después de asegurarse de que tenía un plan, dejándome solo en la quietud de la noche. Me levanté y decidí que al amanecer comenzaría la búsqueda. La nieve cubría todo, pero no podía cubrir mi necesidad de encontrarla. Cada pensamiento, cada emoción, cada recuerdo me empujaba hacia ella, y no había nada que pudiera detenerme.

Por primera vez desde que todo empezó, sentí que podía enfrentar la tormenta de emociones que Rachel había dejado a su paso. La Navidad no sería solo un día de celebración; sería el momento de recuperar lo que era mío por derecho: su amor y su confianza.

Capítulo 31

Rachel

Era la noche del treinta y uno de diciembre y el frío atravesaba mi abrigo mientras aparcaba frente a la casa de mis padres. La nieve caía en copos grandes, creando un manto blanco sobre la calle y las farolas iluminadas.

Mientras caminaba hacia la puerta, no podía evitar pensar en Maximilian. Cada minuto desde que me había marchado de Viena estaba lleno de recuerdos de él: su mirada, sus palabras, la forma en que me hacía sentir viva y a la vez vulnerable.

Suspiré y repasé mentalmente los últimos días.

Desde que dejé su casa, todo había sido un desastre emocional. Había llorado en silencio, en la ducha, en la cama, en cualquier rincón donde me encontrase. Cada vez que cerraba los ojos, aparecía su rostro, sus labios, la tensión en su voz cuando me hablaba. Había intentado convencerme de que esto era solo un contrato, que no podía permitirme enamorarme, pero mi corazón no había escuchado ni atendido a razones.

Respiré hondo antes de tocar el timbre, intentando recomponerme. La puerta se abrió y allí estaban mis padres, sonriendo y esperándome con los brazos abiertos.

—¡Rachel, cariño! —exclamó mi madre, abrazándome con fuerza—. ¡Estás hecha un pincel!

—Gracias, mamá —dije, sonriendo con un hilo de voz—. La casa está preciosa.

—Como siempre, cariño —dijo mi padre—. Vamos, entra que hace frío.

Mientras colgaba el abrigo, escuché voces familiares en el salón. Sophie había llegado, y con ella, sus padres. La vi con esa energía brillante que siempre tenía, y a su lado iba un chico alto, de cabello oscuro y ojos atentos, que me miró con curiosidad y una sonrisa fácil.

—¡Rachel! —me saludó Sophie con entusiasmo—. ¡Me muero de ganas de que conozcas a alguien!

—¿A quién? —pregunté, arqueando una ceja—. Sophie, no me digas que esto es otra de tus sorpresas…

—Sí, lo es —dijo riendo—. Rachel, este es Lukas, mi… bueno, mi novio. —Hizo un gesto hacia él—. Lukas, ella es Rachel, la hermana que nunca tuve.

Lukas extendió la mano y la estreché, notando de inmediato esa sensación extraña de familiaridad y comodidad.

—Encantado de conocerte, Rachel —dijo con voz cálida—. Sophie me ha hablado mucho de ti.

—Ah… ¿Sí? —respondí, un poco sonrojada—. Espero que cosas buenas.

—Por supuesto —replicó, guiñándome un ojo—. No podía esperar a conocerte. Y ahora que estamos aquí… —sonrió de manera cómplice a Sophie—, sé que no nos vamos a aburrir.

Sophie me miró con una sonrisa traviesa.

—Sabía que congeniaríais —dijo—. Lukas es… bueno, es uno de esos chicos que parece entenderlo todo sin decir nada.

Lukas sonrió, ligeramente apenado.

—Espero no asustarte, Rachel —dijo—. Sophie ha exagerado un poco.

—No, para nada —respondí, sintiéndome extrañamente aliviada—. Me gusta.

Mientras nos acomodábamos en la mesa, mis padres comenzaron a charlar animadamente con Sophie y su familia, y yo me senté al lado de Lukas. Hablamos de todo un poco: la nieve, los planes de Año Nuevo, cómo había sido el último año. Me sorprendió lo fácil que era hablar con él, como si nos conociéramos desde siempre.

—Entonces… ¿Viena? —preguntó Lukas con interés—. Sophie me contó algo, pero quiero escucharlo de primera mano.

Mi corazón se detuvo un instante. ¿Cómo explicarle sin que sonara ridículo o demasiado dramático? Suspiré.

—Fui a Viena por trabajo —dije con cuidado—. Bueno, no exactamente por trabajo… Era un compromiso profesional que surgió de una forma un poco extraña.

Lukas arqueó una ceja, intrigado.

—Extraña… ¿Cómo? —insistió, curioso.

—Digamos que tuve que acompañar a alguien a algunos eventos —dije, intentando sonreír—. No era exactamente mi plan, pero… surgió.

—Ah… —dijo, asintiendo lentamente—. Entonces fue… divertido, supongo.

—Sí, algo así —respondí, riendo nerviosamente—. Pero lo importante es que estoy aquí ahora.

Sophie nos interrumpió con una carcajada.

—¡Miraos! ¡Estáis hablando como si os conocierais de toda la vida!

Lukas sonrió hacia mí y dijo:

—Quizá nos conocemos de otra vida. Quién sabe.

Yo me reí y, por un momento, me sentí más tranquila, más ligera. Aunque mi corazón todavía latía con fuerza por Maximilian, la compañía de Lukas era sorprendentemente reconfortante. Me hizo sentir que no estaba completamente sola en el mundo, que todavía podía reír y compartir.

La cena continuó entre bromas y anécdotas familiares. Mis padres estaban encantados, Sophie no dejaba de sonreír y Lukas tenía esa manera de escuchar que hacía que cada palabra que decía pareciera importante. A pesar de todo, no podía olvidar a Maximilian. Cada sonrisa, cada gesto de felicidad se mezclaba con el dolor de su ausencia, y aunque intentaba disfrutar del momento, mi mente volvía a él constantemente.

Cuando terminé el postre y tomé un sorbo de café, me prometí que intentaría no llorar esta noche. No quería arruinar la cena ni mostrar que mi corazón todavía estaba atrapado en Viena. Pero sabía que la noche sería larga y que, de alguna manera, el destino todavía tenía planes para mí.

Poco antes de la medianoche, mientras todos nos preparábamos para tomar las uvas y brindar, sonó el timbre de la puerta. Fruncí el ceño, sorprendiéndome.

—¿Esperáis a alguien? —pregunté, mirando a mis padres.

—No… —dijo mi madre, extrañada—. Ve a ver quién es.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras caminaba hacia la puerta, preguntándome quién podría ser a esas horas. Abrí y allí estaba él. Maximilian. Guapísimo como siempre, con un traje azul marino perfectamente ajustado y un abrigo negro de paño, y en sus manos sostenía un ramo de rosas rojas que casi me hizo dudar si estaba soñando.

—Maximilian… —Mi voz se volvió un susurro—. ¿Qué haces aquí?

—Rachel, necesito hablar contigo —dijo, con un tono serio que me hizo tensar todo el cuerpo.

—No es buen momento —intenté suavizar mi tono, mirando la mesa llena de risas detrás de nosotros.

Entonces Sophie apareció junto a Lukas. Sophie sonrió con complicidad y dijo:

—Este es el momento perfecto, Rachel. Créeme.

Lukas se adelantó y saludó a Maximilian con un abrazo firme.

—Hermano. Has hecho lo correcto viniendo —dijo.

Me crucé de brazos, desconfiada y nerviosa.

—¿De qué os conocéis vosotros? —pregunté, sin apartar la vista de él.

Sophie intervino, riendo suavemente:

—Rachel, déjame explicarte. Lukas y yo queríamos que os conocierais porque sabíamos que os gustaríais. Conozco a Lukas desde hace meses; me contrató para acompañarle a unos sitios a través de la web de Ethan, y entre nosotros surgió algo. Y como Maximilian tenía que ir a Viena por Navidad y hacía meses que le había dicho a su madre que tenía novia, Lukas le propuso lo de la web, y yo te lo dije a ti como una salida a tu pequeño tormento por perder el trabajo. Ethan iba a uniros, pero, al final, os encontrasteis solos.

Me sentí un poco aliviada, pero seguía sin entender todo.

—¿Maximilian y la web de Ethan? —pregunté, mirando a ambos—. ¿Todo esto ha sido un plan?

—Sí —dijo Sophie con sinceridad—, pero solo para que todo saliera bien. Él ya tenía el marrón de las Navidades sin novia y yo quería ayudarte. Y sí, queríamos que os conocierais porque nosotros os conocemos y sabíamos que os gustaríais, y no me digas que no porque os gustáis.

—Podríais haberlo hecho de otra manera —susurré, con los ojos húmedos —. Si todo esto ha sido un plan, te devuelvo el dinero, Maximilian.

Maximilian negó con la cabeza, y cuando habló, su voz sonó profunda y cálida.

—No quiero el dinero, Rachel. Eso es mi regalo de Navidad para ti. Solo quiero que lo aceptes.

—No… no soy una *scort* —dije con firmeza, apartando la mirada.

—No lo eres —replicó él, dando un paso hacia mí—. Eres la mujer de la que me he enamorado, la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. No quiero una novia por Navidad, quiero una novia de verdad, alguien con quien salir a cenar, ir al cine, pasar fines de semana en casa, viendo películas y comiendo palomitas. Y si dentro de un año seguimos sintiendo lo mismo… te pediré que te cases conmigo, justo la noche del treinta y uno de diciembre.

El nudo en mi garganta se hizo insoportable. Las lágrimas comenzaron a brotar y me sentí completamente vulnerable.

—Yo… yo también estoy enamorada —dije, entre sollozos—. No quería que pasara.

Él me abrazó con fuerza, y el mundo pareció detenerse. Su olor, su calor, la seguridad de sus brazos… todo me recordaba por qué había llorado tanto en estos últimos días.

—¿Serías mi novia, Rachel? —susurró, apoyando la frente contra la mía —. Hasta que tú me digas que se acabó o quieras darme un "sí" para toda la vida.

—Sí… sí, Maximilian —respondí, abrazándole con fuerza—. Sí, quiero ser tu novia.

Sonrió y me besó suavemente, con ternura, dejando que todas las dudas y miedos se desvanecieran.

Nos separamos un poco y él me cogió de la mano, guiándome al salón.

A mis padres ver allí a Maximilian les pilló por sorpresa, como a mí, solo que ya sabían la historia completa. Cuando regresé de Viena, fui a verlos y, al echarme a llorar, tuve que contarles la verdad. Al principio se sorprendieron

de que hubiera aceptado un trabajo como ese, pero después mi madre me dijo que, si Maximilian era para mí, el destino sabría cómo y cuándo volver a ponerlo en mi camino.

—Señor Collins, señora Collins —dijo con una sonrisa segura, mirando a mis padres—. Soy Maximilian, y quiero que sepan algo. Voy a amar a su hija hasta que ella me lo permita. Cada día, cada minuto. Y si algún día me lo concede para siempre, seré el hombre más feliz del mundo.

Mis padres sonrieron, encantados, y mi madre me abrazó con lágrimas en los ojos.

—Bueno… parece que tu corazón ha encontrado al hombre adecuado —dijo, mirando a Maximilian con complicidad.

—Eso parece —dijo mi padre, sonriendo—. Y nosotros estamos encantados de conocerte, Maximilian.

Nosotros nos unimos al resto de la familia y, mientras sonaban las campanadas, nos abrazamos, nos besamos y dijimos “Te amo” entre susurros. Esa noche, mientras las uvas desaparecían en nuestras bocas y los relojes marcaban el inicio del nuevo año, supe que había tomado la decisión correcta: Maximilian era mío, y yo suya, no por contrato, sino por amor verdadero.

Después de las campanadas, los abrazos y los besos, todos nos quedamos un momento en silencio, disfrutando del calor de la familia y del nuevo año que acababa de comenzar. Maximilian y yo nos miramos, sonriendo con esa complicidad recién nacida, y de repente sentí que podía relajarme por primera vez en días.

—¿Quieres que vayamos un momento al jardín? —me susurró él, cogiendo mi mano.

Asentí, todavía con las mejillas sonrojadas por la emoción y las lágrimas secas. Salimos al exterior, donde el frío nos rozaba la piel, pero ninguno de los dos parecía notarlo.

—No puedo creer que estés aquí —dije, apoyando mi cabeza en su hombro mientras respirábamos el aire helado.

—Yo tampoco… —respondió, acariciando mi mejilla con el pulgar—. Pero sí puedo creer esto —añadió, sonriendo y apretando mi mano—. Que estamos aquí juntos, de verdad. Sin contratos, sin planes complicados, solo tú y yo.

—Me costó tanto marcharme… y lloré tanto… —confesé, con la voz temblorosa—. Pero ahora siento que todo ha valido la pena.

Maximilian me abrazó con fuerza, y pude sentir cómo mis miedos se desvanecían.

—Rachel, prometo que nunca volveré a dejarte sola si puedo evitarlo —dijo, apoyando la frente contra la mía—. No hay contratos ni secretos, solo nosotros.

Nos quedamos en silencio un momento, hasta que un escalofrío me recorrió la espalda.

—Creo que necesito entrar antes de convertirme en un cubito de hielo —dije, riendo suavemente.

—Te acompaño —contestó, y entre risas caminamos hacia la casa, con las manos entrelazadas.

Al volver al salón, la familia estaba en un estado de animación tranquila. Mi madre nos miró y sonrió, con un brillo en los ojos que me hizo sentir que todo era perfecto.

—Ya veo que tenéis frío —dijo—. Venid, que os calentaréis con un chocolate.

Nos sentamos juntos, y Maximilian no soltó mi mano en ningún momento. Mientras mi padre servía el chocolate, Maximilian me susurró al oído:

—Tengo planes para este año —dijo, con una sonrisa traviesa—. Comidas, cenas, películas, fines de semana… y prometo que cada día será especial contigo.

—¿Incluso los lunes por la mañana? —pregunté, con tono burlón.

—Sobre todo los lunes por la mañana —respondió él, riendo—. Porque quiero despertarme contigo a mi lado.

Me recosté en su hombro y suspiré, feliz y tranquila.

—No puedo creer que esto sea real —susurré—. Que todo lo que sentí, todo lo que temí perder… ahora esté aquí, conmigo.

—Es real —dijo él, inclinándose para besarme suavemente en la frente—. Y quiero que cada momento de este año lo construyamos juntos.

Después de unos minutos en silencio, Maximilian se levantó y sacó algo de su bolsillo. Era una pequeña caja, con un lazo rojo.

—Esto es solo un detalle para ti —dijo, ofreciéndomela—. No es un compromiso, de momento. Solo… porque te amo y quiero que recuerdes este día.

Abrí la caja y dentro había un pequeño colgante en forma de corazón que podría añadir al que ya llevaba conmigo siempre desde que me lo regaló en Nochebuena, con una inscripción diminuta: “Siempre tú”.

—Es precioso… —susurré, emocionada—. Gracias.

—Solo es el comienzo —respondió, y me abrazó de nuevo, esta vez con la certeza de que estábamos comenzando algo real, verdadero y duradero.

Esa noche, mientras todos reían y compartían historias, yo sentí que mi corazón había encontrado su lugar. Maximilian estaba a mi lado, y por primera vez en mucho tiempo, sabía que todo iba a estar bien. El reloj podía marcar cualquier hora, el calendario podía cambiar de fecha, pero nosotros habíamos empezado nuestro propio tiempo, uno hecho de risas, abrazos, ternura y amor.

Y mientras el chocolate se enfriaba en las tazas y las luces parpadeaban, supe que esta era la primera de muchas noches así: juntos, de verdad, y para siempre.

Epílogo

Maximilian

Habían pasado cinco años desde aquel treinta y uno de diciembre en el que le pedí a Rachel que fuera mi novia de verdad. Sin contratos, sin mentiras, solo ella y yo.

Cinco años desde que le dije que, si seguíamos sintiendo lo mismo un año después, le propondría matrimonio. Y así lo hice. La noche del treinta y uno de diciembre siguiente, antes de que dieran las campanadas, me arrodillé ante ella con aquel anillo que había elegido durante meses, con la certeza de que la amaba más de lo que había creído posible. Y ella dijo que sí.

Nos casamos en abril. Pero antes de eso, nuestra relación ya había pasado por un año intenso de convivencia y descubrimiento. Los fines de semana compartidos entre su casa y la mía me hicieron darme cuenta de que no quería que Rachel tuviera que regresar a su piso de alquiler cada lunes. Fue entonces cuando decidimos que se mudaría definitivamente a mi ático. No fue fácil, porque la independencia de Rachel siempre había sido importante para ella, y yo nunca quise que sintiera que le imponía nada. Pero ella lo hizo con una sonrisa, y juntos convertimos aquel ático en nuestro hogar.

En cuanto al trabajo, intenté ofrecerle un puesto en *Adler Biotech*, pero Rachel lo rechazó con esa determinación que siempre había admirado en ella. Prefirió unirse a la empresa de eventos de sus padres, y con el dinero que le había dado como pago por fingir ser mi novia, y que ella transformó en

inversión para su negocio, demostró que tenía un talento innato para transformar todo en algo bello y fructífero.

Su madre y su padre estaban encantados con mi presencia en la familia, tanto como mis padres lo estaban con ella, y nuestra vida se llenó de risas y amor con nuestros hijos. Jakob y Elisa.

Boston se convirtió en nuestra rutina y en nuestro refugio. Cada verano viajábamos a Viena a ver a mis padres, y en Navidad nos reuníamos allí con ellos y con los padres de Rachel, quienes dejaban su empresa en manos de sus encargados para disfrutar de la familia.

Pensar en todo lo que había cambiado mi vida desde aquel momento en que decidí contratar los servicios de Ethan y su web para buscar una novia por Navidad todavía me resultaba surrealista. Aquella locura, que en su día me había parecido una solución práctica y necesaria, había sido la mejor decisión de mi vida.

Nunca imaginé que aquel plan improvisado se convertiría en una familia, en un hogar, en un amor sólido y real.

Desde entonces, nuestras vidas habían cambiado por completo.

—*¿Sabes lo que más me sorprende, Max?* —me dijo Rachel un día mientras preparábamos la cena familiar—. *Que todo esto, todo lo que hemos construido, comenzó como un "experimento navideño".*

—*Nunca lo hubiera llamado experimento* —respondí, riendo—. *Para mí fue un milagro.*

Nuestros hijos llenaban nuestras vidas de risas y caos constantemente. Jakob, con tres años, era un pequeño reflejo de mí, con la misma sonrisa traviesa y mirada intensa. Elisa, nuestra niña de un año, era igual a Rachel, desde la forma de reír hasta cómo se maravillaba con la luz de las velas. La casa siempre estaba llena de juguetes, risas y carreras desenfrenadas, pero cada momento era perfecto.

—*Mira a Jakob y Elisa* —dije un día, observando cómo corrían alrededor del salón—. *Esto es lo que quiero recordar cuando tenga ochenta años.*

—*Yo también* —dijo Rachel—. *Todo lo demás, incluso los problemas del trabajo, parecen irrelevantes cuando los miro.*

Sophie y Lukas también habían construido su vida, casándose un año antes que nosotros. Sus hijos, Emma y Noah, de la misma edad que los nuestros, eran inseparables de Jakob y Elisa. Muchas veces compartíamos fines de semana enteros, con risas, juegos y cenas interminables. Cada viaje juntos fortalecía la amistad y el cariño entre nuestras familias.

Ahora estábamos en Viena, en la misma habitación donde todo comenzó cinco años atrás. Rachel estaba sentada en la ventana, mirando la nieve caer suavemente, y yo la observaba desde la puerta, sintiendo una emoción que todavía me dejaba sin aliento.

—¿Recuerdas cómo empezó todo aquí? —pregunté, acercándome y sentándome a su lado.

Ella sonrió, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Cómo olvidarlo… —susurró—. Nunca imaginé que aquella locura fuera a llevarnos hasta aquí.

—Y, sin embargo, aquí estamos —dije, cogiendo sus manos entre las mías —. Más felices que nunca.

—Es increíble… —dijo en un susurro—. A veces aún pienso en lo mucho que me costó marcharme de Viena aquella madrugada… y en lo feliz que soy ahora.

Nos quedamos en silencio un momento, simplemente disfrutando de estar juntos, de sentir la calidez del otro, hasta que Rachel se levantó y sacó algo de su bolso.

—Tengo un regalo para ti —dijo, con una sonrisa tímida—. No esperaba esto, pero surgió así.

Me entregó una pequeña cajita, y al abrirla vi una ecografía. En ella, con una flecha diminuta, estaba escrito: “Hola, papá. Estoy aquí”.

—¿Estás… embarazada? —pregunté, incapaz de contener mi asombro.

—Sí —dijo, riendo entre lágrimas—. De tanto buscarme, al final siempre me encuentras.

Reí y la abracé con fuerza, sintiendo un nudo de felicidad en el estómago. La besé suavemente, y ella apoyó la cabeza en mi pecho.

—Te amo, Rachel —susurré—. Siempre serás la mujer perfecta para aquella locura en la que puse un anuncio de "Se busca novia por Navidad".

—Y tú siempre serás el hombre que convirtió mi corazón en un hogar —dijo ella, acariciando mi rostro.

Después de aquel momento junto a la ventana, bajamos al salón, donde los niños estaban jugando con Lukas y Sophie, mezclando los juguetes de ambas familias en un caos adorable. Jakob corría detrás de Noah, riendo a carcajadas, mientras Elisa intentaba alcanzar a Emma, quien le enseñaba a dibujar con crayones en un papel enorme sobre el suelo ante la atenta mirada de mis padres, los de Rachel y los de Sophie.

—¡Mira, Max! —dijo Sophie, levantando a Noah en brazos—. Están aprendiendo a compartir juguetes, aunque con algo de caos.

—No hay caos aquí —dije con una sonrisa, acercándome a Rachel y tomando su mano—. Esto es pura felicidad.

Rachel rio suavemente.

—Cuando pienso en cómo empezamos, como un juego, es increíble ver lo que hemos construido —murmuró, apoyando su cabeza en mi hombro otra vez—. Estos niños, esta familia… esto es real.

Nos sentamos en el sofá, observando cómo Jakob se caía de risa al intentar subirse a la silla de Noah, mientras Emma enseñaba a Elisa cómo aplaudir.

Y pensar que todo esto comenzó con un simple contrato por Navidad… Un contrato que cambió mi vida.

Poco antes de la medianoche, la casa se llenó de anticipación. Los niños, emocionados, intentaban adivinar cuándo tocarían las campanadas. Rachel y yo nos acercamos a la ventana, observando cómo Viena brillaba bajo las luces de invierno, cubierta de ese manto blanco por la nieve.

—¿Sabes qué me gusta de estas noches de fin de año? —le pregunté a Rachel, mientras le cogía la mano—. Que siempre hay promesas en el aire.

—Sí… —dijo ella, sonriendo entre lágrimas—. Promesas que se cumplen, a veces de las formas más inesperadas.

Los niños gritaban de emoción al escuchar los primeros segundos de la cuenta atrás en la televisión.

—Cinco, cuatro, tres… —Contamos juntos—. Dos, uno… ¡Feliz Año Nuevo! —gritamos todos, abrazándonos, besándonos y riendo.

Los niños corrieron hacia nosotros, abrazándonos y pidiendo más besos. Sophie y Lukas nos miraban, sonriendo, compartiendo nuestra alegría. Todo el salón estaba lleno de amor, risas y la promesa de un nuevo año lleno de momentos juntos.

Y mientras Viena se cubría de nieve fuera, supe que todas mis decisiones, incluso las más locas, habían llevado hasta este momento, y que no importaba lo que la vida nos pusiera delante. Porque Rachel estaba a mi lado, y nosotros ya éramos una familia, completa y perfecta, nacida de la Navidad más inesperada de todas.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer